

# Globalizarnos o defender la identidad

¿Cómo salir de esta opción?

NÉSTOR GARCÍA CANCLINI

**Las tensiones entre globalización e interculturalidad pueden ser concebidas como una relación entre épica y melodrama. La globalización, que exagera la competencia internacional y desestructura la producción cultural endógena, favorece la expansión de industrias culturales con capacidad a la vez de homogeneizar y atender en forma articulada las diversidades sectoriales y regionales. El horizonte social se reduce, para explicarlo quizá sea útil salir de la frecuente oposición entre lo global y lo local. Quizá la disyuntiva principal no sea defender la identidad o globalizarnos. El proceso actual no conduce a la revisión de cuestiones identitarias aisladas, sino a encarar con más realismo la heterogeneidad, la diferencia y la desigualdad.**

Cuando escuchamos las distintas voces que hablan de globalización, se presentan «paradojas». Al mismo tiempo que se la concibe como expansión de los mercados y por tanto de la potencialidad económica de las sociedades, la globalización estrecha la capacidad de acción de los Estados nacionales, los partidos, los sindicatos y en general los actores políticos clásicos. Produce mayor intercambio transnacional y deja tambaleando las certezas que daba el pertenecer a una nación. Aumenta el bienestar al diversificar el consumo, pero engendra inestabilidad en el trabajo y perturbaciones subjetivas. Se ha escrito profusamente sobre la crisis de la política por la corrupción y pérdida de credibilidad de los partidos, su reemplazo por los medios de comunicación y por los tecnócratas. Quiero destacar que, además, transferir las instancias de decisión de la *política* nacional a una difusa *economía* tras-

---

NÉSTOR GARCÍA CANCLINI: profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México.

**Nota:** Este texto forma parte del libro de Néstor García Canclini, *La globalización imaginada*, Buenos Aires, Paidós, en prensa.

**Palabras clave:** consumos culturales, globalización, identidad cultural, integración. □

nacional está contribuyendo a reducir los gobiernos nacionales a administradores de decisiones ajenas, lleva a atrofiar su imaginación socioeconómica y a olvidar las políticas planificadoras de largo plazo. Este vaciamiento simbólico y material de los proyectos nacionales desalienta el interés por participar en la vida pública. Apenas se logra reactivarlo en periodos preelectorales mediante técnicas de *marketing*.

La cercanía con el poder en los regímenes democráticos de escala nacional se conseguía mediante interacciones entre organismos locales, regionales y nacionales. Las formas de representación entre los tres niveles no siempre fueron fieles ni transparentes, ni con adecuada rendición de cuentas de los organismos nacionales a los ciudadanos. Pero los simulacros y las traiciones eran más fáciles de identificar que en las relaciones lejanas existentes hoy entre ciudadanos y entidades supranacionales. Las encuestas hechas entre las poblaciones involucradas en la Unión Europea (UE), el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Tlcan) y el Mercosur revelan que la enorme mayoría no entiende cómo funcionan esos organismos, qué discuten ni por qué adoptan las decisiones. Ni siquiera muchos diputados de los parlamentos nacionales parecen captar qué está en juego en deliberaciones complejas, cuya información solo es manejada por elites políticas transnacionalizadas, o por expertos, únicos poseedores de las competencias necesarias para «resolver» los problemas europeos, norteamericanos o latinoamericanos, y aun para establecer el orden de las agendas.

### **Integración de ciudadanos o *lobby* empresarial**

1. ¿Cómo reaccionan las sociedades latinoamericanas, que en los últimos 50 años mudaron la mayor parte de su población del campo a la ciudad, basándose en el desarrollo industrial sustitutivo y en espacios de intermediación modernos, al afrontar este súbito reordenamiento que en una o dos décadas desmonta esa historia de medio siglo? Se desindustrializan los países, las instancias democráticas nacionales se debilitan, se acentúa la dependencia económica y cultural respecto de los centros globalizadores. Pero a la vez las integraciones económicas y los convenios de libre comercio regionales generan signos de esperanza. Después de la fatigada historia de promesas sobre «la Patria Grande» y los fracasos de tantas conferencias intergubernamentales, encuentros de presidentes, ministros de economía y cultura, la rapidez con que están avanzando el Tlcan, Mercosur y demás convenios regionales estimula expectativas.

A principios de la década de los 90 pudo pensarse que los Estados latinoamericanos estaban reordenando con rapidez sus economías nacionales para atraer inversiones y volverlas más competitivas en el mercado global. Pero desde la crisis mexicana de 1994 hasta la ocurrida en 1998 y 1999 en Brasil, con efectos desestabilizadores que resuenan en toda la región, y aun en las metrópolis, queda a la vista la baja confiabilidad y el escaso poder de los gobiernos. Los acuerdos de integración intergubernamentales se muestran como

apoyos a la convergencia monopólica de los sectores empresariales y financieros más concentrados. Las evaluaciones académicas de nuestras frágiles aptitudes para construir, mediante integraciones continentales, instancias que fortalezcan a las sociedades y culturas latinoamericanas (Recondo; Roncagliolo), no permiten ser optimistas. Tampoco los datos de estudios recientes que registran la suspicacia de trabajadores y consumidores cuando escuchan a los empresarios y gobernantes anunciar la nueva vía para modernizarse con la doble fórmula de «globalización e integración regional». Se observa un desencuentro entre lo que las elites económicas o políticas predicen y lo que opinan las sociedades.

En abril de 1998 se desarrolló en Santiago de Chile la II Cumbre de las Américas, en la cual Estados Unidos –en alianza con varios gobiernos latinoamericanos– impulsó la creación de un Área de Libre Comercio de las Américas con el objeto de ir liberalizando los intercambios. Se proponía integrar para el año 2005 las economías nacionales de la región, con el fin de favorecer las importaciones y exportaciones, y mejorar la posición del continente en las disputas globales. Sin embargo, previamente, una gigantesca encuesta realizada en noviembre y diciembre de 1997 en 17 países del área por la Corporación Latinobarómetro, aplicando 17.500 entrevistas, reveló que los ciudadanos no compartían ese optimismo. Los resultados de esta indagación, entregados a los gobernantes en la Cumbre de Santiago, indicaban que apenas un 23% creía que su país estaba progresando, y en casi todas las naciones esa apreciación empeoró respecto de 1996. Las instituciones que los mismos encuestados consideraban con más poder (Gobierno, grandes empresas, militares, bancos y partidos políticos) resultaron aquellas en las que menos se confiaba. Las crisis de gobernabilidad, las devaluaciones, junto al aumento del desempleo y la pobreza, fueron algunos de los hechos que conducían a un número creciente a dudar de la democracia y pedir mano dura: el porcentaje era menor en los países que salieron hace pocos años de dictaduras militares (Argentina, Chile, Brasil), pero subía significativamente en otros, entre ellos Paraguay y México, con procesos de democratización incipiente. De 1996 a 1997, los paraguayos partidarios de una solución «autoritaria» pasaron del 26 al 42%, y los mexicanos del 23 al 31%. Salvo Costa Rica y Uruguay, donde la credibilidad en el sistema político sigue siendo alta, en el resto de América Latina un 65% se mostraba «poco o nada satisfecho» con el desempeño de la democracia (Moreno, p. 4). Como indica la misma encuesta, el aumento del autoritarismo en la cultura política va asociado a la convicción de los ciudadanos de que sus gobiernos cada vez disponen de menos poder. En igual periodo el porcentaje de quienes creían que el Gobierno era el actor más poderoso descendió del 60 al 48%. Aumentaron, en cambio, quienes sostuvieron que las decisiones para decidir el futuro son adoptadas cada vez más por las empresas transnacionales, con un aumento de la participación militar.

Al ver que el alejamiento político y las acentuadas desigualdades no solo engendran descreimiento, sino turbulencias en las cúpulas financieras y en

las economías, alto abstencionismo electoral y estallidos erráticos de las bases sociales, hay que preguntarse si este modo injusto de globalizar es gobernable. O simplemente, si la globalización, hecha así, tiene futuro. ¿Qué consenso puede mantenerse a largo plazo cuando, según el Informe sobre Desarrollo Humano en Chile –donde supuestamente la apertura económica habría sido más exitosa–, las expectativas son que aumenten la inseguridad por la delincuencia, las crisis de sociabilidad y la inestabilidad económica. O, como señala esa encuesta, también por «el temor a sobrar»? (PNUD, pp. 115-126). En una interpretación de este Informe, Norbert Lechner observa que el crecimiento económico del 7% anual y otras buenas cuentas macrosociales van acompañadas por un difuso malestar que se manifiesta como miedo al otro, a la exclusión y al sin sentido. Las estadísticas afirman que la modernización y la apertura del país amplió el acceso a empleos y educación, y mejoró los indicadores de salud. «Sin embargo, la gente desconfía ... del futuro.» La globalización es «vívida como una invasión extraterrestre» (pp. 187 y 192).

¿Qué se puede esperar de este debilitamiento de los Estados nacionales, de la impotencia ciudadana y de la recomposición globalizada del poder y de la riqueza?; ¿qué implica este proceso en la cultura, y sobre todo en su zona más dinámica e influyente: las comunicaciones? La globalización, que exacerba la competencia internacional y desestructura la producción cultural endógena, favorece la expansión de industrias culturales con capacidad a la vez de homogeneizar y atender en forma articulada las diversidades sectoriales y regionales. Destruye o debilita a los productores poco eficientes, concede a las culturas periféricas la posibilidad de encapsularse en sus tradiciones locales, y en unos pocos casos exportarlas estilizándolas folclóricamente y asociándose con las transnacionales de la comunicación. La concentración en EEUU, Europa y Japón de la investigación científica, y de las innovaciones en información y entretenimiento, acentúan la distancia entre esas metrópolis y la producción raquílica y desactualizada de las naciones periféricas. Aun respecto de Europa, América Latina agrava su desventaja, que se aprecia en relación con el desarrollo demográfico: nuestro continente ocupa el 0,8% de las exportaciones mundiales de bienes culturales teniendo el 9% de la población del planeta, en tanto que la UE, con el 7% de la población mundial, exporta el 37,5% e importa 43,6% de todos los bienes culturales comercializados (Garretón).

**2.** ¿Tiene mayor consenso ciudadano la integración supranacional en las metrópolis? Los estudios sobre la Comunidad Europea muestran dificultades para construir una esfera pública, con deliberaciones democráticas, debido a que en los acuerdos y organismos supranacionales –más aún en los de cada país– la negociación prevalece sobre los mandatos de los representantes, los compromisos entre grupos empresariales sobre los intereses públicos mayoritarios, y el cabildeo sobre las instancias de gobierno regional o continental. ¿En qué se convierte la política, pregunta Marc Abèlés, cuando en Bruselas, alrededor de los organismos comunitarios, florecen más de 10.000 consultores, abogados y expertos, a veces representando a grupos territoria-

les, en otros casos como técnicos agrícolas, financieros o jurídicos dispuestos a vender sus servicios a embajadores, ministros, sindicatos, periodistas, empresarios, e incluso a varios a la vez? «La política se identifica cada vez más con una práctica de *lobby*» (p. 102). En la UE se ha intentado reducir la opacidad de los acuerdos supranacionales y acercarlos a la comprensión ciudadana. Al establecer, junto a los arreglos comerciales, programas educativos y culturales que abarcan a los 15 países miembros se busca integrar a las sociedades. La formación de «un espacio audiovisual europeo» ha sido sustentada con marcos normativos comunes y programas como Media, Euroimages y Eureka, que favorecen las coproducciones de las industrias culturales en esa región y su circulación en los países que la componen, o sea mucho más que la defensa retórica de la identidad. En la misma línea, los ciudadanos de los 15 países comparten un pasaporte europeo, se crearon una bandera y un himno de Europa, se fijaron énfasis anuales compartidos (el año europeo del cine, de la seguridad en los caminos) y se efectúan estudios periódicos para identificar una «opinión pública europea» (De Moragas). La instalación del euro como moneda única a partir de 1999, proceso que culminará en el 2002 con la desaparición de las monedas nacionales, afianza la unificación económica y tiene fuertes consecuencias para la comunidad simbólica identitaria. Estos cambios son ampliamente difundidos y explicados con ilustraciones didácticas para todos los electores. Sin embargo, los periodistas conceden poco espacio a la mayoría de estos acontecimientos y confiesan su dificultad para traducirlos al lenguaje de los diarios. Analistas preocupados por la participación social se preguntan si la complejidad técnica de la europeización de la política «no es contradictoria con el ideal de una democracia fundada en la transparencia y en la capacidad de cada uno de acceder sin dificultad a lo que está en juego en el debate» (Abèlés, p. 110).

De estudios antropológicos y sociopolíticos sobre la integración europea surge que los programas destinados a construir proyectos comunes no son suficientes para superar la distancia entre la Europa de los mercaderes o de los gobernantes y la de los ciudadanos. Pese a que en ese continente se viene reconociendo el papel de la cultura y de la dimensión imaginaria en las integraciones supranacionales más que en otros acuerdos regionales, la formación de elementos de identificación compartida no bastan para que la mayoría interiorice esta nueva escala de lo social. Una explicación posible es que no logran mucho estos programas voluntaristas de integración si no se sabe qué hacer con la heterogeneidad, o sea con las diferencias y los conflictos que no son reductibles a una identidad homogénea. Muchos intelectuales y científicos sociales, por ejemplo quienes se reúnen en torno de la revista *Liber*, editada por Pierre Bourdieu en 10 lenguas europeas, señalan como clave explicativa del bajo consenso social el predominio de la integración monetaria, de «la Europa de los banqueros», sobre la integración social. Cuestionan la capacidad de crear lazos sociales a partir de una teoría globalizadora que no toma en cuenta en los cálculos económicos los costos sociales, los costos en enfermedades y sufrimientos, suicidios, alcoholismo y drogadicción. Aun en sentido estrictamente económico, es una política errada, «no necesariamente

económica», que no considera los costos de sus acciones en «inseguridad de las personas y de los bienes, por tanto en policía», que tiene una definición abstracta y estrecha de eficiencia –la rentabilidad financiera de los inversores– y que descuida la atención de los clientes y usuarios (Bourdieu, pp. 45-46). Las 11 lenguas que se hablan en el Parlamento Europeo corresponden a diferencias culturales que no se disuelven con los acuerdos económicos de integración. Algo semejante ocurre con la diversidad de idiomas y los antagonismos culturales y políticos entre estadounidenses y latinoamericanos (protestantes vs. católicos, blancos vs. «hispanicos» e indios). Asimismo, con las marcadas diferencias entre latinoamericanos que se hacen presentes en las negociaciones económicas y se vuelven más rotundas en cuanto se quieren aplicar las decisiones tomadas por las cúpulas de gobernantes y expertos. Los pocos estudios etnográficos y comunicacionales realizados hasta ahora sobre procesos de libre comercio e integración muestran cuántos intereses económicos, étnicos, políticos y culturales se cruzan al construir esferas públicas supranacionales: demasiado a menudo los intentos de construir ágoras desembocan en torres de Babel.

### **Cuando David no sabe dónde está Goliat**

Un obstáculo clave para que los ciudadanos podamos creer en los proyectos de integración supranacional son los efectos negativos que tienen tales transformaciones en las sociedades nacionales y locales. Es difícil obtener consenso popular para cambios en las relaciones de producción, intercambio y consumo que suelen desvalorizar los vínculos de las personas con su territorio nativo, suprimir puestos de trabajo y rebajar los precios de lo que se sigue produciendo en el propio lugar. El imaginario de un futuro *económico* próspero, que pueden suscitar los procesos de globalización e integración regional, es demasiado frágil si no toma en cuenta la unidad o diversidad de lenguas, comportamientos y bienes *culturales* que dan significado a la continuidad de las relaciones sociales.

Pero los procesos de integración más avanzados en la actualidad se realizan entre países que no cuentan con estas coincidencias culturales. Si esto es así por la distancia que un obrero español, francés o griego siente respecto de Bruselas, o los chilenos, argentinos o mexicanos en relación con lo que se decide en Brasilia o Cartagena, aún mayor es la impotencia cuando el referente de poder es una trasnacional que fabrica cada coche o cada televisor en cuatro países, los ensambla en otro y tiene sus oficinas de dirección en dos o tres más. Es equivalente, a veces, la distancia que experimentamos con los mensajes que nos trae el televisor, el cine o los discos, desde lugares no identificables. La pregunta que surge es si, antes esos poderes anónimos y deslocalizados, puede haber sujetos en la producción y en el consumo. Los trabajos se hacen cada vez más para otros, ni siquiera para patrones o jefes identificables, sino para empresas trasnacionales, fantasmáticas sociedades anónimas que dictan desde lugares desconocidos reglas indiscutibles e inapelables.

Cada vez está más limitado lo que los sindicatos pueden negociar, y a eso las empresas sin rostro, con marca pero sin nombre, le llaman «flexibilizar el trabajo». En verdad, lo que se vuelve –más que flexible– inestable es la condición laboral; el trabajo es rígido porque es inseguro, hay que cumplir estrictamente los horarios, los rituales de sometimiento, la adhesión a un orden ajeno, que el trabajador acaba interiorizando para no quedarse sin salario. Recuerdo, entre muchos ejemplos recogidos en la literatura sobre globalización, este que cita Ulrich Beck: «Son las 21:10; en el aeropuerto berlinés de Tegel una rutinaria y amable voz comunica a los fatigados pasajeros que pueden finalmente embarcarse con destino a Hamburgo. La voz pertenece a Angelika B., que está sentada ante su tablero electrónico de California. Después de las 16:00, hora local, la megafonía del aeropuerto berlinés es operada desde California, por unos motivos tan sencillos como inteligentes. En primer lugar, allí no hay que pagar ningún suplemento por servicios en horas extracomerciales; en segundo lugar, los costes salariales (adicionales) para la misma actividad son considerablemente mucho más bajos que en Alemania» (pp. 38-39). De modo análogo, los entretenimientos son producidos por otros lejanos, también sin nombre, como marcas de fábrica –CNN, Televisa, MTV–, cuyo título completo a menudo la mayoría desconoce. ¿En qué lugar se producen esos *thrillers*, telenovelas, noticieros y noches de entretenimiento?; ¿en Los Angeles, México, Buenos Aires, Nueva York o quizá en estudios disimulados en una bahía de EEUU?; ¿Sony no era japonesa?; ¿qué hace entonces transmitiendo desde Miami? Que los conductores del programa hablen español o inglés, un español argentino o mexicano, como hace MTV para sugerir identificación con países específicos, significa poco. A fin de cuentas, es más verosímil, más coincidente con esta desterritorialización y esa lejanía imprecisa, cuando se nos habla el inglés deslocalizado de CNN, en el español desteñido de los lectores de noticias de Televisa o de las series dobladas.

En la época del imperialismo se podía experimentar el síndrome de David frente a Goliat, pero se sabía que el Goliat político estaba en parte en la capital del propio país y en parte en Washington o en Londres, el Goliat comunicacional en Hollywood, y así con los otros. Hoy cada uno se disemina en 30 escenarios, con ágil ductilidad para deslizarse de un país a otro, de una cultura a muchas, entre las redes de un mercado polimorfo. Pocas veces podemos imaginar un lugar preciso desde el cual nos hablan. Eso condiciona la sensación de que es difícil modificar algo, que en vez de ese programa de televisión o de ese régimen político podría haber otro. Algunos espectadores intervendrán, en esos simulacros de participación en radios y en las televisoras que son el teléfono abierto o la asistencia a los estudios, o serán entrevistados para una encuesta de *rating*. Esos acercamientos excepcionales al poder, la sensación de ser consultado, no modifican para la mayoría, como se ve por ejemplo en las investigaciones recientes de Angela Giglia y Rosalía Winocur, la percepción de que los medios hablan desde posiciones inabordables. Sus diseños y sus decisiones se hacen en no-lugares inaccesibles, por estructuras organizacionales y no por personas.

En otro tiempo, algunos pensábamos que los estudios sobre hábitos de consumo podrían contribuir a conocer lo que efectivamente quieren los receptores. Aún estas indagaciones pueden servir para democratizar las políticas culturales en ciudades, radios o centros culturales independientes, en la esfera de lo micropúblico. Pero la mayor parte de las encuestas de audiencia no busca conocer los hábitos de consumo, sino confirmar o desmentir las preferencias puntuales, ese día y en ese horario. No estudian necesidades de receptores particulares, sino «públicos» o «audiencias» en varios países a la vez. No importa saber algo de su vida cotidiana, de sus gustos desatendidos, sino cómo hacerlos sintonizar con lo que se programa en escritorios y estudios de grabación ignotos y estandarizados. Una discusión de fondo sobre el tipo de sociedad al que nos llevan las comunicaciones masivas no puede basarse en estadísticas de *rating*. Necesitamos estudiar el consumo como manifestación de sujetos, donde se favorece su emergencia y su interpelación, se propicia o se obstruye su interacción con otros sujetos. Quizá la fascinación de las telenovelas, del cine melodramático o heroico, y de los noticieros de información que convierten los acontecimientos estructurales en dramas personales o familiares, se asiente no solo en su espectacularidad morbosa, como suele decirse, sino en que mantienen la ilusión de que hay sujetos que importan, que sufren o realizan actos extraordinarios. Pero la reestructuración reciente de las relaciones de poder, tanto en el trabajo como en el entretenimiento, está reduciendo cada vez más esta posibilidad de ser sujetos a una ficción mediática. Es sabido que esto no ocurre del mismo modo en todos los sectores sociales. Sin negarlo, quiero proponer que estudiemos por qué tanto los actores —populares como los hegemónicos— están siendo inmovilizados por lo que podríamos llamar la atrofia de la acción conflictiva y de la deliberación democrática.

Ningún siglo tuvo tantos investigadores de economía e historia, antropología de todas las épocas y sociedades, así como congresos, bibliotecas, revistas y redes informáticas para conectar esos saberes, para poner en relación lo que sucede en otros lugares de entretenimiento y trabajo del mundo. ¿Qué se puede cambiar, o al menos controlar, gracias a esta proliferación multidireccional de informaciones?; ¿a dónde nos conducen la expansión de las empresas transnacionales, de los mercados y pensamientos únicos, y, del otro lado, la proliferación de las disidencias y sus movimientos sociales, las solidaridades heterodoxas de las ONGs y sus imaginarios alternativos?; ¿pueden ser en verdad alternativos?; ¿por qué tantas veces acaban subordinados al orden totalizador? Al final del siglo más productivo en innovaciones políticas, tecnológicas y artísticas todo parece institucionalizarse bajo reglas de una reproducción a corto plazo, desvalida de proyectos, consagrada a la especulación económica o la acumulación de poderes inestables.

Tal vez podemos explicar este achicamiento del horizonte social saliendo de la oposición frecuente entre lo global y lo local. Hay que reelaborar entonces, de un modo más complejo, las articulaciones entre lo concreto y lo abstracto,



lo inmediato y lo intercultural. ¿Cómo denominar estos cambios en las maneras de hacer cultura, comunicarnos con los diferentes o que imaginamos semejantes, cómo concebir la redistribución que en este tiempo globalizado está ocurriendo entre lo propio y lo ajeno? Como una primera vía para organizar esta diversidad de situaciones, y repensar la impotencia que induce la lejanía o la abstracción de los vínculos, propongo tomar en cuenta el esquema con que Craig Calhoun, y luego Ulf Hannerz, reformulan la antigua oposición entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*, entre comunidad y sociedad. La globalización ha complejizado la distinción entre *relaciones primarias*, donde se establecen vínculos directos entre personas, y *relaciones secundarias*, que ocurren entre funciones o papeles desempeñados en la vida social. El carácter indirecto de muchos intercambios actuales lleva a identificar *relaciones terciarias*, mediadas por tecnologías y grandes organizaciones: escribimos a una institución o llamamos a una oficina y obtenemos respuestas despersonalizadas, del mismo modo que cuando escuchamos a un político o recibimos información sobre bienes de consumo en radio o televisión. Me interesa, sobre todo, el último tipo diferenciado por Calhoun, las *relaciones cuaternarias*, en las que una de las partes no es consciente de la existencia de la relación: acciones de vigilancia, espionaje telefónico, archivos de información que saben mucho de los individuos al reunir datos censales, de tarjetas de crédito y otros tipos de información. A veces se busca «analizar» estas interacciones y se nos trata como «clientelas imaginadas», por ejemplo cuando nos envía propaganda basura una empresa que no sabemos cómo consiguió nuestra dirección y procura ocultar su intromisión en la privacidad imitando el lenguaje de las relaciones primarias: «Querido Néstor: teniendo en cuenta la frecuencia con la que viajas, tu estilo de vida y el de tu familia, hemos decidido proponerte...». Los datos acumulados con cada uso de la tarjeta de crédito constituyen un superpanóptico, pero con la peculiaridad de que «al proporcionar datos para su almacenamiento, el vigilado se convierte en un factor importante y complaciente de la vigilancia» (Baumann, p. 68).

¿Qué podemos hacer con este mundo en que pocos observan a muchos?; ¿es posible organizar de otro modo los vínculos mediatizados, sus astucias de simulación para personalizarlos, despegarnos de sus procedimientos de selección y segregación, de exclusión y vigilancia, en breve, reconvertirnos en sujetos del trabajo y el consumo? Una reacción posible es evocar con nostalgia la época en que la política se presentaba como el combate militante entre concepciones del mundo entendidas como antagónicas. Otra es replegarse en unidades territoriales, étnicas o religiosas con la esperanza de que se acorte la distancia entre quienes toman las decisiones y quienes reciben sus efectos: escaparse por la tangente. Comparto la hipótesis de que ambas posturas pueden desarrollar tareas productivas para mejorar la calidad de la política (en el primer caso) y para mejorar la convivencia en ámbitos restringidos (en el segundo). Pero la viabilidad de esos intentos depende de que trasciendan su carácter reactivo y elaboren proyectos que interactúen con las nuevas condiciones fijadas por la globalización. Para decirlo rápido: no pienso que la opción central sea hoy defender la identidad o globalizarnos. El proceso glo-



© 1999 Emilio Agra/Nueva Sociedad

balizador no conduce principalmente a revisar cuestiones identitarias aisladas, sino a pensar con más realismo las oportunidades de saber qué podemos hacer y ser con los otros, cómo encarar la heterogeneidad, la diferencia y la desigualdad. Un mundo donde las certezas locales pierden su exclusividad, y pueden por eso ser menos mezquinas, donde los estereotipos con los que nos representábamos a los lejanos se descomponen en la medida en que nos cruzamos con ellos a menudo, presenta la ocasión (sin muchas garantías) de que la convivencia global sea menos incomprensiva, con menores malentendidos, que en los tiempos de la colonización y el imperialismo. Para ello es necesario que la globalización se haga cargo de los imaginarios con que trabaja y de la interculturalidad que moviliza.

Al desplazar el debate sobre la globalización de la cuestión de la identidad a los desencuentros entre políticas de integración supranacional y comportamientos ciudadanos, nos negamos a reducirlo a la oposición global/local. Buscamos situarlo en la recomposición general de lo abstracto y lo concreto en la vida contemporánea, y en la formación de nuevas mediaciones entre ambos extremos. Más que enfrentar identidades esencializadas a la globalización, se trata de indagar si es posible instituir sujetos en estructuras sociales ampliadas. Es cierto que la mayor parte de la producción y del consumo actuales son organizados en escenarios que no controlamos, y a menudo ni siquiera entendemos, pero la globalización también abre nuevas interconexiones entre culturas y circuitos que potencian las iniciativas sociales. La pregunta por los sujetos que puedan transformar la actual estructuración globalizada debe llevarnos a prestar atención a los nuevos espacios de *intermediación* cultural y sociopolítica. Además de las formas de mediación indicadas –organismos transnacionales, consultoras, oficinas financieras y sistemas de vigilancia– existen circuitos internacionales de agencias noticiosas, de galerías y museos, editoriales que actúan en varios continentes, ONGs que comunican movimientos locales distantes. Entre los organismos internacionales y los ciudadanos, las empresas y sus clientelas, hay instituciones flexibles que se manejan en varias lenguas, expertos formados en códigos de diferentes etnias y naciones, funcionarios, promotores culturales y activistas políticos entrenados para desempeñarse en diversos contextos. No se aprehende lo que está ocurriendo entre lo global y lo local cuando solo se examina a los Estados, partidos políticos y organismos internacionales. Junto con las polarizaciones persistentes entre centro y periferia, Norte y Sur, encontramos múltiples redes dedicadas a la «negociación de la diversidad». George Yúdice emplea esta expresión para describir cómo los curadores de exposiciones y las revistas de arte estadounidenses, diseñan los papeles del arte latinoamericano en EEUU, con más poder que los artistas y los organismos culturales de los países originarios, e influyen sobre la autopercepción de los artistas y sobre los públicos latinoamericanos y estadounidenses, aun en cuestiones que trascienden lo artístico. Daniel Mato muestra cómo la acción del Instituto Smithsonian ha reconceptualizado el significado de los pueblos indígenas de América Latina, las representaciones de etnicidad, género y las relaciones transculturales entre las Américas.

### Modos de imaginar lo global

La globalización puede ser vista como un conjunto de estrategias desplegadas para realizar la hegemonía de macroempresas industriales, corporaciones financieras, *majors* del cine, la televisión, la música y la informática, a fin de apropiarse de los recursos naturales y culturales, del trabajo, el ocio y el dinero de los países pobres, subordinándolos a la explotación concentrada con que esos actores reordenaron el mundo en la segunda mitad del siglo xx. Pero la globalización es también el horizonte imaginado por sujetos colectivos e individuales, o sea por gobiernos y empresas de los países dependientes, por realizadores de cine y televisión, artistas e intelectuales, para rein-

sertar sus productos en mercados más amplios. Las políticas globalizadoras logran consenso, en parte, porque excitan la imaginación de millones de personas al prometer que los «dos más dos» que hasta ahora sumaban cuatro puedan extenderse hasta cinco o seis. Muchos relatos de lo que les ha sucedido a quienes supieron adaptar sus bienes, sus mensajes y sus operaciones financieras para reubicarse en un territorio expandido indican que el realismo de lo local, de quienes se conforman con sumar cifras nacionales, se habría vuelto una visión miope.

Vamos a tratar de distinguir en varios procesos culturales qué hay de real y cuánto de imaginario en esta ampliación del horizonte local y nacional. Habrá que diferenciar quiénes se benefician con el ensanchamiento de los mercados, quiénes pueden participar en él desde las economías y culturas periféricas, y cuántos quedan descolgados de los circuitos globales. Las nuevas fronteras de la desigualdad separan cada vez más a quienes son capaces de conectarse a redes supranacionales de quienes quedan arrinconados en sus reductos locales.

Si hablo de globalizaciones imaginadas no es solo porque la integración abarca a algunos países más que a otros. O porque beneficia a sectores minoritarios de esos países, y para la mayoría queda como fantasía. También porque el discurso globalizador recubre fusiones que en verdad suceden, como dije, entre pocas naciones. Lo que se anuncia como globalización está generando, en la mayoría de los casos, interrelaciones regionales, alianzas de empresarios, circuitos comunicacionales y consumidores de los países europeos o de América del Norte o de una zona asiática. No de todos con todos. Luego de décadas en que acuerdos de libre comercio muestran hasta dónde puede llegar la apertura de cada economía y cultura nacional, estamos en condiciones de diferenciar las narrativas globalizadoras de las acciones y políticas de alcance medio en que esos imaginarios se concretan. Un ejemplo: las cifras de ganancias del sector audiovisual dicen que los países iberoamericanos obtenemos el 5% de lo que se factura en el mercado mundial, pero también sabemos que si sumamos los habitantes latinoamericanos, los españoles y los hispanohablantes de EEUU somos más de 550 millones. Pensar en la globalización significa explicarnos por qué tenemos un porcentaje tan bajo en la facturación y, al mismo tiempo, imaginar cómo podríamos aprovechar el ser uno de los conjuntos lingüísticos con mayor nivel de alfabetización y de consumo cultural. No estoy identificando imaginario con falso. Así como se estableció que las construcciones imaginarias hacen posible la existencia de las sociedades locales y nacionales, también contribuyeron a la arquitectura de la globalización. Las sociedades se abren para la importación y exportación de bienes materiales que van de un país a otro, y también para que circulen mensajes coproducidos desde varios países, que expresan en lo simbólico procesos de cooperación e intercambio, por ejemplo músicas que fusionan tradiciones antes alejadas y películas filmadas con capitales, actores y escenarios multinacionales. Esta desterritorialización o transnacionalización libera a muchos bienes materiales y simbólicos de rígidas adscripciones na-

cionales (un coche Ford no expresa solo la cultura norteamericana, ni un film de Spielberg únicamente a Hollywood). Los convierte en emblemas de un imaginario supranacional. Aun lo que persista de la cultura brasileña o mexicana en una telenovela, de la francesa en un perfume, de la japonesa en un televisor, son integrados en relatos y prácticas que podemos ver multiplicados en 60 o 100 sociedades. La época globalizada es esta en que, además de relacionarnos efectivamente con muchas sociedades, podemos situar nuestra fantasía en múltiples escenarios a la vez. Así desplegamos, según Arjun Appadurai, «vidas imaginadas». Lo imaginado puede ser el campo de lo ilusorio, pero asimismo es el lugar, dice Etienne Balibar, donde «uno se cuenta historias, lo cual quiere decir que se tiene la potencia de inventar historias».

Con la expansión global de los imaginarios se han incorporado a nuestro horizonte culturas que sentíamos hasta hace pocas décadas ajenas a nuestra existencia. En Occidente, unos pocos comerciantes, artistas y religiosos, investigadores y aventureros se habían interesado hasta mediados del siglo xx por los modos de vida del lejano Oriente. Ahora la India, Japón, Hong Kong –los ejemplos podrían multiplicarse– se volvieron destinos turísticos, de inversiones y de viajes comerciales para millones de occidentales. Durante los años 80 y hasta la crisis de mediados de los 90, los tigres asiáticos funcionaron como modelos de desarrollo económico y suscitaban curiosidad en las élites del Tercer Mundo occidental por su manera de relacionar innovación industrial, culturas antiguas y hábitos de trabajo. Por no hablar de la expansión de religiones orientales en Europa, EEUU y América Latina, ni de otros intercambios que instalan en nuestra vida cotidiana –junto con artefactos japoneses o de Taiwán– resonancias culturales de esas sociedades.

### **Espectáculos de la globalización y melodramas de la interculturalidad**

Una de las consecuencias que podemos extraer de esta aproximación diferencial combinada a materiales tan heterogéneos es la necesidad de ocuparnos a un mismo tiempo de la globalización y de la interculturalidad. Quienes hablan de cómo nuestro tiempo se globaliza narran procesos de intercambios fluidos y homogeneización, naciones que abren sus fronteras y pueblos que se comunican. Sus argumentos se apoyan en las cifras del incremento de transacciones y la rapidez o simultaneidad con que ahora se realizan: volumen y velocidad. Entretanto, los estudios sobre migraciones, transculturación y otras experiencias interculturales están llenos de relatos de desgarramientos y conflictos, fronteras que se renuevan y anhelos vanos de restaurar unidades nacionales, étnicas o familiares perdidas: intensidad y memoria. Por tanto, las tensiones entre globalización e interculturalidad pueden ser concebidas como una relación entre épica y melodrama. Las escisiones que hoy separan a las ciencias sociales ocurren, en gran medida, entre quienes buscan armar relatos épicos con los logros de la globalización (la economía, cierta parte de la sociología y la comunicación) y los que construyen narraciones melodramáticas con las fisuras, las violencias y los dolores de la interculturalidad (la antropología, el psicoanálisis, la estética). Cuando los

primeros admiten, en los márgenes de su relato, los dramas interculturales como si fueran resistencias a la globalización, aseguran en seguida que el avance de la historia y el paso de las generaciones las irá eliminando. Para los segundos, las tenaces diferencias y las incompatibilidades entre culturas mostrarían el carácter parcial de los procesos globalizadores, o su fracaso, o los nuevos desplazamientos que engendra su unificación apurada del mundo, poco atenta a lo que distingue y separa. En años recientes algunos narradores de la globalización y algunos defensores de las diferencias locales y subjetivas empiezan a escuchar a los otros: más allá de la preocupación por contar una épica o un drama interesa entender qué acontece cuando ambos movimientos coexisten.

La hipótesis es que las cifras de los censos migratorios, de la circulación planetaria de inversiones y las estadísticas del consumo adquieren más sentido cuando se cargan con las narrativas de la heterogeneidad. En las estructuras, reaparecen los sujetos. A la inversa, los relatos enunciados por actores locales dicen más si nos preguntamos cómo hablan, a través de los dramas particulares, los grandes movimientos de la globalización y los discursos colectivos que establecen las reglas actuales de la producción y las modas del consumo. No es fácil juntar ambas perspectivas en esta época en que cada vez se cree menos en la capacidad explicativa de un paradigma. Pero al mismo tiempo es imposible entender convivencias tan intensas y frecuentes como exige nuestro mundo si compartimentamos a las sociedades, como lo hizo el relativismo cultural que imaginaba a cada cultura separada y autosuficiente. ¿Qué relatos —ni simplemente épicos, ni melodramáticos— pueden dar cuenta de las recomposiciones que se van produciendo entre lo local y lo global? Las narrativas solo económicas o solo antropológicas de la globalización dan versiones sesgadas, en las que se amputa un aspecto del proceso. Necesitamos preguntarnos cómo son compatibles estas distintas narraciones y aspirar a descripciones densas que articulen las estructuras más o menos objetivas y los niveles de significación más o menos subjetivos. Hay que elaborar construcciones lógicamente consistentes, que puedan contrastarse con las maneras en que lo global se estaciona en cada cultura y los modos en que lo local se reestructura para sobrevivir, y quizá obtener algunas ventajas, en los intercambios que se globalizan.

Por más que se quiera circunscribir las investigaciones a un barrio o a una ciudad, o a los extranjeros radicados en un país particular, llega un momento en que —si uno trabaja en Occidente— tiene que hacerse preguntas sobre cómo están cambiando las estructuras globalizantes y los procesos de integración supranacional. Por ejemplo, las relaciones entre Europa, América Latina y EEUU. Es posible responder que un universo tan extendido es inabarcable y dejar la cuestión. Pero las interrogantes siguen ahí, condicionan lo que uno está estudiando, y aun cuando decida no hacer generalizaciones sobre el desarrollo de Occidente, los viejos supuestos de la filosofía y la epistemología occidentales permanecen como hipótesis. Lo malo es que esas hipótesis corresponden a una etapa preglobal, cuando las naciones eran unidades en

apariencia más cohesionadas, que parecían contener la mayoría de las relaciones interculturales. O sea cuando era posible distinguir con nitidez lo local y lo universal. No conozco mejor manera de encarar estos riesgos que trabajando con cifras y otros datos duros, macrosociales, donde se aprecian las grandes tendencias de la globalización, y, a la vez, con descripciones socioculturales que captan procesos específicos, tanto en su estructura objetiva como en los imaginarios que expresan el modo en que sujetos individuales y colectivos representan su lugar y sus posibilidades de acción en dichos procesos. Se trata de reunir lo que tantas veces fue escindido en las ciencias sociales: explicación y comprensión. O sea, articular las observaciones telescópicas de las estructuras sociales y las miradas que hablan de la intimidad de las relaciones entre culturas. Me parece que en esta tarea está un recurso clave para que el futuro de la globalización la decidan ciudadanos multiculturales.

## Bibliografía

- Abèlès, Marc: *En attente d'Europe*, Hachette, París, 1996.
- Appadurai, Arjun: *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, University of Minnesota Press, Minneapolis/Londres, 1996.
- Baumann, Zygmunt: *La globalización: consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Beck, Ulrich: *¿Qué es la globalización?: falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Paidós, Barcelona, 1998.
- Bourdieu, Pierre: *Contre-feux*, Raisons d'Agir, París, 1998.
- Calhoun, Craig: «Indirect Relationships and Imagined Communities: Large-scale Social Integrations and the Transformation of Everyday Life» en Pierre Bourdieu y J.S. Coleman (eds.): *Social Theory for a Changing Society*, Westview Press/Russell Sage Foundation, Boulder, 1991.
- De Moragas, Miguel: «Políticas culturales en Europa: entre políticas de comunicación y el desarrollo tecnológico» en Néstor García Canclini (coord.): *Culturas en globalización*, Nueva Sociedad-CNCA-Clasco, Caracas, 1996.
- Garretón, Manuel Antonio: «Políticas, financiamiento e industrias culturales en América Latina y el Caribe», documento de la III Reunión de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo de la Unesco, San José de Costa Rica, 22-26/2/1994.
- Giglia, Angela y Rosalía Winocur: «La participación en la radio: entre inquietudes ciudadanas y estrategias mediáticas» en *Perfiles Latinoamericanos* N° 9, México, 1996, pp. 73-84.
- Hannerz, Ulf: *Conexiones transnacionales: cultura, gente, lugares*, Cátedra, Madrid, 1996.
- Lechner, Norbert: «Nuestros miedos» en *Perfiles Latinoamericanos* N° 13, 12/1998, México.
- Mato, Daniel: «The Transnational Making of Representations of Gender, Ethnicity and Culture: Indigenous Peoples' Organizations at the Smithsonian Institution's Festival» en *Cultural Studies* 12 (2), Routledge, 1998.
- Moreno, Javier: «Los latinoamericanos temen que su crisis sea eterna» en *El País*, 18/4/98.
- PNUD: *Desarrollo humano en Chile 1998*, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Santiago, 1998.
- Recondo, Gregorio (comp.): *La dimensión cultural de la integración*, Ciccus, Buenos Aires, 1997.
- Roncagliolo, Rafael: «La integración audiovisual en América Latina: Estados, empresas y productores independientes» en Néstor García Canclini (coord.): *Culturas en globalización*, cit.
- Yúdice, George: «El impacto cultural del Tratado de Libre Comercio norteamericano» en Néstor García Canclini (coord.): *Culturas en globalización*, cit.

# La transformación del Estado y la política en el proceso de globalización

DIRK MESSNER

**Con el surgimiento de actores internacionales no estatales, aunque no solo por ellos, la política internacional se ha convertido en global. Las esferas de influencia de los Estados también se encuentran bajo revisión práctica y política. Si se entiende la gobernabilidad global como un proyecto normativo, basado en la cooperación internacional, la conciliación de intereses y la justicia, deberían desarrollarse los mecanismos para tematizar y combatir los problemas globales que están en el «ángulo muerto» del horizonte de los actores globales fuertes.**

Muchas veces es reflejo de cambios decisivos en el mundo el que los conceptos «hagan carrera». Uno de ellos es el de ‘globalización’, que anuncia –aunque por momentos se use en forma confusa– nuevas condiciones básicas para el futuro de los Estados y de la política. Conceptos como «internacional» y «relaciones internacionales» se generalizaron a fines del siglo XVIII con el surgimiento de las naciones modernas. El término «globalización» apareció por primera vez en un diccionario enciclopédico en idioma inglés en el año 1961; hasta mediados de los años 70 había aparecido en el título de muy pocos libros; desde los 80 «la globalización» se convirtió en una noción clave en el debate de las ciencias sociales, y en los 90 entró en el léxico cotidiano (Scholte, p. 14). Anthony Giddens definió la globalización como «la intensificación de relaciones sociales universales, a través de las cuales lugares distantes se relacionan entre sí de tal manera que los sucesos que ocurren en un lugar influyen en los acontecimientos en otro lugar ubicado a muchos kilómetros de distancia, y viceversa» (p. 85).

La connotación separatista de las fronteras se debilita, para las sociedades nacionales aumenta la significación de las actividades políticas, económicas

---

DIRK MESSNER: politólogo y economista, director académico del Instituto de Paz y Desarrollo, Universidad de Duisburg, Alemania.

**Palabras clave:** globalización, Estado, gobernabilidad global.



y sociales transfronterizas y las distancias espaciales pierden sentido, de manera que cada vez son más los sucesos que se perciben simultáneamente en todo el mundo y que pueden influir con menor demora en lugares diferentes del planeta. Los motores que impulsan ese proceso son la dinámica propia de los mercados, las nuevas tecnologías que garantizan el establecimiento de redes globales de producción y la funcionalidad de los mercados financieros internacionales, y la «revolución de la comunicación», que activa la transición de la sociedad industrial a la sociedad del conocimiento y la información y conduce a la movilidad global de los factores de producción decisivos del siglo XXI: las informaciones y el *know-how*. Sin duda la ampliación y densificación de las redes de relaciones locales, nacionales y globales no conduce a una sociedad mundial en el sentido de una «sociedad meganacional» (Beck, p. 31), con un gobierno mundial en la cumbre. Sin embargo, estas tendencias ejercen una enorme presión de adaptación sobre las instituciones establecidas, las tareas regulares y los mecanismos acostumbrados de la política en las sociedades nacionales. Frente al hecho de la globalización, Kaufmann nos advierte sobre procesos de desintegración social:

Históricamente la nación fue la forma última y más extensa de un Estado que abarcaba a las personas en todos los aspectos de la vida, en el que ... el bien individual y colectivo se podía gestionar plausiblemente en un marco conceptual común. A raíz de la internacionalización, la globalización y la transnacionalización esos límites se difuminaron, y por eso mismo la coherencia social se volvió incierta (p. 12.)

También Dahrendorf (p. 15), quien muchas veces evocó el fin del siglo socialdemócrata, teme «una globalización salvaje y despiadada» que se rija únicamente por las leyes de la competencia, que imponga exigencias exageradas a grupos sociales cada vez mayores y que por lo tanto podría llevar a la exclusión «de una cantidad considerable de personas» de la sociedad. Ello significaría «que una sociedad tal ya no puede exigir en forma fehaciente que sus miembros se atengan a las reglas de la ley y el orden». Las consecuencias serían la agudización de los conflictos dentro de la sociedad y una amenaza para la concordia social. ¿Vibra aquí quizás la nostalgia de un liberal por los efectos de integración social de los Estados benefactores occidentales, que él ha criticado severamente durante tanto tiempo? Si atendemos a esas advertencias de dos intelectuales que no se cuentan en absoluto entre los notorios invocadores de calamidades, es urgentemente necesario que en la transición al siglo XXI desarrollemos estrategias para encuadrar de forma institucional la globalización y estructurarla en lo político. Instituciones y política estancadas en las estructuras y formas establecidas de la división del trabajo serán el resultado del creciente colapso de la política.

### **La nación como punto de referencia del sistema de coordinación político**

El Estado-nación es eje y punto cardinal de nuestro sistema de coordinación político. Una mirada a los titulares de las páginas internacionales de cualquier periódico lo confirma: las relaciones entre Estados Unidos y Japón están pasando una dura prueba; Rusia y China concertan una alianza estraté-

gica; las relaciones comerciales entre Alemania y Brasil deben mejorarse. Una segunda mirada a los diarios nos transmite una imagen compleja de la política mundial a fines del siglo xx. La Unión Europea (UE) prohíbe la exportación de carne vacuna británica; el Fondo Monetario Internacional fija normas para los países asiáticos afectados por las turbulencias monetarias y financieras; y la organización no gubernamental Greenpeace, que actúa a nivel global, trata con la multinacional británica British Petroleum la evacuación de desechos de las plataformas petroleras. Microsoft y otras pocas empresas mundiales pelean por la supremacía en internet, causante de una enorme densificación de las relaciones globales de comunicación y que escapa considerablemente a las regulaciones nacionales. Los consorcios internacionales de la comunicación, contribuyen decisivamente a determinar qué temas ocupan la atención de la opinión pública mundial y por lo tanto de la política mundial; Ted Turner, dueño de CNN, apoya el trabajo de las Naciones Unidas con una donación de 1.000 millones de dólares, mientras el gobierno estadounidense no tiene la intención de pagar sus deudas con la ONU.

Este panorama deja ver dos tendencias principales que señalan un cambio profundo en la política mundial, organizada durante mucho tiempo como un sistema de Estados. En primer lugar, las naciones ya no están solas en la política internacional. Ahora tienen que compartir el escenario global con un número creciente de actores globales en una economía mundial en dinámico crecimiento y un incipiente mundo social globalmente activo: empresas multinacionales, organizaciones inter y suprarregionales, organizaciones no gubernamentales y particulares se inmiscuyen cada vez más en la política global (Messner 1996). La estructura de poder monocéntrica de naciones rivales dentro del sistema internacional se transformó en un reparto policéntrico del poder (Rosenau). En segundo lugar, las líneas divisorias entre la política interior y exterior se están difuminando cada vez más. A través de relaciones transnacionales los actores externos se inmiscuyen crecientemente en los asuntos «internos» de los Estados; a causa de las interrelaciones económicas, las crisis ya no se circunscriben a un país; la densificación de las comunicaciones y el transporte enlaza cada vez más íntimamente a las economías y las sociedades; sociedades nacionales, regiones y municipalidades sienten cada vez más el impacto de decisiones tomadas con frecuencia en lugares muy distantes; un sinnúmero de problemas ambientales son *a priori* de naturaleza global y por lo tanto sólo pueden resolverse mediante la acción conjunta por encima de las fronteras nacionales. El Estado traza fronteras, los procesos de globalización y los fenómenos globales las disuelven y perforan. En la política mundial y la política exterior, lo importante hasta ahora fue sobre todo la imposición y afianzamiento de los intereses nacionales, la hegemonía, y el aseguramiento de la paz y la estabilidad internacional mediante la intimidación y la creación de equilibrios de poder; en las sociedades nacionales lo importante era la formación del Estado y la solución política de los problemas por parte de las naciones soberanas y democráticamente legitimadas. En la «nueva era del globalismo» (Kaisers, p. 498) esa división en interior y exterior conduce a una pérdida constante de la capacidad de con-

ducción política; una crisis de los Estados y de la política podría ser una amenaza para las democracias organizadas en marcos nacionales y basadas en la congruencia entre los que participan en los procesos de legitimación democrática y el círculo de los afectados por las decisiones así legitimadas (Scharpf 1996, p. 13). Los mecanismos políticos e institucionales para la solución de problemas globales, transfronterizos, están poco desarrollados. En vista de las interdependencias internacionales cada vez más densas y de la creciente presión de las cuestiones globales, los Estados tienen que cambiar profundamente y reorganizar la política a lo largo del eje local-global para evitar que las lógicas materiales y sistémicas dominen cada vez más fuertemente las sociedades. La «governabilidad global» se convertirá en uno de los mayores desafíos del próximo siglo.

### **El futuro del Estado y de la política: cuatro puntos de vista**

En las ciencias sociales no hay ningún consenso en la discusión sobre el futuro del Estado y de la política, ni sobre estrategias sólidas para la configuración política de los procesos de globalización. Se distinguen cuatro puntos de vista.

1. El adiós al Estado. Para algunos observadores, la globalización anuncia «el adiós al Estado»; así lo expresó por ejemplo Grande, quien en una oportunidad añadió un signo de interrogación a ese planteamiento, pero después desistió. Dentro del grupo de los que consideran que el Estado nacional ha sufrido una extensa pérdida de significación se pueden diferenciar tres tipos de interpretación divergentes: Grande (1996, 1997) está convencido de que los márgenes de acción políticos que se pierden a nivel nacional con la globalización pueden recuperarse impulsando con perseverancia los procesos de integración, en este caso el europeo. Con el mismo optimismo Mathews argumenta que hay que llenar el vacío que deja tras de sí el Estado, pero divisa un portador de esperanza muy diferente: más que nada caracteriza a actores no estatales y a la sociedad civil global (sin duda algo precipitadamente) como los actores globales con potestad de acción. Guéhenno se une al coro sobre la despedida del Estado, pero con su ocaso ve venir también «la muerte de la política» y «el fin de la democracia», pues considera que ambas sólo pueden organizarse en el marco nacional.

2. A falta de alternativas viables y en vista de la debilidad de las estructuras supranacionales, el Estado sigue siendo el lugar central de la política, en medio de una pérdida general de gobernabilidad política: Streeck constata una apreciable pérdida de sustancia de la política nacional, sobre todo a causa de la globalización económica; sin embargo, no divisa ninguna iniciativa seria para recuperar los espacios de acción perdidos mediante estructuras tipo estatal a nivel internacional. Por lo tanto, no ve alternativas a la defensa del monopolio estatal sobre la autoridad pública con el fin de «civilizar» el capitalismo global. Según él, el Estado democrático podría ser «lo único que tenemos, y al mismo tiempo sería mucho menos que imprescindible para hacer

que una economía global sea social, y quizás también económicamente, viable» (p. 325).

3. Las organizaciones internacionales, el multilateralismo y una política exterior cooperativa como respuesta a la globalización: entre los teóricos del campo de la política exterior, que perciben la cambiante dinámica de la política mundial y las conexiones e imbricaciones globales como un desafío político, se hace constar el creciente significado del multilateralismo y se exige una política exterior más orientada a la cooperación (comp. por ejemplo, la revista *Global Governance*). Con frecuencia, y en forma funcionalista, se juzgan regulaciones internacionales que «renacen» casi automáticamente (Corbey) por relaciones de interdependencia que trascienden las fronteras. Desde esa perspectiva, los Estados, que intensifican sus relaciones interestatales, establecen y edifican regímenes multilaterales y de esa forma «impulsan sensatamente el agrupamiento de partes de la soberanía (y su manejo de la interdependencia)» (Kaiser, p. 509), siguen siendo los principales actores políticos; los «nuevos actores» de la política mundial (descritos anteriormente) figuran poco. Por otro lado, en estos enfoques se exponen en forma insuficiente dos contextos de problemas: se subestiman las repercusiones de los procesos de globalización sobre la política organizada a nivel del Estado; la necesidad de adaptación y cambio se percibe básicamente más allá del Estado. Mediante «más multilateralismo» se debe restablecer la funcionalidad y eficiencia del Estado y de la política. Los profundos cambios de las instituciones del Estado se dejan pasar porque hay que unir la política interior y exterior co-nocidas en una forma nueva que difícilmente es posible en el marco de las estructuras institucionales existentes (p. ej., los ministerios orientados «al interior» o «al exterior»). Las políticas interiores y exteriores tradicionales deben transformarse finalmente en un novedoso sistema de gobernabilidad global en el cual se coordinen y se unan desde el nivel local hasta el global los intentos de conducción política y las contribuciones para la solución de problemas internacionales y transnacionales. En segundo lugar, los «multilateralistas» tienden a un optimismo implícito sobre la conducción. Cuando menos, raras veces tematizan los problemas de conducción y coordinación que Streeck destaca con buenos argumentos y en los que basa su escepticismo de principio en cuanto a la eficiencia de las instituciones supranacionales<sup>1</sup>.

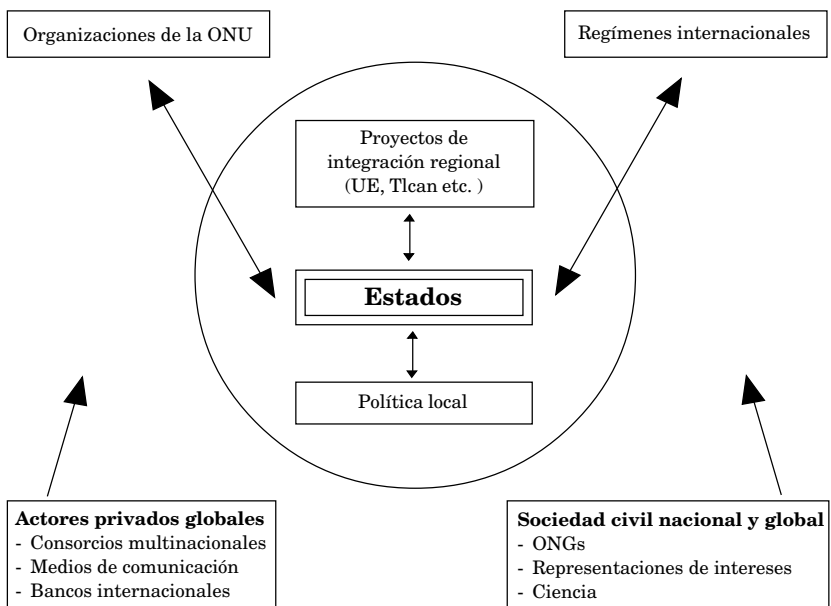
4. Transformación de la política en la arquitectura de la gobernabilidad global: la gobernabilidad global abarca más que la suma de las actividades de

1. Las repercusiones de la globalización en la política se investigan principalmente desde la perspectiva de dos disciplinas: los observadores que analizan la globalización armados con las teorías de la política exterior tienden a «soluciones multilateralistas» esquematizadas y a un considerable «optimismo de conducción» (p. ej., Kaiser, p. 197; autores en el entorno de la revista *Global Governance*); científicos sociales que desde los años 80 han venido ocupándose de los problemas de conducción de los Estados, son propensos al escepticismo en cuanto a la eficiencia de las organizaciones y regímenes internacionales, y en general a un gran «pesimismo de conducción» (p. ej., Scharpf, 1997; Streeck). En los futuros trabajos de investigación sería provechoso reunir el *know-how* de ambas disciplinas.

los Estados, complementada con un multilateralismo densificante (Commission on Global Governance, Messner/Nuscheler 1996). Los Estados siguen siendo los actores políticos centrales, al contrario de quienes anuncian «el adiós al Estado»). Sin embargo, tienen que transformarse a sí mismos. El Estado tiende a perder su papel como «solucionador de problemas, omnipotente y competente para todos los asuntos». El Estado de derecho legitimado democráticamente continúa siendo la instancia decisiva que debe velar por los intereses públicos. ¿Quién más podría cuidar, entonces, de que se cumplan las tareas de estructuración social y se distribuyan lo más equitativamente posible las cargas sociales y los costos económicos del cambio social, de que se garantice una infraestructura pública sólida y de que el poder siga apartado de los intereses particulares organizados? Pero su papel cambia: en muchos campos el diagnóstico precoz de problemas, el diseño de alternativas de soluciones así como la implementación de políticas deben delegarse «hacia arriba» (hacia el nivel internacional, a organizaciones multilaterales y supranacionales). Los proyectos de integración regional ganarán importancia en todo el mundo y asumirán tareas que hasta ahora se adjudicaban a los Estados o a la ONU. La arquitectura de la gobernabilidad global debe construirse sobre «núcleos regionales» eficientes. A pesar de todos los problemas y obstáculos que se encuentran en el camino para superar la estrechez

Gráfico 1

**Niveles de acción y actores en la arquitectura de la gobernabilidad global**



de mira de las naciones y para la densificación de la política cooperativa, la UE es el laboratorio más avanzado para la «governabilidad regional» en la arquitectura de la gobernabilidad global. El principio de orden de la soberanía nacional se está sustituyendo progresivamente por un sistema de dependencias y vulnerabilidades recíprocas.

Simultáneamente los niveles locales y regionales ganan significación dentro de la nación y los actores no estatales asumen funciones que hasta ahora se adjudicaban al Estado. En muchas áreas políticas el Estado debe trabajar con grupos de la sociedad (como asociaciones sociales, cámaras, sindicatos, científicos) con el fin de desarrollar estrategias comunes para la solución de problemas, porque el conocimiento sobre las conexiones para la acción, así como las capacidades de implementación y de control, están sumamente diseminados. Surgen los contornos de una sociedad en red en la que el Estado nacional cumple funciones de articulación e integración hacia adentro y hacia afuera, y en el que también las instituciones no estatales y las empresas privadas deben asumir la responsabilidad por el desarrollo estatal, cuando haya que aminorar y resolver conflictos y crisis (Messner 1995).

### **Estructurar la transformación de la política**

En la arquitectura de la gobernabilidad global hay que desarrollar estrategias de solución para problemas transfronterizos y globales en diversos niveles de acción a lo largo del eje local-global, y, hasta donde sea posible, vincularlas entre sí. Unir las iniciativas para la solución de problemas por encima de los niveles de acción exige una gran dosis de capacidad de monitoreo, jurisdicción y coordinación internacionales, al igual que una comunicación y disposición a aprender que trascienda las fronteras. En este contexto, a los Estados les corresponde el papel de «manager de la interdependencia». Normalmente las instituciones políticas están dirigidas al arreglo de problemas circunscritos geográficamente: las instituciones locales son sobre todo competentes para la regulación de problemas locales, las instituciones nacionales para la regulación de problemas nacionales, etc. Esas estructuras fallan o representan impedimentos cuando ocurren problemas de nivel mundial (por ejemplo la destrucción de los bosques), por lo tanto se necesitan convenios y reglamentaciones internacionales (acuerdos internacionales sobre los bosques) y al mismo tiempo son necesarias medidas locales (p. ej., reforestación) que hay que aprobar y vigilar (sistemas de monitoreo local, nacional e internacional, convenios obligatorios, jurisdicción internacional), para superar las crisis globales y locales. En la arquitectura de la gobernabilidad global se deben atender cada vez más, en los diversos niveles de acción, los problemas que surgen y actúan diagonalmente respecto de los terrenos políticos institucionales estructurados de manera espacial. Así también en la política sobre el clima: existen medidas para la protección del clima que hay que sincronizar internacionalmente (p. ej., acuerdos de derecho internacional público sobre metas de reducción de las emisiones); hay otras medidas de protección del clima que deberían armonizarse mejor a nivel internacional,

aunque no sean forzosamente necesarias (p. ej. ahorro de energía); y todavía quedan múltiples espacios para medidas que no requieren ninguna armonización internacional (p. ej., calorifugación para edificios, utilización de calor irradiado en el área industrial, etc.).

Un ejemplo interesante de nuevas formas de política global son las negociaciones internacionales para la prohibición de las minas antipersonales. En esencia el proceso de negociación fue impulsado por ONGs norteamericanas que hicieron una campaña internacional para que la opinión pública mundial se interesara en el tema. En un primer momento, gobiernos importantes (p. ej., EEUU y Rusia) no suscribieron el documento concluido a fines de 1997, en el marco de negociaciones a nivel gubernamental, en el que se establecía la prohibición de las minas. El otorgamiento del premio Nobel de la Paz a los impulsores de la campaña privada contra las minas incrementó la legitimidad de las ONGs y su influencia política. Al tiempo, Clinton y Yeltsin se vieron en la necesidad de declarar que reconsiderarían sus decisiones. Eso no garantizaba el éxito del proceso, pero marcó una nueva clase de política en la sociedad mundial.

La política va a tener lugar en estructuras horizontales y verticales cada vez más fuertes: estructuras en redes dentro de las sociedades, están adquiriendo cada vez mayor importancia; la conducción jerárquica a través de una instancia política se convierte en excepción; sistemas de soberanías compartidas perforan el concepto de la soberanía nacional; una estructura multinivel de la arquitectura de la gobernabilidad global, en la que actúa una pluralidad de actores privados y públicos, se superpone al sistema internacional del mundo de Estados. La transformación de la política en esa dirección está en marcha desde hace tiempo debido al proceso de globalización; en ese proceso complejo el desafío consiste en volver a ensanchar el espacio de acción de la política mediante contribuciones premeditadas para la formación de un sistema eficiente de gobernabilidad global (Messner/Nuscheler 1997). El proyecto de la gobernabilidad global no es ningún plan maestro, más bien insinúa la dirección de un incipiente corredor de desarrollo. En el futuro la política debe manejarse y analizarse en la estructura de múltiples niveles de la arquitectura de la gobernabilidad global; sobre todo porque no existe ninguna otra alternativa plausible. No se divisa una respuesta sencilla a los complejos desafíos de la globalización. Instituciones y políticas estancadas en las estructuras y formas establecidas de la división del trabajo serán cada vez más la consecuencia de un creciente colapso de la política.

Describir la dinámica, la forma de funcionar y los arreglos institucionales de una futura arquitectura de la gobernabilidad global resulta, por lo tanto, muy difícil. No se trata de transferir sencillamente los elementos que constituyen la política nacional (soberanía estatal, democracia mayoritaria, etc.) a los diversos niveles de la estructura de la gobernabilidad global, sino que a través de la cooperación combinada de los actores en los niveles de acción esquematizados surja algo cualitativamente nuevo.

## Desafíos para la gobernabilidad global

Precisamente porque los recursos de dirección para la solución de problemas (como el clima, las crisis de empleo, el crecimiento de la población) en las sociedades y entre ellas están tan diseminados entre diferentes grupos de actores, la disposición a la cooperación, la capacidad para el compromiso y la búsqueda de «soluciones justas» llegan a ser fundamentales para la funcionalidad de la política en la «era del globalismo». Mientras las ideologías del *shareholder* celebran «renaceres» bienaventurados, los «anticipadores neoliberales» vitorean la competencia sin trabas (o sea: ni regulada ni configurada por la política) entre las naciones como el motor del progreso, y en el proceso real de la globalización pueden pulverizarse de manera fácil culturas de la cooperación y del consenso (contra lo que previenen justificadamente Dahrendorf y Kaufmann), es evidente que una mayor pérdida de la soberanía nacional y de la capacidad de dirección política sólo puede compensarse aumentando la cooperación transnacional de las sociedades nacionales organizadas sobre el principio del *stakeholder* (Albert). Al mismo tiempo, en este marco argumentativo la participación, la cooperación y el compromiso social no son primordialmente valores en sí mismos, sino sobre todo medios para la solución efectiva y eficaz de los problemas en un mundo cada vez más interdependiente.

### La gobernabilidad global enfrentará complejos retos

En primer lugar, en el eje local-global habrá que desarrollar mecanismos y estructuras institucionales a fin de garantizar la eficacia de la política en la arquitectura de la gobernabilidad global. En este caso se necesitan innovaciones institucionales y de procedimientos. En segundo lugar se presenta la cuestión de la transformación de la democracia en el proceso de globalización. Aquí se perfila un arduo dilema: la legitimación de la democracia está amenazada cuando el Estado democrático pierde capacidad de acción en vista del creciente número de problemas que trascienden las fronteras. Sin embargo, delegar soberanía a organizaciones anónimas, impenetrables, inter o supranacionales, puede acarrear igualmente déficits de legitimación. Una transferencia de los principios básicos del modelo de democracia occidental –que funcionan y están cimentados en el contexto nacional– a la compleja arquitectura de la gobernabilidad global es utópica (Scharpf 1996). Brock ha desarrollado importantes puntos de partida para mecanismos de legitimación democrática de la política en el contexto global.

En tercer lugar se presenta la pregunta de cómo puede lograrse la integración social en un mundo interdependiente, es decir, cómo se pueden movilizar y estabilizar fuerzas sociales cohesionadas. En principio las sociedades se mantienen unidas mediante cuatro modos de integración que se complementan entre sí (Kaufmann), cuya reproducción no está garantizada en absoluto en las condiciones de la globalización, y que deberían cimentarse en primer lugar en la estructura de la arquitectura de la gobernabilidad global.



Las sociedades se mantienen unidas primeramente mediante normas y valores fundamentales y procederes compartidos por todos. En el contexto global, equivalentes posibles serían los derechos humanos, así como medidas para soluciones globales a los problemas, que sean consideradas justas y equitativas por todos los participantes. Las arduas discusiones sobre los calendarios de reducción de emanaciones nocivas para el clima, en el marco de las negociaciones celebradas en Berlín y Kyoto, pusieron de relieve la importancia de este último punto. La gobernabilidad global implica que en el futuro el punto será cada vez más el reparto de los costos y beneficios en la sociedad mundial. Las sociedades democráticas se integran a través de sus ordenamientos jurídicos, los cuales siguen los principios de la igualdad, establecen derechos de participación y equilibran expectativas recíprocas. Por consiguiente, el fortalecimiento del Estado de derecho global y el desarrollo ulterior del derecho internacional son un imperativo para que en la arquitectura de la gobernabilidad global se imponga el dominio del derecho, en lugar del dominio de los poderosos que todavía predomina en el sistema internacional. Por otro lado, las sociedades pluralistas se integran mediante densas redes de comunicación, múltiples estructuras de intermediación y la construcción de la comunidad sobre la base del reconocimiento moral del prójimo como un igual, a pesar de su diferencia. En una escala global, la «cultura de la instrucción», que con frecuencia caracteriza todavía, por ejemplo, la cooperación internacional para el desarrollo, debe ser relevada por una «cultura del aprendizaje mancomunado». Hay que fomentar diálogos internacionales y mecanismos de solidaridad global. Al mismo tiempo, con la noción de diálogo, y de solidaridad, hay que tematizar respectivamente lo diferente y lo común en la relación entre las personas, las sociedades y las culturas (Kaufmann, p. 12).

Las sociedades con división del trabajo integran la dependencia recíproca (Emile Durkheim) de sus subsistemas sociales mediante interdependencias funcionales. La economía no puede funcionar sin un sistema jurídico sólido; el sistema jurídico depende del sistema político; el Estado precisa de una economía dinámica para su financiamiento, etc. Sin embargo, ese mecanismo de integración siempre es precario, porque los subsistemas siguen lógicas de acción y principios diferentes que no son compatibles *a priori* (la economía se basa en la competencia, los sistemas sociales en mecanismos de igualación, la política en el poder y los principios jurídicos). Más allá de eso, las relaciones asimétricas (p. ej., entre empleados y desempleados; propietarios de capital globalmente móviles y fiscos estatales) encierran siempre el peligro de la fragmentación social —aquí se aplican las tareas de la política nacional. En una escala global, las interdependencias y problemas transfronterizos actúan también de manera integrativa, ya que colocan actores y sociedades espacialmente separados en un contexto común y pueden impulsar soluciones cooperativas para los problemas. Sin embargo, siempre implican el peligro de conflictos (p. ej., por el acceso a recursos de agua), de un reparto injusto de las cargas (p. ej., en el «reparto» de refugiados de guerra) y de la exclusión (p. ej., del comercio mundial mediante el proteccionismo),



© 1999 Astur Demartino/Nueva Sociedad

cuando estructuras asimétricas de poder y mecanismos institucionales de regulación deficientes así lo permiten. Aquí se aplican las tareas de la gobernabilidad global.

### **Determinantes estructurales de la gobernabilidad global**

Si llegara a imponerse la «globalización salvaje y despiadada» contra la que nos previene Dahrendorf, surgiría la amenaza de que los márgenes de acción para una política social formativa se vuelvan cada vez más estrechos, y de espirales descendentes que se refuerzan mutuamente: competencias de reducción fiscal a nivel mundial y consiguientes crisis fiscales de los Estados, competencias de liberalización de normas, dúpings salariales, sociales y del medio ambiente. La gobernabilidad global es un marco analítico para reconstruir la transformación de la política en el proceso de globalización, pero sobre todo es también un concepto normativo para desarrollar estrategias contra «la privación de poder» que sufre la política, estrategias basadas en la cooperación y el equilibrio de los intereses. Existen buenas razones para esperar que de la multiplicación de los riesgos globales, y de la concientización al respecto, nazcan también intereses e iniciativas mancomunados para vencerlos. Un proyecto cooperativo puede fomentarse a partir de: 1) La percepción de las crecientes y cada vez más densas interdependencias espaciales, temporales y causales en la sociedad mundial, que conducen a *dependencias recíprocas* entre los países, las regiones y los grupos de actores; 2) Lo *imprevisible* del éxito y el fracaso, el alcance limitado así como los riesgos de estrategias (en la economía y en la política) orientadas unilateralmente a la competencia y a la imposición de intereses particulares; 3) La *elevada inseguridad generalizada*, que para todos los actores participantes surge de la dinámica propia de sistemas autónomos (como los mercados financieros internacionales, la lógica de la competencia de los centros de producción o el desarrollo tecnológico). Al mismo tiempo no podemos desestimar advertencias como la de Opitz: «Mientras más fuerte es el clamor por una 'gobernabilidad global', menos se produce; y mientras más insistentemente se reclama la 'responsabilidad global', más enconada se vuelve la lucha de todos contra todos» (p. 51). Para que un proyecto de gobernabilidad global dirigido normativamente pueda ser rector de la acción, debe tener conocimiento de los factores influyentes (y también los ardides) que determinan la dinámica de la política global y abren o restringen «espacios de oportunidad» políticos. Vamos a esquematizar seis determinantes que tienen influencia recíproca y permiten describir y estructurar la complejidad de la problemática de la gobernabilidad global. Una transformación exitosa de la política la gobernabilidad global, que tenga como blanco la ampliación de los márgenes de acción políticos, debe tener presente esos vectores de influencia.

### **Tipología de «problemas globales»**

En el marco de la discusión sobre la globalización muchas veces se habla en términos muy generales de un aumento de los «problemas globales» y se exi-

ge que se trasladen jurisdicciones estatales a niveles de acción superiores. Aquí se pasa por alto que es posible distinguir tipos de problemas divergentes, que plantean desafíos muy diferentes para la política en la arquitectura de la gobernabilidad global. Por otra parte, tipos de problemas específicos exigen estrategias de solución específicas: en cada caso están involucrados actores diferentes, son indispensables actividades en niveles de acción diferentes a lo largo del eje local-global, se necesitan arreglos e innovaciones institucionales que sean específicos para los problemas. En general pueden diferenciarse seis tipos de problemas, que aquí sólo podemos esquematizar brevemente:

**Bienes y males globales.** Se trata, en primer lugar, de problemas de dimensión mundial (p. ej., los cambios climáticos, el agujero en la capa de ozono, la desertización creciente, la amenaza a la biodiversidad, la paz mundial) que tienen que ver con la protección de bienes globales. Los problemas pueden ser resueltos o agudizados por algunos actores (p. ej., las emanaciones de CO<sub>2</sub> de los países industrializados), sin embargo, se traducen en amenazas de alcance mundial. En segundo lugar, la globalización de la economía, especialmente de los mercados de capital, exige que se desarrollen reglas universales para la estabilización de la economía mundial. Para encuadrar institucionalmente los «bienes y males globales» se necesitan, por un lado, regímenes internacionales y convenios obligatorios (como, por ejemplo, el exitoso protocolo de Montreal para la protección de la atmósfera), a fin de establecer estrategias y reglas obligatorias a nivel mundial (como los calendarios para la reducción de los hidrocarburos fluorados, CO<sub>2</sub>, etc.), y por otro lado, por lo general actividades variadas en todos los niveles de la arquitectura de la gobernabilidad global para poner en práctica los acuerdos internacionales (p. ej., programas para incrementar la eficiencia energética, para aminorar la problemática del clima) y para vigilar su cumplimiento. Los «problemas globales comunes» tocan a la comunidad mundial como un todo, exigen una gran dosis de cooperación internacional y en muchas áreas requieren una política normativa mundial. Como lo han demostrado las negociaciones en relación con el clima en Berlín y Kyoto, los avances son difíciles y lentos a causa de las coyunturas de intereses (con frecuencia complejas) y del elevado número de participantes, pero cuando los actores centrales perciben la presión del problema se puede decir que también son posibles, como lo muestran los progresos logrados para la protección de la atmósfera.

**Problemas transfronterizos.** Un cúmulo de fenómenos diversos como la migración, la contaminación del Mar del Norte, la lluvia ácida o la migración laboral –por ejemplo en el contexto de la Unión Europea– sobrepasan el alcance de la política nacional y ponen en tela de juicio el concepto tradicional de la soberanía del Estado, porque las actividades o los descuidos en un país tienen repercusiones en otros, aun cuando no adquieran dimensiones mundiales. Esos problemas exigen una cooperación creciente entre los Estados y los grupos de actores involucrados y su voluntad para encontrar soluciones comunes, más allá de la política exterior clásica. Muchos problemas transfron-

terizos pueden tratarse en el contexto de los proyectos de integración regional.

**Fenómenos globales.** La ingobernabilidad de las megaciudades, las crisis de grandes organizaciones jerárquicas y administraciones públicas o los procesos de fragmentación social creciente son problemas que aparecen a nivel mundial sin que necesariamente sean producto de relaciones de interdependencia transfronterizas. También la pobreza y el hambre (por ejemplo, después de guerras civiles) se perciben muchas veces como fenómenos en este sentido globales. Ese tipo de problema mundial puede y debe ser tratado en el marco de la política nacional; sin embargo, se abre un amplio campo para las «asociaciones para el aprendizaje» a lo largo del eje local-global: las experiencias de otros países y regiones pueden evaluarse sistemáticamente, y se podría pensar en proyectos piloto bilaterales y multilaterales para la solución de problemas similares. Seguramente San Pablo, Yakarta, París y Nueva York tienen en muchas áreas más cosas en común y puntos de partida para procesos de aprendizaje conjunto, que los que tienen con las ciudades pequeñas y medianas de sus países (o sea, cooperación local-local en la sociedad mundial). En la arquitectura de la gobernabilidad global existen iniciativas para ese tipo de solución de problemas (p. ej., en el marco de la UE el intento de evaluar las políticas de empleo de los países miembros; asociaciones entre ciudades), pero son más que nada de naturaleza puntual y no un elemento sustancial de una estrategia previsor de gobernabilidad global. En el futuro se desarrollarán dinámicamente más que nada aquellos países capaces de aprender de la experiencia de otros. Los Estados y las organizaciones no estatales tienen aquí deficiencias que hay que superar en comparación con empresas que actúan a nivel mundial y que establecen actividades de innovación y asociación para el aprendizaje mucho más allá de las fronteras nacionales.

**Problemas globales de interdependencia.** Las crisis económicas causan procesos de depauperación que pueden desencadenar corrientes migratorias; las crisis del medio ambiente pueden llegar a originar guerras; las corrientes del comercio mundial aumentan la prosperidad de las naciones, pero pueden generar una carga excesiva sobre los sistemas ecológicos a través del transporte, etc. La seguridad de la coherencia política y el manejo de las interdependencias entre campos de política y áreas de problemas ya son difíciles y están subdesarrolladas en los marcos nacionales (Messner 1995). En los marcos internacionales existe una necesidad de acción aun mayor. Las organizaciones con gran poder de acción (por ejemplo, la Organización Mundial de Comercio y el FMI) son clásicas organizaciones de «single issue» que toman poco en consideración las complejas repercusiones de su actuación. En el contexto de las conferencias mundiales de los años 90 se han puesto de relieve muchos de esos problemas de interdependencia, y así se dejó asentado en los documentos finales de esas conferencias (Messner/Nuscheler 1996). Sin embargo, desde el nivel local hasta el global faltan instituciones que trabajen en los puntos de intersección entre áreas de problemas importan-

tes, que observen los efectos recíprocos, que cumplan funciones de coordinación y aúnen iniciativas para la solución de problemas (Simonis).

**Competencia de sistemas nacionales en la economía mundial.** La globalización de la economía y los impulsos de liberalización a nivel mundial han agudizado la competencia de sistemas entre los Estados nacionales. No solo las instituciones económicas, sino también los sistemas de reglamentaciones social y ecológico compiten entre sí en la economía mundial. Si esto no se encuadra institucionalmente, sobreviene la amenaza de competencias de desregulación y dúpning que desestabilizan la economía mundial y desbancan conquistas sociales y ambientalistas (Altvater/Mahnkopf; Scharpf 1997). Hay que desarrollar respuestas político-económicas a nivel nacional, regional y multilateral (Messner 1997). Además, en muchas áreas las regulaciones nacionales todavía funcionan (sobre todo en relación con productos), y en algunos casos se pueden observar incluso «races to the top» a causa de la globalización (p. ej., en el aumento de las normas ambientalistas en los países en desarrollo orientados a la exportación); en el marco de la UE, se necesita una coordinación político-económica más estrecha (p. ej., las macropolíticas), armonizaciones (p. ej., de las políticas fiscales, de los procedimientos de otorgamiento de licencias) o armonizaciones a un nivel diferente (p. ej., convenios europeos que establecen los límites inferiores del gasto social general en relación con el producto per cápita, Scharpf 1997); a nivel internacional se requiere de marcos normativos para la economía mundial (p. ej., desarrollo ulterior del orden económico mundial, desarrollo de un orden financiero mundial sólido y un orden para la competencia internacional). A causa de la competencia mundial por las inversiones, en los diversos niveles de la arquitectura de la gobernabilidad global es difícil lograr políticas exitosas para limitar la competencia entre sistemas; además, las relaciones de poder se desplazaron de las instituciones políticas (inmóviles) a los actores privados móviles (p. ej., empresas, propietarios de capital), que pueden amenazar con «traslados de los centros de producción» o exportaciones de capital.

**La complejidad de la arquitectura de la gobernabilidad global.** Si se logra desarrollar la transformación de la política y del Estado en dirección a una arquitectura de la gobernabilidad global diferenciada y conectada, y se contrarresta así la «privación de poder de la política», no hay que pasar por alto que a causa de su propia complejidad la arquitectura de la gobernabilidad global puede convertirse en un problema global. En el contexto nacional se han investigado bien los límites y ardidés de la conducción política: en escala mundial se formarán constelaciones de problemas cualitativamente nuevas y adicionales.

### **Tipos de interdependencia global**

Las relaciones de interdependencia que se densifican a lo largo del eje local-global sobrepasan el alcance de la política nacional. Por lo general, los problemas globales tienen que resolverse en sistemas de negociación concate-

nados, porque ninguna instancia jerárquica está en condición de superar en forma autónoma los desafíos transfronterizos. En redes internacionales o también supranacionales la mera cantidad de actores va a significar un problema de dirección y coordinación: las negociaciones pueden alargarse demasiado; son previsibles los bloqueos y las posiciones de veto de los actores más poderosos. Sin embargo, el «problema de la gran cantidad» (Messner 1995, p. 216), tan importante para la gobernabilidad global, no se presenta siempre de la misma manera. Ya a fines de los años 60, Thompson había indicado tres tipos diferentes de interdependencias que pueden resultar provechosas en la discusión sobre las interdependencias globales. En el caso de la «pooled interdependence» se trata del acuerdo sobre normas comunes (*coordination by standardization*) para superar bloqueos de la acción. Como ejemplo pueden servir los procedimientos técnicos de estandarización y las normas de calidad y ambientales, usados para bajar los costos de las transacciones e impedir competencias de dúpung entre las empresas, o incluso entre sociedades, mediante el acuerdo sobre estándares comunes. En este campo es mucho lo que ha ocurrido en la sociedad mundial en las dos últimas décadas: los bancos internacionales lograron ponerse de acuerdo sobre inversiones mínimas, en la UE se unificaron muchas normas técnicas en sectores de la economía muy diferentes, las compañías de aviación llegaron a acuerdos sobre normas de seguridad internacionales, etc. Los estándares técnicos obligatorios a nivel mundial están recopilados en una obra cuyas páginas han crecido de 3.400 a 20.000 desde finales de la década de los 70 hasta el presente (Zürn, p. 39). En el curso de la solución de esos problemas de interdependencia pueden surgir conflictos bastante fuertes por la elección entre estándares competidores. Sin embargo, una vez que se definen y aceptan reglas y normas obligatorias, los actores pueden actuar autónomamente basándose en ellas. Por lo tanto, los problemas de interdependencia de ese tipo son relativamente fáciles de resolver, ya que pueden superarse estableciendo reglas comunes. Por esa razón las iniciativas internacionales en campos en los que predomina ese tipo de interdependencia están muy avanzadas.

En el segundo caso se trata de una «interdependencia secuencial», por ejemplo cuando en el marco de las negociaciones sobre el clima hay que definir prioridades con respecto a las sustancias dañinas para el clima, y deben acordarse calendarios diferentes y sucesivos de reducción de emanaciones para diferentes grupos de países. Una «*coordination by plan*» (coordinación mediante el establecimiento de planes y secuencias temporales) puede contribuir a arreglar ese tipo de interdependencia. También en ese caso son posibles conflictos de intereses de larga duración, sin embargo, con base en las secuencias temporales acordadas los actores pueden actuar autónomamente y desarrollar paquetes de medidas para cumplir las obligaciones asumidas.

Más complicados de resolver son los casos de «interdependencia recíproca». En esta situación, las posibilidades de decisión de los actores involucrados dependen de las conductas de otros, pues las condiciones previas para las opciones de acción de unos son resultado de las acciones de otros. Por ejem-

plo, las complejas redes de abastecimiento de empresas multinacionales se caracterizan por tener relaciones de interdependencia recíproca. Ese patrón de interdependencia plantea grandes retos de coordinación y cooperación para los actores involucrados, porque a diferencia de los otros casos esbozados, no basta que se pongan de acuerdo sobre reglas comunes o que convengan en secuencias de acción: se necesitan procesos continuos de armonización. Thomson habla de la necesidad de «coordination by mutual adjustment» (coordinación mediante estrategias acordadas progresivamente). Al contrario de la versión neoliberal, es mucho lo que indica que en una economía mundial cada vez más interconectada, la política económica se basará en muchas áreas en ese difícil patrón de interdependencia recíproca: sólo con una multiplicidad de actores es que las estrategias concertadas y engranadas en los diversos niveles de la arquitectura de la gobernabilidad global pueden colaborar en la inserción institucional de la economía global y sus reglamentaciones sociales y ecológicas. Y precisamente en esas constelaciones de compleja dependencia mutua los actores particulares disponen de un considerable poder de veto y de bloqueo: los progresos políticos son, por lo tanto, laboriosos.

### **El poder en la arquitectura de la gobernabilidad global**

La dinámica de la política internacional y las oportunidades de ampliar los pilares existentes para una arquitectura funcional de la gobernabilidad global, siguen dependiendo de las estructuras de poder mundial. Las estructuras de interdependencia cada vez más densas implican también una diseminación del poder y de los potenciales de negociación (p. ej., sin los países en desarrollo no se pueden resolver los principales problemas ambientales); sin embargo, las estructuras de poder siguen influyendo en la lógica de la política global. Podemos diferenciar cuatro concursos de circunstancias:

1. La superación de la bipolaridad y el debilitamiento del poder hegemónico de EEUU en el curso de las últimas décadas han hecho surgir un vacío de poder internacional. Hoy en día EEUU apenas puede proveer las funciones de orden que asumió entre 1945 y comienzo de los años 70. Al finalizar el siglo XX la sociedad mundial está estructurada policéntricamente. La nueva estructura poshegemónica dificulta los procesos de negociación y exige soluciones bilaterales (en lugar de multilaterales) que pueden producir conflictos internacionales de larga duración.

2. Las estructuras de poder asimétricas en la política global conducen a que los actores más débiles tiendan a tener que aceptar soluciones que son para ellos subóptimas; mientras que los actores fuertes están en posición de imponer ampliamente sus intereses. Esto suscita, por un lado, problemas de equidad; por otro lado socava la disposición a la cooperación por parte de los actores más débiles y su disposición a participar en el proyecto de la gobernabilidad global (y con ello se pierden oportunidades de encontrar soluciones cooperativas para los problemas globales).



3. Las negociaciones sobre el clima en Kyoto han demostrado que los actores poderosos pueden retardar las soluciones de problemas globales y hasta bloquearlas: cuentan de hecho con poder de veto. Únicamente una creciente reglamentación, legitimación y democratización de las relaciones internacionales y la política global pueden ayudar a superar esas situaciones. Sin embargo, el ejemplo que esbozamos sobre las negociaciones para una prohibición de las minas antipersonas, demuestra que la presión de la sociedad civil sobre actores poderosos también puede dar resultado.

4. Es significativo que en el proceso de la globalización económica el poder se haya trasladado de los actores políticos a las empresas privadas. Sin su participación e inserción en la arquitectura de la gobernabilidad global, la política global basada en la cooperación no es un proyecto con buenas perspectivas.

### **Coyunturas de intereses en la política global**

La gobernabilidad global tiene buenas oportunidades si los actores relevantes para la acción persiguen primordialmente intereses complementarios o hasta convergentes. En este caso tenemos como ejemplos la mitigación de la crisis de la deuda en los países en desarrollo durante los años 80, que evitó un colapso del sistema financiero internacional (pero en general redujo muy poco los problemas de los países endeudados), la formación de la Organización Mundial de Comercio, o también el rápido manejo de la crisis para estabilizar las economías asiáticas que cayeron en aguas tormentosas desde finales de 1997. Si los problemas globales están dominados por estructuras de intereses básicamente antagónicos, son poco probables las soluciones amplias, o en todo caso esas soluciones son más arduas y lentas. Un ejemplo son las dificultades para enfrentar las consecuencias de las corrientes migratorias internacionales mediante la cooperación internacional. Las oposiciones al impuesto Tobin para la estabilización de los mercados financieros internacionales (no en último caso por parte de los bancos internacionales, que pueden amenazar con su gran movilidad) o bastiones de *lobby* contra la introducción de impuestos a la energía en la UE sirven también como material ilustrativo. En este caso no son imposibles los avances políticos, las sociedades democráticas se caracterizan precisamente por su capacidad para tramitar regulaciones permanentes de conflictos en forma pacífica. Sin embargo, en las democracias nacionales están a la disposición mecanismos mayoritarios de toma de decisión y finalmente gobiernos capaces de tomar decisiones (a cuyas «sombras» tiene lugar la conducción concatenada), mientras que las soluciones supranacionales en la arquitectura de la gobernabilidad global dependen de procesos de negociación que obedecen a reglas complejas.

Pero no son únicamente los intereses antagónicos los que pueden obstaculizar una política global eficaz; también la indiferencia de actores poderosos frente a importantes problemas globales bloquea la gobernabilidad global: la pobreza de Africa quizás sea un problema moral para los actores globales

fuertes, y a través de diversas secuencias podría transformarse en un problema relevante para ellos (pobreza en África o Europa oriental –guerras civiles– migración hacia Europa occidental). Sin embargo, el «problema global» de la pobreza amenaza en primer lugar y sobre todo a los pobres y a sus sociedades. En todo caso la indiferencia de los países industrializados ante la pobreza como problema global es lo suficientemente grande como para seguir igual que antes incluso después de la Cumbre Social Mundial celebrada en Copenhague en 1995, en la que se acordaron múltiples actividades para la reducción de la pobreza, o hasta para reducir aún más los recursos para la cooperación para el desarrollo y la lucha contra la pobreza. Muy diferente es lo que ocurre cuando se ven afectados los intereses directos y particulares de los actores poderosos: para la estabilización del sistema financiero surcoreano, a finales de 1997 se movilizaron en un corto plazo 50.000 millones de dólares, bajo la égida del FMI y en cooperación con los países del G-7, para evitar la caída de un socio económico importante, efectos dominó en Asia y un perjuicio del mercado de capitales internacional.

Si se entiende la gobernabilidad global como un proyecto normativo, basado en la cooperación internacional, la conciliación de intereses y la justicia, deberíamos desarrollar los mecanismos para tematizar y combatir los problemas globales que están en el «ángulo muerto» del horizonte de intereses de los actores globales fuertes.

En los procesos de toma de decisión de los sistemas de negociación concatenados de la arquitectura de la gobernabilidad global no influyen únicamente las constelaciones de poder e intereses, sino también las correspondientes orientaciones de acción de los actores (Messner 1995, p. 260). En general en el mundo real se pueden distinguir tres orientaciones de acción y estilos de toma de decisión (Scharpf 1991): 1) La orientación al trueque y el regateo describe la perspectiva egoísta típica que en la *Public Choice Theorie* se atribuye a los individuos, y en la escuela neorrealista de relaciones internacionales se atribuye a los actores estatales. En este caso los actores se guían exclusivamente por el cálculo de sus intereses particulares; 2) La orientación a la confrontación implica que el provecho propio se compara con una ventaja obtenida sobre el otro. Por lo tanto, no se trata solamente de una maximización del provecho, como en el caso de la orientación al trueque y el regateo, sino de «vencer» a otros implicados; la orientación de los actores a la solución de problemas está dirigida a la búsqueda de un provecho común conjeturado.

Las consecuencias que tienen esas orientaciones de la acción sobre los procesos de negociación destinados a resolver diversas formas de problemas interdependientes e interconectados, pueden reconstruirse a nivel teórico-representativo (Messner 1995, p. 151 y ss.) En esencia se infiere lo siguiente: mientras más complejos e intrincados son los problemas, es más posible que una orientación individualista al trueque y el regateo (orientada al *optimum* de Pareto) desemboque en «interminables» bloqueos de las negociaciones. Es

factible que ocurra una lucha «interminable», ya que todos los lados están interesados en encontrar una solución al problema, pero el aferramiento de los actores a sus intereses egoístas impide que lleguen a un acuerdo (comp. las negociaciones para un convenio sobre los bosques o sobre la biodiversidad). Con frecuencia la orientación a la confrontación frustra negociaciones colectivas en curso (p. ej., los años de bloqueos a las negociaciones para la paz entre Israel y los palestinos), puede contribuir al agravamiento del conflicto y en todo caso obstruye la perspectiva de una solución cooperativa y eficaz en la arquitectura de la gobernabilidad global.

En cambio, la orientación a hallar soluciones puede contribuir a limitar los bloqueos a las negociaciones y a mejorar el bienestar colectivo (en el sentido del optimismo de Kaldor). Sólo cuando actores deseosos y capaces de cooperar están de acuerdo en poner en práctica la solución más óptima posible —y no a todo trance «su» solución— para resolver un problema global, se abre el camino para salir de la confrontación y de los interminables bloqueos a las negociaciones. Muchas veces las organizaciones o los tribunales internacionales contribuyen a que se superen estrechos puntos de vista nacionales y a buscar soluciones adecuadas para los problemas, en lugar de alternativas orientadas a intereses particulares. Un gran número de los problemas anteriormente esbozados (p. ej., la indiferencia de actores poderosos ante importantes problemas globales; los bloqueos políticos mediante una política de fuerza unilateral; problemas caracterizados por la interdependencia recíproca) sólo puede superarse apoyándose en una orientación de los actores hacia la solución conjunta de los problemas. La orientación (basada en la escuela neorrealista) hacia estrechos intereses nacionales bloquea la formación de una eficiente arquitectura de la gobernabilidad global.

### **La importancia de los paradigmas**

Los cambios políticos no se basan solamente en el poder, las coyunturas de intereses y las circunstancias objetivas de los problemas. También los paradigmas que adquieren fascinación en el proceso político y pueden tener un efecto rector de la acción, influyen en la dinámica de la política global. La política Willy Brandt hacia Europa oriental, la política de reconciliación de Nelson Mandela, la integración política de Europa después de dos guerras mundiales devastadoras, también fueron al principio proyectos que parecían apartados de la realidad. Un ejemplo actual del poder de las ideas y los paradigmas es que en el curso de los últimos años una infatigable comunidad internacional de expertos logró arraigar «en la mente de la gente» la importancia de reducir las emanaciones de CO<sub>2</sub> para resolver graves problemas del medio ambiente. De hecho, en esa área se han dado pasos positivos (comp. el inicio de procesos de reducción a raíz de la conferencia sobre el clima en Kyoto). En otras áreas aún no se ha podido romper el predominio mundial de conceptos de liberalización de normas, aunque no es para nada seguro que los efectos de distribución y las presiones de adaptación de los convenios sobre el clima resulten menores (también para los poderosos países indus-

trializados), por ejemplo, que la introducción del impuesto Tobin (Zürn, p. 47). Por lo tanto, el éxito de la gobernabilidad global depende de que la política y la ciencia logren poner de relieve su significado esencial para un desarrollo pacífico dentro de la sociedad mundial y para la resistencia a la «privación de poder de la política».

## Bibliografía

- Albert, Michel: «Kapitalismus contra Kapitalismus» en Dirk Messner (ed.): *Die Zukunft von Staat und Politik in der Weltgesellschaft*, Bonn, 1998.
- Altwater, Elmar y Birgit Mahnkopf: *Grenzen der Globalisierung*, Munster, 1996.
- Beck, Ulrich: *Was ist Globalisierung*, Francfort, 1997.
- Commission on Global Governance: *Our Global Neighbourhood*, Oxford, 1995.
- Corbey, Dorette: «Dialectical Functionalism: Stagnation as a Booster of European Integration» en *International Organization* N° 2, 1995.
- Dahrendorf, Ralf: «An der Schwelle zum autoritären Jahrhundert» en *Die Zeit*, 14/11/97.
- Grande, Edgar: «Abschied vom Nationalstaat? Entwicklungslinien moderner Staatlichkeit in Europa», papel de trabajo N° 1/97, cátedra de Ciencias Políticas, TU Munich, Munich.
- Guéhenno, Jean-Marie: *Das Ende der Demokratie*, Stuttgart, 1995.
- Kaiser, Karl: «Die neue Weltpolitik. Folgerungen für Deutschlands Rolle» en K. Kaiser (ed.): *Die Neue Weltpolitik*, 1995, pp. 497-511.
- Kaufmann, Franz-Xaver: «Was halt die Gesellschaft heute zusammen?» en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 4/11/97.
- Mathews, Jessica T.: «Power Shift» en *Foreign Affairs* 1-2/1997, pp. 50-66.
- Messner, Dirk: *Die Netzwerkgesellschaft*, Colonia, 1995.
- Messner, Dirk: «Politik im Wandel: NGOs in der Irrelevanzfalle oder NGOisierung del (Welt-)Politik?», Friedrich Ebert Stiftung, Bonn, 1996.
- Messner, Dirk: «Ökonomie und Globalisierung» en Stiftung Entwicklung und Frieden: *Globale Trends 1998*, Francfort, 1997, pp. 135-169.
- Messner, Dirk (ed.): *Die Zukunft von Staat und Politik in der Weltgesellschaft*, Bonn, 1998.
- Messner, Dirk y Franz Nuscheler: «Global Governance. Organisationselemente und Säulen einer Weltordnungspolitik» en D. Messner y F. Nuscheler (eds.): *Weltkonferenzen und Weltberichte*, Bonn, 1996, pp. 12-36.
- Messner, Dirk y Franz Nuscheler: «Globale Trends, Globalisierung und Global Governance» en *Globale Trends 1998*, Francfort, 1997, pp. 27-40.
- Opitz, Peter: *Der globale Marsch*, Munich, 1997.
- Rosenau, James, N.: *Turbulence in World Politics*, Brighton, 1990.
- Scharpf, Fritz, W.: «Political Institutions, Decision Styles, and Political Choices» en *Journal of Theoretical Politics* N° 1, 1991.
- Scharpf, Fritz W.: «Demokratie in der transnationalen Politik» en *Internationale Politik* N° 12, 1996, pp. 11-20.
- Scharpf, Fritz W.: «Politische Konsequenzen der Globalisierung» en *Kempfenhausener Gespräche der Hypo-Bank, Globalisierung der Wirtschaft und gesellschaftlicher Strukturwandel (Dokumentation)*, Munich, 1997.
- Scholte, Jan Aart: «The Globalization of World Politics» en John Baylis y Steve Smith (eds.): *The Globalization of World Politics*, Oxford, 1997, pp. 13-29.
- Simonis, Udo Ernst (ed.): *Weltumweltpolitik*, Berlin, 1996.
- Streeck, Wolfgang: «Nationale Politik bei fragmentierter Souveränität» en *Jahrbuch für Arbeit und Technik 1997*, Bonn, 1997, pp. 311-325.
- Thompson, James, D.: *Organizations in Action*, Nueva York, 1967.
- Zürn, Michael: «Does international Governance meet Demand?», papel de trabajo N° 5, Institut für Interkulturelle und Internationale Studien, Universidad de Bremen, 1997.

# Integración y seguridad regional

SHIGUENOLI MIYAMOTO

**Aunque la regionalización y la globalización se discutan con insistencia, no por ello desaparecen las preocupaciones geopolíticas tradicionales. En el contexto latinoamericano, y pese al proceso de integración, se observa más retórica que hechos concretos. Se firman tratados, pero continúan las divergencias relativas sobre todo a la cuestión de fronteras y de dominio territorial. No obstante, que los gobernantes se sienten a discutir la integración militar resulta alentador y muestra que la situación es mejor que la de años anteriores. El éxito completo, con el aumento de la confianza mutua, sin embargo, dependerá de la voluntad política que aún no se verifica en su totalidad, con miras a buscar un desarrollo armónico para toda la región.**

**E**l final de la Guerra Fría trajo consigo, en lugar de un sistema internacional estable, un mundo lleno de turbulencias. Iniciando los años 90, tuvimos la guerra de los países aliados contra Irak, mientras que las divisiones sufridas por la ex-Unión Soviética, la ex-Checoslovaquia y un sinnúmero de conflictos étnicos y religiosos pasaron a ser parte del día a día. De esta manera, en el cierre del siglo se vislumbra la multiplicación de las discordias que, con anterioridad, se restringían a las influencias de los dos grandes contendores de la arena mundial. Ciertamente hubo, en la segunda mitad del siglo xx numerosos choques, con la misma repercusión y ocurridos con la misma intensidad a la verificada en los 90. Pero eso se daba en el clima de la Guerra Fría, como en Corea del Norte, Vietnam, Hungría y Checoslovaquia, pasando por Afganistán, el Oriente Medio y Centro y Sur América. Sólo para efectos de ilustración podríamos mencionar, además de los casos antes citados, la guerra de Bosnia Herzegovina y Ruanda - Burundi, de los kurdos, del IRA, de los tibetanos, de los habitantes de Timor, además de los conflictos regionales en nuestro continente como el ocurrido entre Perú y Ecuador.

---

SHIGUENOLI MIYAMOTO: profesor del Departamento de Ciencia Política de la Universidad Estadual de Campinas (San Pablo); investigador del CNPq; autor de diversos artículos sobre relaciones internacionales y política exterior brasileña, y de *Geopolítica e poder no Brasil*, Papirus, San Pablo, 1995.

**Palabras clave:** relaciones internacionales, integración, América Latina, Argentina, Brasil.

De este modo, dentro del actual ámbito que se denominó globalizado, los intereses de los Estados, o de aquellos con pretensiones de serlo, se mostraron de manera extremadamente fuerte. Con ello, se verifica lo contrario de lo que se dice, que el final del siglo promete un mundo sin fronteras, donde los Estados nacionales no existirían y representarían muy poco en un sistema internacional formado por mega-bloques.

Los acontecimientos hablan por sí mismos e indican cómo los intereses políticos, económicos, estratégico-militares, culturales, religiosos y étnicos están arraigados a la vieja tradición del Estado nacional. Esto se puede constatar por ejemplo, tanto en las disputas interiores y entre bloques, en los proteccionismos, como en las declaraciones del presidente de Estados Unidos, al preanunciar los ataques al gobierno yugoslavo a mediados de marzo de 1999. Clinton decía: «necesitamos comprender lo que tenemos en juego en los Balcanes y en Kosovo. ... Esta es una crisis humanitaria, pero, a su vez, es mucho más que eso: es un conflicto sin fronteras naturales, que *amenaza nuestros intereses nacionales*»<sup>1</sup>. De la misma manera, la secretaria de Estado, Madelene Allbright afirmaba que «la pérdida de Kosovo llevaría a una mayor desestabilización de los Balcanes, que tarde o temprano, perjudicaría los *intereses de Estados Unidos en Europa*»<sup>2</sup>. En nombre de tales intereses y de la seguridad nacional, Francia y China no tuvieron pudor y detonaron, a principios de 1996, varios artefactos nucleares. Así, el presidente Chirac justificó que tal cosa se hizo para garantizar la capacidad de disuasión en los próximos 50 años. De la misma forma, la India y Pakistán resolvieron hacer sus pruebas nucleares y se rehusaron a acatar el Tratado de Prohibición Completa de Pruebas Nucleares, aprobado por la Asamblea General de la ONU, en septiembre de 1996, ya que no firmaron el mismo –comportamiento similar al adoptado por Libia.

Como se puede observar, en el contexto de la globalización ningún país muestra su capacidad bélica, bien sea para atender sus intereses de seguridad, en cualquier parte del mundo, como lo hace EEUU, o para suplir sus necesidades de defensa. Si esto es una realidad que se verifica entre los grandes Estados, todos pautando sus conductas por políticas realistas, en América Latina no podría ser de otra manera.

### **América Latina: ¿de las divergencias al entendimiento?**

Hay dos etapas diferentes que marcan las relaciones latinoamericanas, principalmente, en lo que respecta a los dos grandes países situados en el hemisferio sur. En la primera, caracterizada por los años de regímenes autoritarios entre los años 60 y los 80, lo que prevalecía en todo el continente era la Doctrina de Seguridad Nacional. Amparados por ella, los gobernantes desa-

1. Cf. *O Estado de São Paulo*, 23/3/99.

2. Cf. *O Estado de São Paulo*, 5/4/99.

rollaron en el plano interno políticas autoritarias, utilizando la represión para controlar a la sociedad y a los grupos que se les opusiesen. A pesar de presentar puntos en común, como el anticomunismo y la defensa de valores occidentales, en las relaciones interestatales los países de la región pasaron por innumerables divergencias. Se pueden mencionar aquí los casos más claros de las discordias tradicionales: Brasil vs. Argentina (en toda la historia y no solo en las décadas mencionadas); Argentina y Chile; cuando la Casa Rosada llegó a combatir en las heladas aguas del Atlántico Sur contra Inglaterra, por los territorios de las islas Malvinas; y, los conflictos entre Ecuador y Perú. Todo esto, sin dejar de nombrar los problemas político-institucionales que, eventualmente, ponen en peligro a los gobiernos, como los ocurridos en Paraguay y Venezuela.

Sin embargo, a partir de los 80, con el cese de los regímenes militares el continente volvió a la normalidad democrática. A mediados de la década, con los protocolos de integración firmados por Buenos Aires y Brasilia y, después, a principios de los 90, se vislumbró un proyecto más ambicioso, incorporando otros países para constituir el Mercosur. Esta visión, que privilegia la cooperación por encima de los conflictos, según se entiende en las relaciones internacionales, caracteriza la segunda etapa de las relaciones latinoamericanas y debería, por lo tanto, poner punto final a las divergencias que siempre pautaron la política de la cuenca de La Plata. Además, otras instancias con el mismo espíritu se hacían presentes, como la Asociación Latinoamericana de Integración (Aladi), la cual, desde 1980, sustituyó a la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (Alalc); asimismo, a partir de 1988, al norte del continente se consumó el Tratado de Cooperación Amazónica, firmado por Brasil y otros siete países del área. Igualmente, por iniciativa del gobierno brasileño, en 1986, esta parte del mundo se convirtió en región libre de conflictos a través de la aprobación por la ONU de la Zona de Paz y Cooperación en el Atlántico Sur. Por otro lado, también se verifican discordias entre Argentina y Chile por la zona de hielos continentales, la ya señalada entre Ecuador y Perú, en el momento en que Brasil implementaba, a partir de 1986, una política discutible de ocupación y protección de la región amazónica a través de un esquema titulado «Desarrollo y seguridad en la región al norte del curso de los ríos Solimoes y Amazonas», más conocido como «proyecto Calha Norte». Esta misma parte del continente sería contemplada en los 90 con otra política, denominada Sistema de Protección de la Amazonía (Sipam), con su brazo operacional, el Sistema de Vigilancia de la Amazonía (Sivam)<sup>3</sup>.

¿Por qué la adopción de esas medidas si sobre todo a partir de los años 80, el discurso privilegia la interdependencia, los regímenes internacionales y la globalización, donde los Estados llamados nacionales sólo tendrían que auxi-

3. Sobre este aspecto consultar el documento titulado *Proyecto Sivam* que vincula las audiencias públicas de 1995, vol. 1, Cámara de Diputados, Brasilia, 1996.

liar a sus empresas para que conquisten y amplíen su participación en el mercado externo? Es necesario hacer las debidas salvedades entre el discurso político y la práctica de los gobiernos que buscan la defensa de sus intereses, más allá de las circunstancias. Se concibe al mundo conectado, a través de los medios de comunicación social (radio, TV, internet, etc.), independiente pero cada vez más competitivo. Sin embargo, el gobierno norteamericano intimida innumerables veces a sus competidores, incluyendo a su socio Canadá, con la cláusula 301 de la Ley de Comercio y de Tarifas, tratándolos como verdaderos enemigos a falta del tradicional oponente. Al mismo tiempo, Buenos Aires y Brasilia divergen con mucha frecuencia, bien sea en la definición de los parámetros automotores o en los de los productos agrícolas y los lácteos, arriesgando el éxito del mercado regional. De allí que, el presidente Cardoso, por un lado, se refiera a la globalización enfatizando la interdependencia y, por el otro, resalte la competitividad que este nuevo escenario trae consigo. Por su parte, las autoridades argentinas frecuentemente amenazan romper con el Mercosur, abogando por su extinción cuando sus demandas no son atendidas.

### **La seguridad regional: ¿una nueva concepción?**

Está claro que no se puede pensar que los problemas que afectaban al mundo en las décadas pasadas, sean exactamente aquellos que encontramos hoy en día. Sin embargo, en este escenario global de fin de siglo los temas continúan siendo en gran medida los mismos; a los que se suman nuevas preocupaciones como el territorio, la cuestión ambiental, el tráfico de drogas, las guerrillas, además de los intentos de romper el orden constitucional en algunos países de la región.

Estos tópicos no son novedosos ni tan recientes. Comenzaron a recibir mayor atención frente a la nueva coyuntura, después de los acontecimientos que culminaron con la derrota del imperio soviético. Considerado como un asunto que debería merecer un trato especial, el tráfico de drogas, por ejemplo, acoge interpretaciones diferentes en el continente. Mientras se erige como asunto de seguridad nacional en Venezuela, Perú, Bolivia y Brasil, es una cuestión de seguridad en Argentina, y en Chile es entendido como un fenómeno delictivo que abarca aspectos como el económico, la salud y la educación. Inclusive la forma como se combate este problema también varía, dependiendo de cada país: las fuerzas armadas están directamente involucradas en Bolivia (contando inclusive con la ayuda norteamericana), en Perú y en Venezuela, mientras que en Chile sólo se encuentran en la línea de combate los organismos policiales<sup>4</sup>. En Brasil, el combate del tráfico y consumo de drogas es realizado tanto por la policía estatal como la federal, aunque las Fuerzas Armadas consideran que deben estar preparadas en caso de que se amenace la seguridad nacional.

4. Consultar, por ejemplo, Paz V. Milet (ed.): *Narcotráfico y seguridad en América Latina y el Caribe*, Flacso/W. Wilson Center, Santiago, 1997.



Este aspecto, como puede ser observado por las políticas de los diversos gobiernos latinoamericanos, se ha convertido en objeto de continuas reflexiones y reuniones entre las propias Fuerzas Armadas, ya que no puede ser ignorado frente a las consecuencias negativas que trae para la sociedad y para el Estado. En primer lugar, por la posibilidad de desarticular la estructura de la sociedad, si el tráfico y consumo no fuesen controlados; en segundo lugar, por las altas sumas implícitas en esos negocios y que acaban corrompiendo los poderes públicos, poniendo en riesgo las demás instituciones, desestabilizando completamente al país haciéndolo ingobernable. De allí se entiende por qué varias naciones del área tratan el problema bajo la perspectiva de seguridad nacional. Desde hace mucho tiempo el tráfico de drogas forma parte de las inquietudes gubernamentales de la región, junto con el terrorismo y las guerrillas. En algunos países, las guerrillas han recibido atención especial como en los casos peruano y colombiano. En Perú, la fuerte actuación de Alberto Fujimori, prácticamente eliminando los liderazgos del movimiento Sendero Luminoso, muestra como la cuestión fue tomada en serio y considerada problema de seguridad nacional. Del mismo modo, las Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas (FARC) y el M-19, también fueron objeto de actuación por parte del gobierno colombiano. El M-19 fue, inclusive, uno de los pretextos utilizados por Brasil para la elaboración del «Calha Norte» como refuerzo de las fronteras amazónicas.

Durante los años de regímenes militares los movimientos guerrilleros alcanzaron a casi todos los países; baste mencionar a Uruguay, Argentina y Brasil, además de los ya citados. Pero esto no es una constante reciente, motivo por lo cual, además de Colombia y Perú, las guerrillas no se convirtieron en tema de seguridad nacional, ni integraron una agenda única de los gobiernos locales para resolver este problema. Es obvio que en las reuniones entre las autoridades de la región estos temas se traen a colación. Algunas negociaciones ocurren, por ejemplo, cuando se constata la presencia e influencia de grupos como los integristas en la frontera brasileña-argentina-paraguaya. En el caso peruano, la situación nacional se hizo extremadamente delicada, ya que en cortos periodos el país fue azotado por un sinnúmero de acontecimientos, además de por Sendero Luminoso, la invasión de la embajada japonesa y, al mismo tiempo, de verse ante una guerra con Ecuador, que aprovechándose de la situación interna, buscó sacar ventaja.

A lo mencionado podríamos agregar lo relativo al control del medio ambiente. Como acostumbramos ver en la prensa, las críticas a la devastación ambiental en el continente latinoamericano se hicieron cada vez más agudas en los años 80. Por esto, en diversas oportunidades, hubo reuniones procurando buscar soluciones conjuntas. El Tratado de Cooperación Amazónica firmado en 1978 es una buena prueba de ello al tener como objetivo, además de incrementar la cooperación en diversos niveles y pensando en un desarrollo integral de los respectivos territorios de la Amazonía, un equilibrio entre el crecimiento económico y la preservación del medio ambiente, responsabilidades éstas inherentes a la soberanía de cada Estado. En Brasil, inclusive, el pro-



© 1999 María Centeno/Nueva Sociedad

yecto Calha Norte, elaborado poco después, y el programa Nossa Natureza de 1988, también fueron pensados considerando las críticas sobre la deficiencia de la política ambiental. El asunto era tan delicado que, inclusive, llegaba a provocar actitudes de ira del gobierno brasileño cuando se sentía muy presionado. Muchas veces el entonces presidente José Sarney rehusaba con vehemencia la idea de soberanía compartida propuesta por François Mitterrand en 1989, cuando el presidente francés defendía la idea de considerar la Amazonía como patrimonio de la humanidad. También pertenecen a esos años conceptos relacionados con el tema ambiental, como el de la seguridad ecológica, que fueron posteriormente muy discutidos junto con el del desarrollo sustentable, resultante del informe Brundtland, Nuestro Futuro Común, presentado ante la ONU en 1987 y que orientó los debates en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, realizada en Río de Janeiro en 1982.

Por lo tanto, en los años 80 y 90, nuevos temas fueron incorporados a la agenda internacional y a la de los países de la región. Sin embargo, no por ello las materias tradicionales concernientes a la geopolítica desaparecieron o fueron relegadas. A decir verdad, continuaron siendo discutidas, pero ponderando las realidades posteriores a la Guerra Fría. Principalmente a nivel regional, los debates se desarrollaron considerando las nuevas variables, sin dejar de lado las antiguas pero dentro del contexto del proceso de integración.

### **Los militares y las preocupaciones geopolíticas tradicionales**

Si bien las fuerzas armadas de casi todo el mundo pasaron por una revisión sobre su papel en la inmediata post-Guerra Fría, ello no parece ya verificarse en la segunda mitad de los años 90. En el caso de Francia y Rusia, se anuncia la reducción de sus fuerzas militares a partir de la próxima década. No obstante tal disminución no implica pérdida de sus capacidades. Se trata sobre todo de profesionalizar progresivamente las fuerzas, con menos soldados, pero cada vez más calificados, lo que significa obtener mejores resultados cuando sea necesario.

Aunque al comienzo de la década muchos dijeron que con la extinción del Pacto de Varsovia la propia Organización del Tratado del Atlántico Norte debería desaparecer ya que no tenía más funciones, ello no fue lo que ocurrió. Incluso la OTAN alteró en 1991 su concepto estratégico ampliando su radio de acción, dejando de ser estrictamente defensiva; se adjudicó así el derecho de intervenir fuera de su área geográfica, en zonas donde «problemas de alto riesgo» amenacen la seguridad europea; es decir, impedir que esos problemas alcancen a Europa, debiendo por ello ser bloqueados desde su origen. De allí la intervención en Kosovo, al no reunir el continente europeo condiciones para soportar una migración masiva de albaneses y, también, por el recelo demostrado con el islamismo de que pueda ampliar sus espacios en dirección al Viejo Mundo. Esos cambios en el escenario mundial, obviamente, no pa-

saron desapercibidos en el subcontinente latinoamericano. Incluso porque los «nuevos temas» de las relaciones internacionales podrían comprometer la seguridad de los países de la región. Por eso mismo, no se discutió en América Latina la posibilidad de eliminar las fuerzas armadas, a no ser a través de voces aisladas en uno u otro país. En Brasil, que volvía a la normalidad democrática después de 1985, se dio la presencia constante del ex-ministro del Ejército Leonidas Pires Goncalves en los debates políticos, comentando y cuestionando asuntos como la demarcación de las tierras indígenas cercanas a las fronteras consideradas áreas de seguridad nacional, el problema ambiental, además de aquellos que siempre formaron parte de su agenda. En las propias campañas presidenciales de 1989 y 1997, los candidatos más críticos no izaron la bandera del fin de las Fuerzas Armadas. Esto demuestra que el papel de los militares continuó bastante activo en todo el continente –simplemente recordando los casos chileno, peruano, colombiano y paraguayo.

¿Por qué los militares latinoamericanos continuaron viendo el mundo bajo un mismo prisma, como si nada hubiese ocurrido? Una de las respuestas es simple: los oficiales que se encuentran en posiciones de comando en los años 90 pasaron, durante décadas, por un proceso de formación profesional moldeado de acuerdo al clima del conflicto Este-Oeste, donde los problemas de la defensa y de la seguridad eran vistos como fundamentales. Nada hay de erróneo en esta idea, ya que esto es lo que ocurre con todas las instituciones; inclusive con los cambios globales, las percepciones sobre la seguridad y la soberanía continuaban ocupando el centro de sus atenciones. No solo la de ellos, sino también la de los jefes de Estado y de todos los que se piensan involucrados con tomas de decisiones relativas a las políticas militares externas. El almirante brasileño Armando Vidigal no deja dudas a este respecto, cuando pondera que «el fin de las hipótesis de guerra regionales no elimina la necesidad de las Fuerzas Armadas»<sup>5</sup>. A fin de cuentas, aunque se pueda decir que el mundo está globalizado, también se constata que en los años 80 y 90, justamente a partir de ese fenómeno, los nacionalistas se presentan cada vez más fuertes, sobre todo ante el clima de competencia, razonando de manera clara que, en última instancia, es el poder militar el que garantiza el éxito de un modelo político y económico que da credibilidad al país en sus reivindicaciones de reinserción más favorable en el sistema internacional, desconfiando de sus socios dentro de una óptica que siempre permeabilizó las relaciones internacionales –lo que significa la concepción conspirativa de la historia.

Desde 1987, los estados mayores de las fuerzas armadas argentina y brasileña realizaron algunas reuniones, contando también con la participación civil. Se habló no solo de incrementar la cooperación entre las respectivas fuerzas, sino de aumentar el grado de confianza recíproca. Pero la idea de

5. Cf. Armando Vidigal: «Integración suramericana: seguridad regional y defensa nacional» en *Premisas* N° 14, Núcleo de Estudios Estratégicos/Unicamp, 12/1996, p. 130.

integración militar y de definir una política externa común nunca pasó de los discursos, encontrando oposiciones en diversas instancias. Si la integración de los mercados se desarrolló a diferentes velocidades, algunas veces más rápida y otras más lenta, en el plano militar y diplomático esa idea no prosperó. Se realizaron ejercicios conjuntos de las fuerzas armadas a ambos lados de la frontera, pero solamente se trató de eso. Pese a que con cierta frecuencia, al hablar sobre la necesidad de dar una mayor importancia a la integración militar, los altos oficiales en sus declaraciones siempre tratan el problema con bastante reserva, considerando la importancia del proceso, pero resaltando la necesidad de hacer las cosas sin mayor prisa, pensando efectivamente en la propia capacidad de los acuerdos y también dando más tiempo para saber hasta dónde se puede confiar en el nuevo socio. Según Vidigal, «un tratado de seguridad regional sólo puede ser el resultado de un largo proceso de cooperación militar y fruto del reconocimiento de todos los participantes de que las amenazas son concretas y que el acuerdo representa una respuesta eficaz a ellas»<sup>6</sup>, lo que no impide la posibilidad de que se realicen simposios para discutir el tema, como los constatados entre Brasil y Argentina en los años 90 y después junto a Paraguay y Uruguay. A decir verdad, se ven reflejados en el ejemplo europeo que, desde 1958, se dirige a su proceso de integración, aunque luego de casi medio siglo no ve con mucho optimismo la posibilidad de que tenga apenas una única política de defensa y política externa para todos los miembros. Asimismo, los intereses argentinos y brasileños son diferentes y la actuación de ambos ha mostrado esto de manera muy clara. Mientras el gobierno de Menem se ha dirigido hacia una política de aproximación bastante estrecha con EEUU, de «relaciones carnales», como acostumbran a referirse el presidente y el canciller Guido di Tella, así como a solicitar estatus especial ante la OTAN, Brasil no ha trillado los mismos caminos. Además, claro está, de una posible disputa por un puesto en el Consejo de Seguridad de la ONU, en una hipotética reformulación de esa entidad. Existen también diferencias de estilo en la forma de operar, ya que Argentina se ha mostrado más agresiva en el escenario internacional, enviando buques a la guerra de Irak, mientras Brasil ha sido más defensivo, dejando que todo sea resuelto por el derecho internacional, actuación que por cierto, siempre ha caracterizado a su cancillería.

Mientras el gobierno argentino buscaba resolver la posesión de las islas Malvinas –de allí su afiliación a la OTAN– y actuando en otro frente, en la región de los glaciares en sus conflictos con Chile, Brasil ha elegido como prioridad la región amazónica. Así, al definir en 1996, por primera vez en su historia, una política de defensa nacional, este punto no fue obviado desde finales de los años 70, bien sea con el Tratado de Cooperación Amazónica, con el proyecto Calha Norte, a mediados de los 80, o como con el Sipam/Sivam, en la década actual. Es decir, la última región del país en ser ocupada y objeto de la atención mundial, poseedora de riquezas minerales y genéticas, se ha convertido en el centro de acción principal de los militares brasileños.

6. *Idem*, p. 131.

Tras la divulgación de la Política de Defensa Nacional (PDN), las críticas señalaban el carácter general de la propuesta, la cual no especificaba con mayores detalles lo que se podría esperar de las propias Fuerzas Armadas. En un debate realizado entre la Escuela de Guerra Naval y los parlamentarios, uno de ellos, miembro del Partido Comunista, se manifestaba así: «Las Fuerzas Armadas que necesitamos deben estar ligadas a un proyecto nacional, a las aspiraciones nacionales permanentes y a los intereses geopolíticos legítimos de nuestra patria»<sup>7</sup>. Es decir, reproducía el mismo discurso de los sectores más conservadores, defendiendo la necesidad de unas Fuerzas Armadas competentes y bien preparadas para resguardar la soberanía nacional.

¿En qué consistía el documento sobre la PDN? De forma sintética se puede decir que introdujo la idea de defensa sustentable, considerando tanto la necesidad de seguridad como la de bienestar de la sociedad. Así, el texto arroja como conceptos relevantes las nociones tradicionales de soberanía, autodeterminación e identidad nacional. El mundo está lleno de incertidumbre, y en ese ámbito, nada más natural que la «defensa continúe mereciendo el cuidado de los gobiernos nacionales (donde) la expresión militar siga siendo de importancia capital para la supervivencia de los Estados como unidades independientes»<sup>8</sup>. A pesar de considerar a América del Sur como la zona más desmilitarizada del mundo, la PDN ve la persistencia en el ámbito regional, de «zonas de inestabilidad que pueden contrariar intereses brasileños», como «la acción de los bandos armados que actúan en países vecinos, en los límites de la Amazonía brasileña, y el crimen organizado internacional»<sup>9</sup>. La estrategia buscaría facilitar la inserción del país en el escenario mundial de la forma más favorable y defender los intereses nacionales en una «postura estratégica disuasoria de carácter defensivo», valorando la actuación diplomática pero rigiéndose por la «existencia de una estructura militar de credibilidad capaz de generar un efecto disuasivo eficaz»<sup>10</sup>.

En el documento se eligió como blanco la región amazónica. De allí el particular interés dedicado al norte de Brasil en los años más recientes, principalmente, por el Comando Militar de la Amazonía, bien sea a través de operaciones especiales, o por la puesta en vigencia del Sivam que, con cifras superiores a 1.200 millones de dólares consiste en la instalación de 17 radares fijos, 8 radares móviles, 8 aviones Brasilia con sensores, 4 aviones laboratorio HS800, 300 plataformas de recolección de datos, así como 2 centenares de radiolocalizadores. Esta es la mayor inquietud de los geopolíticos brasileños que, a decir verdad, no es nueva, pues se remonta a algunas décadas, desde la experiencia de Fordlandia, el Proyecto de Hyléia brasileña y los

7. Cf. Aldo Rebello: *Fuerzas Armadas y soberanía nacional*, Cámara de Diputados, Brasilia, 1997, p. 10.

8. Cf. «Política de Defensa Nacional» en *Sociedades Estratégicas* vol. 1 (2), Secretaría de Asuntos Estratégicos, Brasilia, 12/1996, p. 9.

9. *Ibíd.*, p. 10.

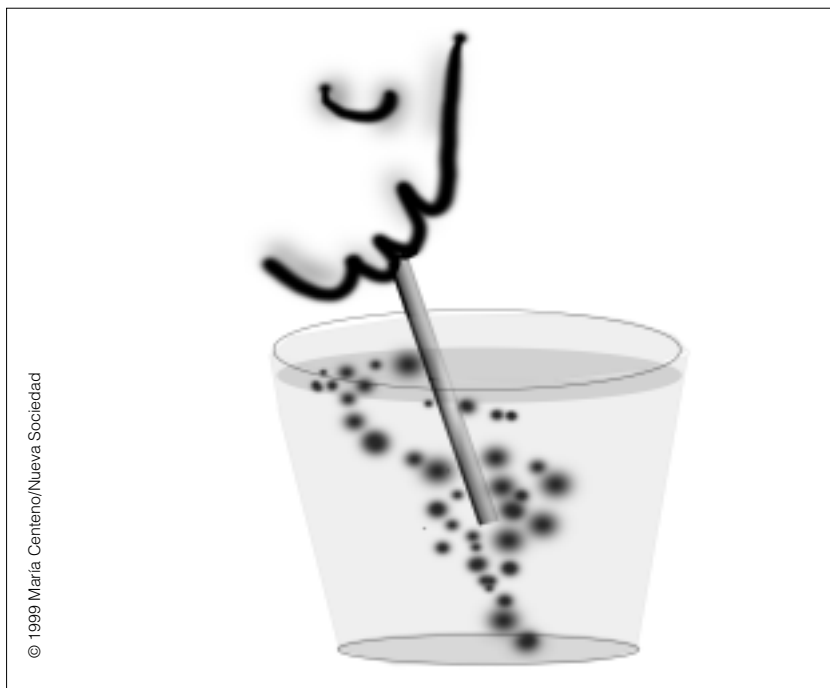
10. *Ibíd.*, pp. 11-12.

grandes lagos amazónicos. Las acciones en los años 80 y 90 se dirigían a la ocupación del último espacio brasileño, originadas por el fin de las rivalidades que siempre movieron a Brasil en la cuenca de La Plata, en contra del gobierno argentino ahora su nuevo socio en el Mercosur. El interés por el papel de Brasil en términos estratégico-militares puede también ser visto muy nítidamente en el texto del ex-secretario de Asuntos Estratégicos de la Presidencia, almirante Mario César Flores, donde realza que «Brasil, aunque priorice la cooperación y la conciliación, no puede renunciar a un mínimo de capacidad estratégica propia para la defensa local cooperativa o autónoma de los países y de sus mayores intereses (defensa física) y para la cooperación brasileña en el orden regional y mundial (defensa sistemática)»<sup>11</sup>.

Por el lado argentino se puede decir que, inmerso en el Mercosur, ese país tiene como una de sus prioridades geopolíticas la recuperación de las islas Malvinas, en camino hacia la Antártida y punto estratégico en el Atlántico Sur. De allí, su afiliación a la OTAN, dentro de una táctica de recuperación y control de las islas alegando que al pertenecer a esta organización estaría sentada al lado de EEUU y de Gran Bretaña. Por lo tanto, no habría más motivo para que el gobierno británico continúe con la posesión de las Malvinas, ya que siendo ahora socios, esta difícil tarea podría quedar bajo la responsabilidad sureña, inclusive a causa de su proximidad geográfica, al mismo tiempo que eliminaría la presencia inglesa del Atlántico Sur, permitiéndole controlar esta parte del océano. En lo que atañe a los temas militares, Buenos Aires ha mantenido posiciones discretas con Brasilia, dándole prioridad a las negociaciones con Washington. A pesar de realizar operaciones militares conjuntas, no se verifican mayores aproximaciones entre los gobiernos brasileño y argentino, más allá de haber ampliado sus canales de comunicación. Lo que significa que cada uno ha hecho prioritarios sus intereses nacionales, buscando inserciones separadas tanto regional como internacionalmente, utilizando al Mercosur como instrumento común con miras a alcanzar tal objetivo. A decir verdad, al establecer relaciones preferenciales con los estadounidenses, y quedando bajo este escudo protector, Buenos Aires ha dejado su política de defensa en un segundo plano, procurando lograr con esto que Brasil siga el mismo camino. Sin embargo, como se puede constatar por sus actos, el gobierno brasileño no tiene intenciones ni siquiera de eliminar sus inversiones en esta área, sin dejar de considerar que aunque no haya posibilidades de conflicto con Buenos Aires, exista la necesidad de tener fuerzas con capacidad disuasiva, conforme consta en el documento que formaliza su PDN.

En última instancia el razonamiento, en el ámbito actual de la coyuntura regional, es que las alianzas nunca son eternas y pueden romperse cuando los costos sean mayores que los beneficios. Como Buenos Aires dirige su atención con prioridad al gran hermano del Norte, esto indica visiblemente que los acuerdos con Brasil sólo tendrán validez en tanto que ambos países se

11. Cf. Mario César Flores: *Premisas* vol. 13, 8/1996, p. 101.



beneficien. Lo que no significa que conspiren contra la integración regional, por lo menos en lo que se refiere a mercados, legislación aduanera, etc. En este contexto no se puede hablar de integración militar y de defensa común o formulación de política externa única, bien sea en términos bilaterales o en términos de bloques. Inclusive porque, ¿cómo se puede confiar en socios como Argentina cuando su mira está dirigida hacia otros? Lo que quiere decir: ¿cómo profundizar la relación militar formulando políticas de defensa común, si cada uno de los dos actores principales del Mercosur ha actuado colocando en primer lugar sus políticas nacionales?

La integración militar es definida solo en el plano estrictamente retórico, debiendo diferenciarse entre los discursos de integración y las prácticas de defensa del interés individual. Bajo esta óptica, por lo menos en los próximos años, los intereses nacionales aún deberán prevalecer sobre cada uno de esos actores, con miras a alcanzar de manera individual sus proyectos geopolíticos de mayor proyección regional y de mejorar sus inserciones en el plano global, apoyados en sus propias fuerzas, en sus poderes y en sus políticas de influencia y de alianza, donde no importa el lugar en que se localicen, bien sea en el hemisferio sur, en el hemisferio norte o en el continente europeo.

Por eso mismo, en los años precedentes, aunque Argentina haya establecido con Chile el Tratado de Paz y Amistad en noviembre de 1984, se verifican



innumerables inquietudes en la prensa argentina, a través de *Clarín* o *La Nación*, sobre las reales intenciones chilenas. Además, el 2 de agosto de 1981, los mismos gobiernos firmaron el Tratado de demarcación de límites, aunque dejasen por fuera la definición sobre la Laguna del Desierto y los Hielos Continentales. Esto porque en más de una oportunidad, Chile dejó ver su voluntad de modernizar sus equipos militares, sustituyéndolos por otros nuevos, tanto en las fuerzas aéreas como en las terrestres. Así, en mayo de 1996, se informaba que el ejército chileno adquiriría 150 tanques alemanes, mientras que pocos meses después, el Palacio de la Moneda anunciaba la voluntad de comprar 15 aviones supersónicos, a ser escogidos entre F-15 o F-16 norteamericanos o Grippen sueco o Mirages 2000 franceses. Ese mismo año, Chile también anunciaba el refuerzo de sus fronteras instalando 21 destacamentos más. La adquisición sería confirmada al año siguiente, en noviembre de 1997, cuando 120 tanques alemanes pasarían a ser parte de las Fuerzas Armadas. Tales desvelos en mejorar el desempeño militar son una constante de las políticas gubernamentales del continente. Inclusive porque siempre se consideró la necesidad de contar con fuerzas disuasivas competentes para atender los intereses nacionales de cada país.

Se puede recordar inclusive que, a pesar de firmar acuerdos de cooperación, para profundizar relaciones y ejercitarse en conjunto, las preocupaciones geopolíticas siempre permean las relaciones latinoamericanas. En ese sentido, podríamos mencionar varios conflictos fronterizos: las divergencias argentino-chilenas; los enfrentamientos entre Ecuador y Perú por la Cordillera del Cóndor; la disputa entre Venezuela y Guyana por la región del Esequibo; la reivindicación boliviana para una salida al mar que afecta los intereses chilenos; la disputa entre Colombia y Nicaragua por la posesión de la isla de San Andrés<sup>12</sup>; es decir, a pesar de la existencia de ministerios de la defensa en toda la región, siendo Brasil el que está estructurando este ministerio en manos de civiles, las políticas de seguridad son pensadas bajo un prisma estrictamente militar. Bajo esta mirada, la geopolítica ha desempeñado un papel relevante en el establecimiento de las políticas externas. Instancias como la Organización de Estados Americanos, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca o, inclusive, el Grupo de Río o, por intermediación de los innumerables tratados bilaterales, han sido insuficientes o no han tenido credibilidad como para garantizar a los países una total despreocupación sobre la cuestión de la seguridad.

### Observaciones finales

Se puede decir que el final de la Guerra Fría no eliminó las preocupaciones de los Estados en relación con su seguridad. Los países latinoamericanos continúan con sus políticas individuales, a pesar de establecer acuerdos bila-

12. Cf. Rut Diamint: «Esquemas de seguridad en América Latina. Las medidas de fomento de la confianza» en *Working Paper* N° 51, Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 5/1998.

terales o multilaterales. La existencia de divergencias sobre la forma de aumentar el grado de confianza mutua e implementar políticas que atiendan a todos, se hace visible en las propias reuniones realizadas, bien sea en el ámbito argentino-brasileño, o en las reuniones de ministros de defensa de las Américas efectuadas en los últimos años. Además de los discursos y de los acuerdos, como la propia ratificación en 1994 del Tratado de Prohibición de Armas Nucleares en América Latina por Argentina, Brasil y Chile y la posterior ratificación brasileña del Tratado de No Proliferación Nuclear durante el gobierno de Cardoso, poco se ha hecho en términos prácticos que puedan colocar fuera de la agenda latinoamericana los temas geopolíticos.

A pesar de los memorándum firmados, por ejemplo, en el marco de la OEA, entre Argentina y Chile en noviembre de 1985, con miras al fortalecimiento de la cooperación en el tema de seguridad de interés recíproco, ambos adquieren armamento, de la misma manera que Brasil, Perú y Ecuador. En el caso argentino la transferencia de armamento americano ha alcanzado cantidades expresivas, como lo señala Rosendo Fraga<sup>13</sup>. El comportamiento de los países del área en nada difiere al de los demás países del mundo. Mientras la idea de Estado nacional continúe incólume pese a los discursos de la globalización, los intereses individuales siempre prevalecerán. Por otra parte, para atender sus intereses y procurar insertarse más favorablemente en el escenario global, cada vez más competitivo, las fuerzas armadas y el poder militar se convierten en una necesidad. Si no para proyectarse extraterritorialmente, por lo menos como elemento disuasivo que presenta credibilidad, en caso de que se manifiesten intenciones hostiles hacia las fronteras nacionales, con independencia de la coloración ideológica y de los argumentos que surjan para afectar la soberanía de cada Estado.

En Latinoamérica, no obstante las innumerables divergencias —que no son resueltas de un día para otro— se puede decir, además, que en comparación con las décadas anteriores, el clima es sensiblemente mejor. En contra de los pocos resultados constatamos por los tratados, cartas de intención, etc., el simple hecho de que se manifiesten a favor de un diálogo más abierto ya es una señal alentadora. Si el proceso de integración regional se amplía cada vez más en lo económico y cultural, es obvio que en lo político y militar ella transcurre más lentamente, como no podría dejar de ser. El aumento del grado de confianza mutua es algo que demanda tiempo y dependerá fundamentalmente de las voluntades políticas de los países de la región en elegir este asunto como prioritario de sus relaciones. Sólo con esta perspectiva de mediano y largo plazo se conseguirá superar las barreras, dejando las disputas a un lado y pensando en los beneficios que todos podrán usufructuar, sin pensar en hegemonías y con miras al desarrollo armónico de todo el continente.

---

13. Cf. Rosendo Fraga: *La cuestión militar al finalizar los 90*, Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría, Buenos Aires, 10/1997.

# Soberanía sin territorialidad

## Notas para una geografía posnacional

ARJUN APPADURAI

**En este ensayo se discute la crisis del Estado-nación a partir del problema de la territorialidad. Desde fenómenos como los nuevos nacionalismos, los grandes movimientos migratorios, la producción de localidades, el surgimiento de translocalidades y la fuerza de identidades transnacionales, parece ser que la idea de soberanía territorial vinculada al Estado está cada vez más alejada del concepto de nación y de sus nuevos significados en la época contemporánea. Quizá la mayor peculiaridad del Estado-nación moderno fue la noción de que las fronteras territoriales podían mantener indefinidamente las fábulas de singularidad étnica.**

**E**n un trabajo anterior argumenté que debíamos comenzar a vernos más allá de la nación<sup>1</sup>. En este ensayo me propongo ahondar en ese argumento, poniendo bajo la lupa una dimensión tributaria de la forma de nación moderna: la territorialidad. Reconozco, con Anderson<sup>2</sup>, que la nación es algo imaginario, pero también entiendo la contraparte crucial de su punto de vista: que es la imaginación lo que tendrá que llevarnos más allá de la nación. Por lo tanto, lo que viene a continuación es un trabajo crítico de la imaginación que reconoce la dificultad, muy bien expresada por Shapiro, de construir geografías morales «postsobranas»<sup>3</sup>.

Después de los acuerdos relacionados con los tratados de paz de Westfalia de 1648, el principio embrionario de la soberanía territorial pasó a ser el con-

---

ARJUN APPADURAI: profesor de Antropología en la Universidad de Chicago.

**Nota:** Este trabajo fue publicado en *Novos Estudos* N° 49, 11/1997, Cebrap, San Pablo, pp. 33-46; y originalmente lo ha sido en P. Yeager (ed.): *The Geography of Identity*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1996, pp. 40-58.

1. Arjun Appadurai: «Patriotism and Its Futures» en *Public Culture* 5(3), 1993, pp. 411-429.

2. Benedict Anderson: *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, Londres, 1983.

3. Michael J. Shapiro: «Moral Geographies and the Ethics of Post-Sovereignty» en *Public Culture* 6(3), 1994, pp. 479-502.

**Palabras clave:** globalización, Estado-nación, identidades, territorialidad, nacionalismos.

cepto fundamental del Estado-nación<sup>4</sup>. Muchas otras nociones influyeron en la autoimagen y autonarrativa culturales posteriores, entre ellas ideas sobre el lenguaje, el origen común, la sangre y otras concepciones del *ethnos*. Sin embargo la justificación política y jurídica y la base del sistema de Estados-nación es la soberanía territorial, por más complejas que sean sus connotaciones y por más delicado que sea su manejo en los escenarios postimperiales<sup>5</sup>.

## Nacionalidad y localidad

Mientras el nacionalismo (sea lo que ello signifique) está dando señales de recrudescimiento, el Estado-nación moderno, como una organización compacta e isomórfica de territorio, *ethnos* y aparato gubernamental, está atravesando una crisis de envergadura. En otros trabajos presenté mi opinión sobre las condiciones transnacionales de esa crisis<sup>6</sup>, mi evidencia sobre el surgimiento de importantes formaciones sociales no nacionales y ciertamente posnacionales<sup>7</sup>, y una perspectiva de la producción globalizada de localidad en el mundo contemporáneo<sup>8</sup>. No voy a volver ahora sobre esas observaciones previas, pero voy a parafrasearlas en los párrafos siguientes porque son el antecedente de los argumentos que plantearé aquí<sup>9</sup>.

La producción de localidad<sup>10</sup>, como una dimensión de la vida social, como una estructura de sentimiento, y en su expresión material en la «copresencia» viva<sup>11</sup>, enfrenta dos dificultades en todo orden posnacional. Por una parte, la

4. En muchas fuentes se discute la importancia de ese momento. Una discusión interesante se encuentra en Hans Gross: *Empire and Sovereignty: A History of the Public Law Literature in the Holy Roman Empire, 1599-1804*, University of Chicago Press, Chicago, 1973. Gross ubica los tratados de Westfalia en el contexto de una discusión más amplia de la evolución del derecho público en el Sacro Imperio Romano en los siglos XVII y XVIII.

5. Para una interesante discusión del principio de la soberanía territorial en el marco del derecho internacional, y sus excentricidades durante y después del gobierno colonial en Africa, v. Malcolm Shaw: *Title to Territory in Africa: International Legal Issues*, Claredon Press, Oxford, 1986.

6. Arjun Appadurai: «Disjuncture and Difference in the Global Economy» en *Public Culture* 2(2) 1990, pp. 1-24.

7. Arjun Appadurai: «Patriotism and Its Futures», cit.

8. Arjun Appadurai: *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1996.

9. El presente texto refleja un momento de transición entre dos extensos proyectos de investigación, uno centrado en la dinámica cultural del movimiento de la cultura global, y otro, que apenas comienza, sobre la relación entre la teoría social liberal y la idea moderna del Estado-nación. En muchos sentidos se trata apenas de un trabajo preliminar, y no aborda algunos problemas importantes afines. En el presente ensayo se omiten dos grandes áreas que son relevantes para esta discusión. La primera es la relación entre la crisis de la soberanía territorial que describí en otros trabajos y las acciones del capitalismo colonial en las ex-colonias de Africa, el Medio Oriente y Asia. También está la cuestión histórica más amplia de hasta dónde la crisis que describí ha sido siempre parte de la historia del Estado-nación occidental, tanto en la esfera de la teoría política como en las acciones materiales y actuales de las formaciones nacionales. Estos son asuntos que considero de gran importancia y que me propongo tratar en un trabajo futuro sobre el tema.

10. *Ibid.*

11. Deidre Boden y Harvey L. Molotch: «The Compulsion of Proximity» en R. Friedland y D. Boden (eds.): *NowHere Space, Time and Modernity*, University of California Press, Berkeley, 1994.

producción de localidad desafía el orden y el sentido del orden del Estado-nación. Por otra, la movilidad humana en el contexto de la crisis del Estado-nación estimula el surgimiento de *translocalidades*. Más adelante abordaremos esa doble dificultad.

La labor de producir localidades, en el sentido de que estas son mundos existenciales constituidos por asociaciones relativamente estables, historias relativamente conocidas y compartidas, y espacios y lugares recorridos y elegibles colectivamente, muchas veces está reñida con los proyectos del Estado-nación. En parte eso se debe a que los compromisos y pertenencias que caracterizan las subjetividades locales (algunas veces mal etiquetadas como «primordiales») son más apremiantes, continuos y a ratos más perturbadores de lo que puede permitirse el Estado-nación. Se debe también a que los recuerdos de los sujetos locales y sus apegos a sus vecindarios, a los nombres de las calles, a sus paseos y refugios callejeros favoritos, a sus momentos y lugares para congregarse y escapar, en varias ocasiones están en desacuerdo con la necesidad del Estado-nación de mantener una vida pública regulada. Por otro lado, en la naturaleza de la vida local está el desarrollo parcialmente contrastado respecto de otras localidades, produciendo unos contextos propios de otredad (espacial, social y técnica), contextos que tal vez no satisfagan las necesidades de estandarización espacial y social que son un requisito del sujeto-ciudadano moderno.

Paradójicamente, para el Estado-nación los movimientos humanos característicos del mundo contemporáneo son una amenaza tan peligrosa como los apegos de los sujetos locales a la vida local. Las formas de circulación humana características del mundo contemporáneo amenazan el isomorfismo de gente, territorio y soberanía legítima que constituye la carta normativa del Estado-nación moderno. Hoy en día se reconoce ampliamente que la movilidad humana es un aspecto más definitivo que excepcional de la vida social del mundo en que vivimos. El trabajo, tanto el más sofisticado e intelectual, como del tipo más humildemente proletario, impulsa a la gente a emigrar, a veces más de una vez. Las políticas de los Estados-nación, en particular las dirigidas a poblaciones consideradas como potencialmente subversivas, crean una máquina de movimiento perpetuo donde los refugiados de una nación se mudan a otra, creando ahí nuevas inestabilidades que causan a su vez más intranquilidad social y por lo tanto más migraciones por motivos sociales<sup>12</sup>. Por consiguiente, las necesidades de producción «de gente»<sup>13</sup> de un Estado-nación pueden significar desasosiego étnico y social para sus vecinos, originando círculos viciosos de limpieza étnica, migración forzada, xenofobia, paranoia estatal y más limpieza étnica. Europa oriental en general, y Bosnia-Herzegovina en particular, son tal vez los ejemplos más

---

12. A. Zolberg, A. Sahrke y S. Aguayo: *Escape from Violence: Conflict and the Refugee Crisis in the Developing World*, Oxford University Press, Oxford, 1989.

13. Etienne Balibar: «The Nation Form: History and Ideology» en E. Balibar e I. Wallerstein (eds.): *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*, Verso, Londres, 1991.

trágicos y complejos de tales procesos de dominó Estado/refugiados. En muchos de esos casos, individuos y comunidades enteras entran en guetos, campos de refugiados, campos de concentración o reservaciones, de donde muchas veces nadie se mueve.

Otras formas de movimiento demográfico se crean por la existencia o la promesa de oportunidades económicas (esto es cierto para gran parte de la migración asiática hacia los países petroleros del Medio Oriente). Otras son creadas por grupos de trabajadores especializados en constante movimiento (soldados de las Naciones Unidas, técnicos petroleros, especialistas en desarrollo, trabajadores agrícolas, etc.). Otra forma más de movimiento, particularmente en el África sub-sahariana, se relaciona con sequías y hambrunas, muchas veces unidas a alianzas calamitosas entre Estados corruptos y organismos internacionales oportunistas. En otras comunidades la lógica del movimiento la proporcionan las industrias del tiempo libre que crean sitios de turismo en todo el mundo. La etnografía de esas locaciones turísticas apenas está comenzando a escribirse en detalle<sup>14</sup>, pero lo poco que sabemos nos sugiere que muchas de ellas crean condiciones complejas para la producción y reproducción de localidad, en donde nexos matrimoniales, laborales, comerciales y de tiempo libre entrelazan poblaciones circulantes con varios tipos de «locales», para formar localidades que en un sentido pertenecen a Estados-nación particulares, pero que desde otro punto de vista son lo que podríamos denominar *translocalidades*.

Las translocalidades vienen en muchas formas distintas y, como una categoría emergente de organización humana, merecen una atención esmerada. Las zonas fronterizas se están volviendo ahora espacios de circulación compleja y cuasi legal de bienes y personas. La frontera entre Estados Unidos y México es un ejemplo excelente de un tipo de translocalidad. En forma similar, muchas zonas turísticas podrían describirse como translocalidades, aun cuando nominalmente puedan estar dentro de la jurisdicción de Estados-nación particulares. Todas las zonas de libre comercio son hasta cierto punto translocalidades. Por último, todo gran campo de refugiados, albergue de inmigrantes o vecindad de exilados o de manos de obra extranjera, es una translocalidad.

Muchas ciudades se están convirtiendo en translocalidades sustancialmente divorciadas de sus contextos nacionales. Tales ciudades se dividen en dos tipos: los grandes centros económicos, tan profundamente involucrados en el comercio exterior, las finanzas, la diplomacia y los medios de comunicación que se han transformado en islas culturales con referentes nacionales muy débiles. Como ejemplos de este tipo de ciudad tenemos a Hong Kong, Van-

---

14. El trabajo de Jacqueline McGibbon, del Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago, quien está realizando un estudio de la aldea de St. Anton en los Alpes tiroleses, me ha estimulado a pensar en las complejidades de la reproducción cultural en translocalidades turísticas.

couver y Bruselas. Por otro lado hay ciudades que se están tornando también en translocalidades ya sea a causa de los procesos económicos globales que las unen entre sí más de lo que están unidas a sus naciones, o a causa de guerras civiles implosivas, instigadas trasnacionalmente: ejemplos de este segundo tipo son Sarajevo, Beirut, Belfast y Mogadiscio. Más adelante me referiré de nuevo a la relevancia de las translocalidades.

Voy a proponer algunas formas de examinar la situación actual del principio fundamental del Estado-nación moderno, la soberanía territorial, en el tipo de mundo que he descrito, no como un estrecho asunto legal o jurisdiccional, sino como un asunto mucho más amplio, de carácter cultural y filiativo.

### **Soberanías móviles**

En todo el planeta está creciendo el problema de los inmigrantes, los derechos culturales y la protección estatal de refugiados, ya que muy pocos Estados tienen formas eficaces de definir la relación entre ciudadanía, nacimiento, filiación étnica e identidad nacional. En ninguna parte la crisis es tan clara como en la Francia contemporánea, donde el esfuerzo de diferenciar la población argelina dentro del país está amenazando con desmoronar el cimiento mismo de las ideas francesas sobre la ciudadanía plena, y revelar la raíz profundamente racial de la ideología francesa sobre los marcadores culturales de la identidad nacional. También en muchos otros países la raza, el nacimiento y la residencia están creando conflictos de uno u otro tipo.

Una de las causas del problema es que las concepciones modernas de ciudadanía, unidas a varias formas de universalismo democrático, tienden a exigir un pueblo homogéneo con paquetes estandarizados de derechos, pero las realidades del pensamiento etnoterritorial en las ideologías culturales del Estado-nación demandan que se discrimine entre diferentes categorías de ciudadanos, aun cuando todos vivan en el mismo territorio. El estatus civil (o el no estatus) de los palestinos con respecto al Estado de Israel es apenas el ejemplo extremo de esa contradicción. El acomodo de esos principios encontrados es cada vez más un proceso violento e incivilizado.

Con la liberalización económica mundial llegó también una forma de liberalización cultural que invita a los ciudadanos que emigraron al exterior a reinvertir en sus naciones de origen, especialmente si todavía no han cambiado sus pasaportes. La India, por ejemplo, tiene la categoría de «Non Resident Indian» o NRI (ciudadano no residente en el país). En estos momentos, con la euforia interminable por el fin del comunismo y de la economía dirigida, así como la oleada de entusiasmo por la ampliación del mercado y el libre comercio, los NRIs tienen derechos especiales mantenidos por fuerzas nacionales y regionales que buscan repatriar a la India dinero y conocimiento. Es así que bancos, Estados y empresarios privados, en su deseo de captar estos conocimientos y capitales, se comprometen a tratos especiales con los NRIs, particularmente en lo que se refiere a impuestos, derechos de propie-

dad y libertad de movimiento para entrar y salir de la India. Al mismo tiempo, en sus vidas en EEUU, numerosas comunidades indias diaspóricas están involucradas a fondo en reproducir la identidad «hindú» para ellos y sus descendientes, y en ese intento se han convertido en activos promotores de movimientos y organizaciones hindúes de ala derecha en la India. Estamos hablando de una cuestión muy compleja que habría que tratar en detalle en otra oportunidad, pero vale la pena destacar el vínculo entre la política cultural de los NRIs, que los involucra en la política comunal de la India, y la disposición de intereses estatales y capitalistas hindúes a extenderles derechos económicos extraterritoriales.

Esta suerte de paradoja territorial (derechos especiales para ciudadanos que viven fuera del territorio nacional) es parte de un conjunto más amplio de procesos geográficos posnacionales. Existe una tensión creciente entre los asuntos de la soberanía territorial y los de seguridad militar y defensa, como se observa en las campañas, a través de la ONU, demandando inspecciones *in situ* en Irak y Corea del Norte. Del mismo modo, y tal como se observa en Haití, Somalia y Bosnia, la diferencia entre guerra «civil» y guerra internacional es cada vez menos clara. Por último, algunos debates en América del Norte, Japón y Europa sobre el Tlcán y el GATT indican que las «conquistas comerciales de territorios» se ven cada vez más como amenazas a la soberanía y la integridad territorial: un excelente ejemplo es el pánico de los franceses a una americanización mediada por los productos hollywoodenses. Por consiguiente, los peligros que amenazan la soberanía no siempre están relacionados con la guerra, la conquista y la defensa de las fronteras. La integridad territorial y la integridad nacional no siempre son cuestiones consistentes o simultáneas.

El Estado y los ciudadanos pueden llegar a valorar el espacio nacional en formas diferentes. Al Estado le interesan típicamente la tributación, el orden y la estabilidad general, mientras que desde el punto de vista de los ciudadanos el territorio implica derechos de movimiento, derechos de asilo y derechos de subsistencia. Por lo tanto, es preciso distinguir «suelo» de territorio («hijos de este suelo»). Mientras el suelo es una cuestión de discurso espacializado y originario sobre la pertenencia, el territorio trata de la integridad, el deslinde, la vigilancia y la subsistencia. A medida que se abren fisuras entre el espacio local, el translocal y el nacional, el territorio, como base de la lealtad y el afecto nacional (a lo que nos estaríamos refiriendo cuando hablamos del «suelo patrio»), está cada vez más divorciado del territorio como lugar de la soberanía y el control estatal de la sociedad civil. La jurisdicción y la lealtad están cada vez más separadas: un mal presagio para el futuro del Estado-nación en su forma clásica, donde se supone que ambas dimensiones son coincidentes y se sustentan mutuamente.

No todos los aparatos estatales se preocupan por la integridad territorial en la misma forma ni por las mismas razones. En algunos casos el pánico estatal se relaciona con grandes e inmanejables poblaciones de refugiados: la



presencia de cantidades de afganos ilustra ese tipo de inquietud en el caso del gobierno de Pakistán. Otros Estados se preocupan por las fronteras, a las que pueden ver como membranas imperfectas que dejan pasar extraños y productos indeseables, mientras refrenan a trabajadores y turistas legales. La frontera entre EEUU y México es evidentemente de esta clase, con capacidades osmóticas (para filtrar los tipos incorrectos de bienes y servicios) que hoy parecen imperfectas. Otros Estados se interesan menos por la vigilancia de las fronteras, y centran su atención y energías en vigilar y santificar ciudades, monumentos y recursos en los centro urbanos del régimen. Algunos Estados se preocupan por violaciones comerciales del territorio; otros, más por la gente o las enfermedades o la contaminación política. En la nueva Sudáfrica, los asuntos del territorio están unidos a la reclamación de valiosas tierras de cultivo previamente monopolizadas por la minoría blanca, y a la rehabilitación de las vastas barriadas que antes estaban destinadas a ser recintos mínimos para los negros y ahora se ven como el espacio vital de una mayoría poseedora de derechos civiles. Esas variaciones en las ansiedades estatales en cuanto al territorio tienen mucho que ver con otros aspectos de la seguridad, la capacidad de supervivencia del Estado y la diversificación de recursos para la sociedad civil, que no podríamos entrar a discutir en este artículo.

Para muchos ciudadanos de un país, las cuestiones prácticas de la residencia y las ideologías de la patria, el suelo y las raíces muchas veces están separadas, de manera que para una buena cantidad de personas los referentes territoriales de la lealtad cívica están más y más divididos entre diferentes horizontes espaciales: lealtades de trabajo, residenciales y religiosas pueden crear registros separados de filiación. Esto es muy real ya sea que la migración de poblaciones recorra distancias cortas o largas, o que esos movimientos atraviesen o no fronteras internacionales. Desde el punto de vista de la nación, existe una brecha que crece rápidamente entre los promiscuos espacios del libre comercio y el turismo –donde muchas veces no hay disciplinas nacionales rígidas–, y los espacios de la seguridad nacional y la reproducción ideológica –que pueden estar cada vez más «nativizados», autenticados y marcados en lo cultural. El Estado de Sri Lanka, por ejemplo, estimula una notable promiscuidad cultural y una falta de autenticidad en sus *resorts* playeros (ahora empujados explícitamente a adoptar un translocal estilo estético caribeño), mientras se dedica de manera intensiva a nacionalizar otros espacios, marcados cuidadosamente para establecer el desarrollo nacional «sinhala» y la memoria nacional «budista»<sup>15</sup>.

Estas disyunciones en los nexos entre espacio, lugar, ciudadanía y nación tienen varias implicaciones de largo alcance. Una es que el territorio y la territorialidad son cada vez más la justificación de la legitimidad y el poder del Estado, mientras las ideas de nación parecen estar más impulsadas por otros

---

15. Valentine Daniel, comunicación oral.

discursos de lealtad y filiación, en ocasiones lingüísticos, otras raciales, religiosas, *pero muy raramente territoriales*.

La cuestión de por qué el Estado y la nación parecen estar desarrollando relaciones diferentes con el territorio es crucial para el principal argumento de este ensayo y precisa cierta explicación, en principio porque no todos los Estados-nación son igualmente ricos, étnicamente coherentes, disputados internamente o reconocidos globalmente. Dado que todos los aparatos estatales enfrentan, de una u otra forma, la realidad de poblaciones móviles, flujos legales e ilegales de productos y grandes movimientos de armas a través de las fronteras, es muy poco lo que pueden monopolizar de manera realista, excepto la idea del territorio como punto diacrítico de la soberanía. Sin embargo, los Estados no están conformados para competir muy bien en lo que Monroe Prince llamó «el mercado [global] de lealtades»<sup>16</sup>: la competencia global por lealtades involucra ahora a toda suerte de actores y organizaciones no estatales y varias formas de fidelidad diaspórica o multilocal. El resultado es un desarrollo históricamente peculiar. Donde alguna vez pudo verse a los Estados como garantes legítimos de la organización territorial de mercados, sustentos, identidades e historias, ahora son más que nada árbitros (entre otros árbitros) de varias formas de flujo global. De esa forma la integridad territorial se vuelve vital para las ideas de soberanía patrocinadas por el Estado, ideas que, bien miradas, posiblemente no interesen a ninguna otra organización, excepto el aparato estatal mismo. En resumen, los Estados son los únicos actores importantes de la escena global que realmente necesitan la idea de territorialidad basada en la soberanía. Todos los demás tipos de competidores por la lealtad popular (artistas y escritores, refugiados y mano de obra inmigrante, científicos y académicos, trabajadores de la salud y especialistas en desarrollo, feministas y fundamentalistas, corporaciones transnacionales y burocracias de las Naciones Unidas) ya están desarrollando formas de organización macropolítica: grupos de interés, movimientos sociales y lealtades transnacionales ya existentes. Formaciones religiosas transnacionales (a menudo asociadas con el Islam, pero igualmente conspicuas en el cristianismo, el hinduismo o el judaísmo) son los ejemplos más espléndidos de tales lealtades<sup>17</sup>.

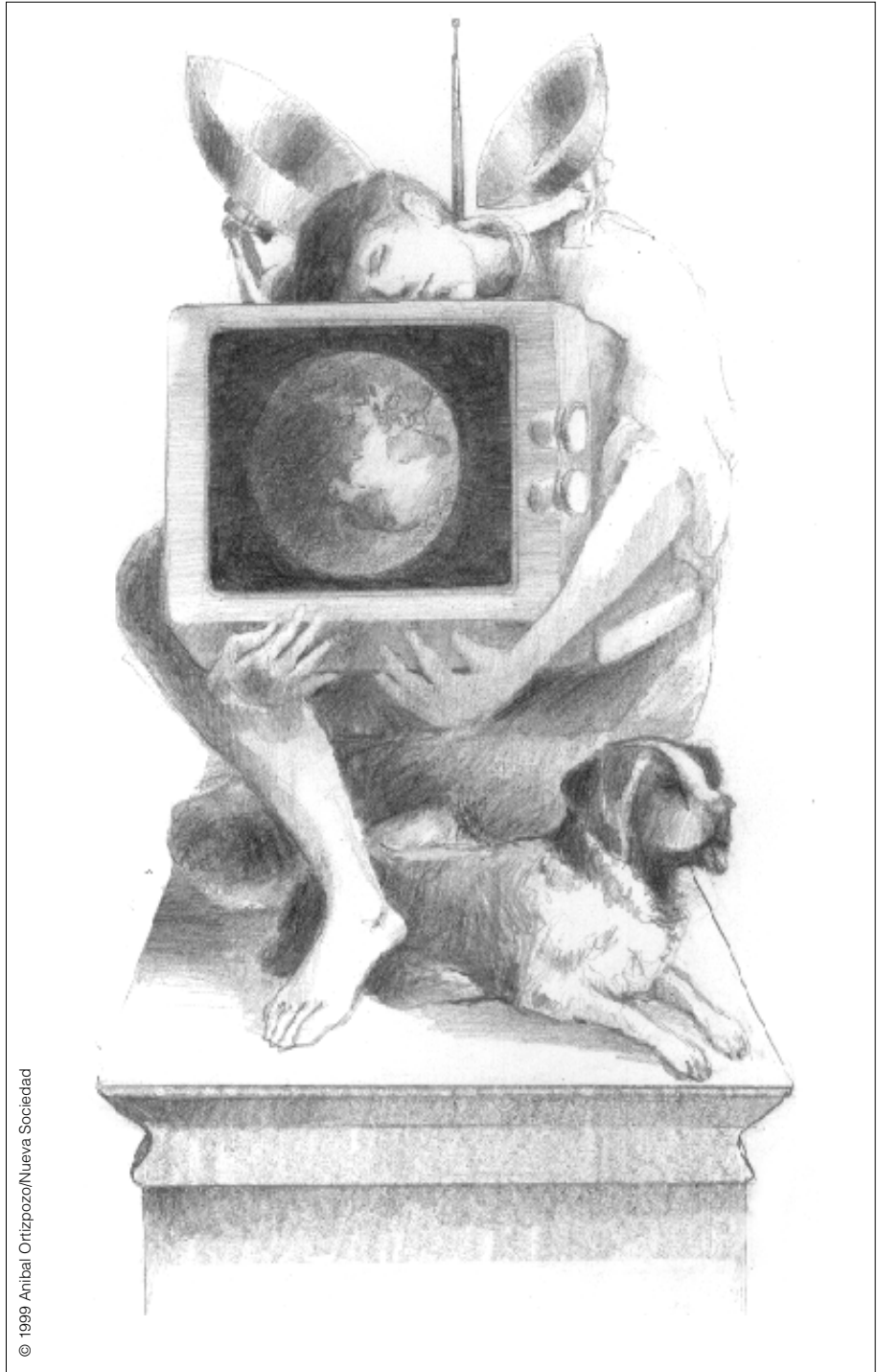
### **Cartografías posnacionales**

¿Dónde deja esta perspectiva el guión que existe entre la nación y el Estado y que en mi opinión, argumentada en otros trabajos, es el verdadero núcleo de la crisis<sup>18</sup>? No cabe duda de que el imaginario nacional no se ha rendido fácilmente ante el surgimiento de mercados de lealtad no nacionales, trasna-

16. Monroe Prince: «The Market for Loyalties: Electronic Media and the Global Competition for Allegiances» en *The Yale Law Journal* 104(3), 1994, 667-705.

17. Suzanne Rudolph: «Religion, the State and Transnational Civil Society», presentada en el Programa de Paz y Seguridad Internacionales, SSRC.

18. Arjun Appadurai: «Disjuncture and Difference...», cit.



© 1999 Anibal Ortizpooz/Nueva Sociedad

cionales o posnacionales. De hecho, muchos observadores han señalado que están apareciendo nuevos nacionalismos, con frecuencia unidos al separatismo étnico y la turbulencia en el ámbito estatal. ¿Podemos explicarnos esos nacionalismos emergentes en relación con la problemática del territorio y la soberanía? Consideremos algunos ejemplos concretos de hasta qué punto los discursos nacionalistas siguen siendo canales para la ideología del nacionalismo territorial.

La búsqueda de patrias y Estados autónomos por parte de grupos tan variados como los palestinos, los kurdos, los sikhs y otros parece sugerir que el territorio todavía es vital para el imaginario nacional de poblaciones diaspóricas y distintos tipos de pueblos sin patria. Ese fue el impulso que manipuló cínicamente el gobierno blanco de Sudáfrica en el pasado para crear la idea de «patrias» para varias poblaciones sudafricanas. En realidad, en todos esos casos el territorio no es tanto el móvil tras los movimientos, sino más bien una respuesta a la presión de Estados ya soberanos que expresan su oposición a esos grupos en términos territoriales. El caso khalistano es particularmente interesante. Khalistán es el nombre que algunos sikhs de la India (y del mundo entero) le han dado a su nación imaginaria, el lugar que quisieran ver como su propio espacio nacional, fuera del control territorial del Estado indio. Khalistán no significa un simple nacionalismo separatista y diaspórico en la forma postwestfaliana clásica del Estado-nación moderno. Los sikhs que inventaron a Khalistán están usando más bien discursos y prácticas relacionados con el espacio para construir una nueva cartografía posnacional en donde el *ethnos* y el *demos* se extienden desigualmente por el mundo, y el mapa de las nacionalidades atraviesa las fronteras nacionales existentes y se cruza con otras formaciones translocales<sup>19</sup>. Este *topos* de identidad «nacional» sikh es de hecho un *topos* de «comunidad» (*gom*) que disputa muchos mapas nacionales (incluyendo los de la India, Pakistán, Inglaterra y Canadá) y contiene un modelo de una cartografía postwestfaliana.

Esa cartografía posnacional en surgimiento saldrá probablemente de una variedad de afiliaciones translocales: algunas globales o globalizantes, como en el caso de los fundamentalismos islámico, cristiano e hindú; algunas continentales, como la emergente Unión Europea; algunas raciales y antidiaspóricas, por ejemplo los discursos de conciencia «afrodiaspórica» en América Latina, el Caribe, Gran Bretaña y África<sup>20</sup>, y otras involucradas con concepciones antihegemónicas de raza y espacio<sup>21</sup>. Ninguna de esas afiliaciones se basa en la idea de entidades territoriales separadas y circunscritas en las que se apoya la cartografía de nuestro Estado-nación actual. Más bien en

19. Debo mi toma de conciencia de las cartografías sikhs emergentes a la importante investigación que está realizando Brian Axel, del Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago.

20. Michael Hanchard: «Black Cinderella?: Race and Public Sphere in Brazil» en *Public Culture* 7(1), 1994, pp. 165-185.

21. Paul Gilroy: *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, Harvard University Press, Cambridge, 1993.

estas nuevas cartografías se usan contrahistorias y contraidentidades para organizar mapas de lealtad y afiliación contruidos en torno de flujos laborales históricos, solidaridades raciales incipientes y cartografías contranacionales. En muchos casos, como el de los sikhs y el de los kurdos, los movimientos contranacionales están cristalizando en formas transnacionales permanentes. Este proceso es un ejemplo del reto general que significa identificar las morfologías (y cartografías) emergentes de un orden posnacional. El rasgo más importante de esas cartografías emergentes es que no parecen necesitar reivindicaciones de territorios dispuestos horizontalmente, contiguos y mutuamente excluyentes. Con frecuencia implican mapas de lealtad cruzados y una política de copresencia territorial no excluyente. Los kurdos, los tamiles cingaleses y los sikhs pueden tener sus problemas como ciudadanos en la nueva Alemania, pero no parece que tengan dificultad con la superposición territorial de sus mapas diaspóricos en Francfort, Berlín o Hamburgo. Cuando hay incidentes de violencia en esos contextos diaspóricos, por lo general involucran asuntos sectarios dentro de comunidades de exilados o guerras extraterritoriales entre comunidades diaspóricas y sus Estados de origen<sup>22</sup>, como en los episodios de violencia entre kurdos y turcos en la Alemania contemporánea.

Como ya indiqué, es probable que las «capitales» de esta cartografía posnacional emergente se encuentren en una variedad de formaciones espaciales que quizás no tenga mucho que ver con la auto representación de Estados soberanos. Algunas de esas capitales posnacionales se encontrarán en los diferentes tipos de translocalidades a las que me referí anteriormente y éstas podrían estar formadas por dinámicas de refugiados, por esfuerzos permanentes de organizar la vida social en torno del turismo, o por efectos estructurales de las redes globales emergentes de capital y trabajo<sup>23</sup>. Tales lugares, por lo general ciudades, tienden a tener nexos débiles con sus ambientes nacionales, y más bien se involucran integralmente con lealtades e intereses transnacionales. De más está decir que los Estados-nación muchas veces tratan de ejercer un fuerte control sobre esas ciudades y su vida cívica (como en el caso de China con respecto a Hong Kong), pero tales esfuerzos no van a poder apoyarse en el razonamiento elemental de que hay un territorio nacional al que por naturaleza pertenecen esas ciudades y sus habitantes. La relación de esos lugares translocales con la producción cotidiana de localidad como un rasgo de la vida humana<sup>24</sup> y con las cartografías cambiantes de grupos diaspóricos, nos va a exigir que reconsideremos seriamente nuestras imágenes de ciudades, espacio y afiliación territorial.

Las Naciones Unidas, que siguen funcionando como un poderoso validador del Estado-nación territorial, parecieran contradecir mi sugerencia de que la

22. Yossi Shain: *The Frontier of Loyalty: Political Exiles in the Age of the Nation-State*, Wesleyan University Press, Middletown, 1989.

23. Saskia Sassen: *Global City: New York, London, Tokyo*, Princeton University Press, Princeton, 1991; y *Cities in a World Economy*, Pine Forges Press, Thousand Oaks, 1994.

24. Arjun Appadurai: *Modernity at Large*, cit.

base territorial del Estado-nación se está debilitando rápidamente. Sin embargo, si observamos el papel moral y material de la ONU en las operaciones de sostenimiento de la paz y humanitarias en todo el mundo, pudiera ser claro que ella misma está surgiendo como una gran fuerza transnacional en África, Medio Oriente, Camboya, Europa del Este y otras partes. Por supuesto, sus tropas son escasas, sus fondos limitados y muchas veces aparenta incapacidad para una acción decisiva; pero hasta que tengamos estudios más cuidadosos de la composición, el compromiso y la política de las fuerzas de las Naciones Unidas, sus fuentes nacionales y sus prácticas ideológicas, no sería prudente descartar la posibilidad de que la ONU esté ayudando a socavar la idea de la integridad territorial de los Estados-nación existentes. En este sentido, ya sea en Corea o en Camboya, en Somalia o Palestina, la ONU está en camino de ejemplificar la trasmutación de los recursos nacionales en intereses transnacionales de un tipo nuevo y desconcertante. Lo desconcertante en este ejemplo es que los recursos nacionales cedidos a una organización destinada a ser el vehículo de deseos internacionales están subsidiando actividades que podrían de hecho reducir el control nacional sobre un número creciente de «focos de disturbio». De esa forma la ONU, particularmente después de la Guerra Fría, se asoma como un actor por derecho propio en el mercado global de lealtad.

### Hábitos territoriales

Los *tropos* territoriales para el concepto de nación persisten en parte porque nuestras ideas de coherencia cultural se han imbricado con la imagen elemental de nación. En la historia de la teoría cultural, el territorio y la territorialidad han tenido, por supuesto, un papel importante: en una forma general, la idea de que las culturas son coherentes, circunscritas, contiguas y persistentes, siempre ha estado avalada por una percepción de que la sociabilidad humana es localizada por naturaleza e incluso está ligada a la localidad. Por ejemplo, el interés de los antropólogos en las reglas de residencia y su relación con grupos sucesores y otras formaciones sociales, se basa en una apreciación constante de que las realidades territoriales de uno u otro tipo confinan y determinan a la vez los arreglos sociales. A pesar de algunos esfuerzos vigorosos de contrarrestar tales variedades de determinismo territorial<sup>25</sup>, la imagen de recursos y prácticas espaciales como formas constituyentes y determinantes de la sociabilidad ha resultado persistente de manera notable. Esa idea es extremadamente explícita en algunas ramas de la ecología, la arqueología y los estudios de la cultura material, que toman las prácticas espaciales como la principal fuente de evidencia y análisis. Aunque ciertos libros como el de Robert Ardrey (*The Territorial Imperative*) ya pasaron de moda, todavía existe una percepción generalizada de que los seres humanos están condicionados a demandar espacios de lealtad como si fueran extensiones de sus cuerpos. Variaciones de este supuesto no solo caracte-

25. Marshall Sahlins: *Stone Age of Economics*, Aldine-Atherton, Chicago, 1972; y *Culture and Practical Reason*, University of Chicago Press, Chicago, 1976.

rizan la antropología, sino que están también profundamente imbricadas con la disciplina de la geografía como un componente de variados proyectos nacionales e imperiales<sup>26</sup>.

La tenacidad de la tesis primordialista nos recuerda que esa manera de pensar está muy presente entre nosotros, y que en una u otra forma la hipótesis primordialista avala teorías de nacionalismo por demás diferentes. A pesar de los fuertes ataques históricos e historicistas contra esa tesis<sup>27</sup>, reaparece con frecuencia en el pensamiento popular y académico sobre el nacionalismo. Quizás en ningún sitio sea tan evidente como en la reciente opinión popular y mediática sobre Europa del Este, en donde se asume que el etnocidio y el terror en Bosnia-Herzegovina son parte de una larga historia de conflicto étnico primordial, interrumpido apenas brevemente por el régimen comunista. Débil y anticientífica, esta tesis es además particularmente endeble en el asunto del territorio como parte de lo que significa el nacionalismo.

De hecho, en la Europa contemporánea el divorcio del etnonacionalismo y el territorio toma la forma de una reversión inquietante que estimula cada vez más los movimientos neofascistas en Alemania, Hungría y otros lugares. El argumento es simple: donde existen alemanes, existe Alemania. Lejos del razonamiento romántico clásico de que la sangre, el suelo, el idioma, y tal vez la raza son los cimientos isomórficos de los sentimientos de nación, aquí encontramos el argumento inverso de que la afiliación étnica genera el territorio. De esa forma, la alemanidad crea suelo alemán, en lugar de ser producida por aquél. Esta inversión es una posible –aunque no obligatoria– patología de diáspora, porque implica un proceso de re-territorialización que antecede procesos de des-territorialización. Más exactamente, es una patología de nacionalismo territorial provocada por cuestiones específicas de la ideología nacionalsocialista alemana, la historia particular de la formación del Estado en Europa después del Imperio de los Habsburgo y la tentadora contigüidad de alemanes «étnicos», separados por fronteras estatales relativamente recientes.

En general, aunque algunos nos hemos referido al mundo en que vivimos como «desterritorializado»<sup>28</sup>, es necesario señalar que la «desterritorialización» genera varias formas de «reterritorialización». No toda reterritorialización es contranacionalista o nativista. La reterritorialización puede entrañar el esfuerzo de crear nuevas comunidades residenciales localizadas (barriadas pobres, campos de refugiados, albergues) que no se apoyan en un imaginario nacional, sino solo en un imaginario de autonomía local o de so-

---

26. Anne Godlewska y Neil Smith (eds.): *Geography and Empire*, Blackwell Publishers, Oxford, 1994.

27. Arjun Appadurai: *Modernity at Large*, cit.; J. Comaroff y J.L. Comaroff: «Of Totemism and Ethnicity» en *Ethnography and the Historical Imagination*, Westview Press, Boulder, 1992.

28. G. Deleuze y F. Guattari: *A Thousand Plateaus: Capitalism Schizophrenia*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1987; Arjun Appadurai: «Disjuncture and Difference...», cit.

beranía de recursos. En tales «comunidades de tránsito» hay frecuentemente un esfuerzo de crear y defender varias formas de derechos (formales e informales; legales e ilegales) que permiten que la comunidad desplazada continúe su reproducción en condiciones inestables al garantizar un acceso confiable a los requisitos materiales de la reproducción: el agua, la electricidad, la seguridad pública, los préstamos bancarios. Con frecuencia grandes comunidades de habitantes de barrios pobres, campos de refugiados y otras colectividades construidas cuasi legítimamente desvían esos recursos de estructuras cívicas «legítimas». Muchas veces es en esas condiciones que surgen los discursos de exilio y patria, y solo raras veces (como en Alemania) esos esfuerzos de desterritorialización involucran intentos directos de extender los mapas nacionales para seguir comunidades diaspóricas. Más a menudo, como en el caso de los «ciudadanos» de la nueva Sudáfrica, esos esfuerzos son ejercicios de creación de nuevos imaginarios locales, relativamente libres de discursos de patriotismo y nacionalidad, pero abundantes en discursos de ciudadanía, democracia y derechos locales.

Existe una diferencia vital entre tales cartografías imaginadas y la cartografía de los sikhs con respecto a Khalistán y de los neofascistas alemanes sobre los Sudetes. En el primer caso, hay un esfuerzo de crear un *ethnos* diaspórico separando una patria a partir de territorios nacionales existentes (la India en el caso de los sikhs). En el caso de los neofascistas alemanes, hay un esfuerzo de extender y ampliar un *ethnos* mayoritario, que ya tiene el control de un Estado-nación territorial, a los territorios de otros Estados-nación existentes. Hay que diferenciar claramente esa extensión de un nacionalismo oficial mediante el vínculo con emigrantes, de la construcción de un nacionalismo de ruptura sobre la base de una diáspora global.

Sin embargo, esos esfuerzos diferentes de extender el imaginario territorial a situaciones de cambio político y diáspora tienen algo en común: una tendencia a usar el imaginario territorial del Estado-nación para captar y movilizar las poblaciones numerosas y dispersas del mundo contemporáneo en formaciones étnicas transnacionales. Ese esfuerzo puede crear tensión con uno o más Estados-nación, pues la lógica de la desterritorialización y la reterritorialización muchas veces genera varios tipos de relaciones de dominó locales, regionales y globales. Como sugerí antes, los ejercicios de limpieza étnica de muchos Estados-nación (en especial los dedicados a algún tipo de teología de «hijos del suelo») inevitablemente crean problemas de refugiados para sociedades vecinas o distantes, exacerbando así los problemas locales en la siempre delicada relación entre la residencia, la raza y los derechos en las sociedades modernas.

Por lo tanto, podemos ver el territorio como el problema crucial en la crisis contemporánea del Estado-nación o, más exactamente, la crisis en la relación entre el Estado y la nación. En la medida en que los Estados-nación existentes se apoyan en alguna idea implícita de coherencia étnica como la base de la soberanía estatal, están destinados a minorizar, degradar, penali-



zar, asesinar o expulsar a los que se ven como étnicamente secundarios. En la medida en que esas minorías (como mano de obra inmigrante, refugiados o ilegales) entran en nuevas organizaciones políticas, demandan una reterritorialización dentro de un nuevo orden cívico cuya ideología de coherencia étnica y derechos ciudadanos están destinados a perturbar, pues todas las ideologías modernas sobre derechos dependen, en último caso, del grupo *cerrado* (censado, estable e inmóvil) de receptores adecuados de la protección y el patronazgo estatal. De esa forma, ser ciudadano de segunda clase o de tercera clase es una condición de la ciudadanía que está inevitablemente unida a la migración, pese a todo lo plural que pueda ser la ideología étnica del Estado anfitrión y a todo lo flexible que pueda ser el alojamiento de refugiados y otros visitantes con poca documentación. Nada de eso sería un problema si no fuera porque las condiciones de la economía global, el trabajo y la organización tecnológica crean nuevas tracciones y empujes en favor del desarraigo de individuos y grupos, mudándolos a nuevos escenarios nacionales. Como es preciso reconocer esos individuos y grupos dentro de algún tipo de vocabulario de derechos y autorizaciones (por más limitados y rígidos que sean), ellos representan una amenaza para la coherencia étnica y moral de todos los Estados-nación anfitriones, una coherencia que se basa, en el fondo, en un *ethnos* tanto singular como inmóvil. En esas condiciones, el Estado como factor de empuje de diásporas étnicas está constantemente obligado a secar las fuentes de disonancia étnica que violan o amenazan con violar su integridad como una entidad territorial étnicamente singular; pero en su otro aspecto, de manera virtual cada Estado-nación moderno se ve forzado o seducido a aceptar en su territorio toda una gama de no nacionales que crean una amplia variedad de demandas territorialmente ambiguas sobre derechos y recursos cívicos y nacionales.

Así llegamos al corazón de la crisis del Estado-nación contemporáneo. A primera vista parece como si la crisis fuera una mera cuestión de pluralidad étnica, que es el resultado inevitable del flujo demográfico en el mundo contemporáneo. Sin embargo, visto con más atención, el problema no es el pluralismo étnico o cultural como tal, sino la tensión entre el pluralismo diaspórico y la estabilidad territorial, en el proyecto del Estado-nación moderno. Lo que hace el pluralismo étnico (especialmente cuando es el producto de movimientos de población dentro de la memoria reciente) es violar la percepción de isomorfismo entre territorio e identidad nacional en que se apoya el Estado-nación moderno. Lo que revela e intensifica particularmente el pluralismo diaspórico es la brecha entre los poderes del Estado para regular las fronteras, monitorear el disenso y distribuir derechos dentro de un territorio finito y la ficción de singularidad étnica en que se apoya a fin de cuentas la mayoría de las naciones. En otras palabras, cada vez es más difícil ver la integridad territorial que justifica los Estados y la singularidad étnica que valida las naciones como aspectos perennes de uno y otra. O dicho de otra forma: puesto que los Estados, los territorios y las ideas de singularidad étnica siempre son coproducciones históricas complicadas, el pluralismo diaspórico tiende a confundir todas las narrativas que intentan naturalizar tales historias.

## Conclusión

He sugerido que una serie de ideas acopladas que suponíamos entrañablemente unidas se están separando gradualmente. En el título de mi ensayo denoto que la soberanía y la territorialidad, en otros tiempos ideas gemelas, tienen cada vez más vidas separadas. Esa separación se relaciona con otras disyunciones que también son cada vez más evidentes. La integridad territorial está dejando de ser una simple expresión de la integridad nacional, como lo dejan ver muy claro los privilegios de los ciudadanos de la India que viven en el exterior. Los discursos sobre la patria tienden a florecer en todo tipo de movimientos populistas, tanto locales como transnacionales, mientras los discursos sobre el territorio tienden a caracterizar los conflictos fronterizos y el derecho internacional. La lealtad muchas veces lleva a los individuos a identificarse con cartografías transnacionales, mientras los atractivos de la ciudadanía los apegan a Estados territoriales. Esas disyunciones indican que el territorio, otrora una justificación de sentido común para la legitimidad del Estado-nación, se ha convertido en el punto clave de la crisis de la soberanía en un mundo transnacional.

Sin embargo, una geografía posnacional no es algo que va a surgir de nuestras investigaciones académicas, ni siquiera de la más nueva de nuestras geografías y la más técnicamente ingeniosa de nuestras tecnologías cartográficas. Surgirá –realmente ya está surgiendo– de las actuales disputas de espacios entre grupos diaspóricos y diversos Estados que se esfuerzan por darles cabida sin renunciar al principio de la integridad territorial. Es muy difícil que ese principio sobreviva a largo plazo, pero sería aventurado acudir a algún nuevo y simple principio organizacional para la organización política de gran escala de las sociedades humanas. Quizá la mayor peculiaridad del Estado-nación moderno fue la idea de que las fronteras territoriales podían mantener indefinidamente las fábulas de singularidad étnica. Esa idea utópica podría ser nuestro recuerdo más perdurable del Estado-nación moderno.

*Traducción: Nora López*



# Ciudadanías globales y sociedades civiles

## Pistas para el análisis

VIRGINIA VARGAS VALENTE

**Los dramáticos cambios en las dinámicas económicas, sociales, culturales y políticas a nivel global están haciendo posible el surgimiento de ciudadanías y sociedades civiles globales. Son procesos en construcción. Contienen disputas de sentido y de conquista de espacios. Allí la lenta ampliación de los derechos ciudadanos frente a asuntos y problemas globales se está dando no solo desde una institucionalidad supraestatal emergente, sino desde los movimientos sociales de perspectiva crecientemente global, que asumen «el derecho a tener derechos» también en este espacio globalizado.**

**L**a ciudadanía es una categoría en construcción. Históricamente su contenido ha variado a lo largo de los siglos (desde la época de los griegos) y ha cobrado nuevos contenidos en lo que se ha dado en llamar la ciudadanía moderna, que surge en los siglos XVIII y XIX, según los países y regiones, y que marcan el paso de una sociedad estamental a una moderna. A lo largo de los tiempos, las concepciones y contenidos de la ciudadanía se han ido ampliando y complejizando, en un permanente proceso alimentado ya sea por la rectificación de los derechos existentes (Lister habla de dar sustancia a los derechos existentes), ya sea por el descubrimiento de las nuevas exclusiones que se iban generando. Y se ha ido conquistando a partir generalmente de las luchas de los excluidos por su inclusión y de los intentos legitimadores y modernizantes de los Estados.

Una de las definiciones clásicas de los contenidos de la ciudadanía corresponde a Marshall, quien distingue dimensiones y tipos de derechos: civiles,

---

VIRGINIA VARGAS VALENTE: socióloga peruana con especialidad en Ciencias Políticas; activa militante feminista, fundadora del Centro de la Mujer Peruana «Flora Tristán»; autora de numerosos artículos y libros. Su investigación actual: *Los nuevos derroteros de los feminismos latinoamericanos en la década de los 90: estrategias y discursos*.

**Palabras clave:** ciudadanías, globalización, cambio cultural, movimientos sociales.



políticos y sociales históricamente contruidos; los derechos civiles, perfilados en el siglo XVIII ; los políticos, en el siglo XIX; y los sociales, que surgieron con fuerza recién en el siglo XX ante la creciente desigualdad social y el consiguiente conflicto entre dos principios opuestos: democracia y capitalismo. Todas estas dimensiones y derechos otorgan algunos rasgos comunes a la ciudadana, tales como la igualdad formal de derechos y obligaciones, la pertenencia a una comunidad política (no solamente el Estado), la garantía para el ejercicio de los derechos ciudadanos vía instituciones *ad hoc*, la existencia de un espacio público más o menos desarrollado.

Sin embargo, a pesar de estos rasgos comunes, las variaciones en las formas de construcción ciudadana, el peso de las condiciones culturales, políticas y socioeconómicas, el desarrollo desigual de las dimensiones ciudadanas entre las personas –y en una misma persona–, son enormes. La pretendida «universalidad» de los derechos ciudadanos ha tornado invisibles a los sectores excluidos del inicial –y en muchas formas prevaeciente– modelo hegemónico: masculino, blanco, occidental. Muchas de las concepciones ciudadanas predominantes, si bien tienden a reconocer la diversidad, no asumen la dimensión de desigualdad que conlleva ni las formas como esta desigualdad determina el acceso desigual y diferenciado a los derechos ciudadanos. Tal desigualdad ha sido intrínseca al desarrollo de las ciudadanías modernas, su surgimiento se dio en condiciones de profunda inequidad, al tratar a los diferentes como desiguales, fuera de la norma y excluidos. La dimensión civil de la ciudadanía asumió en sus orígenes el derecho de propiedad como su constituyente. Los derechos ciudadanos se organizaron en torno de la libertad, y no todos tenían esa libertad para comprar o vender. Por su parte, la dimensión política marginó a todos los diferentes (indígenas, negros, mujeres, analfabetos), que lentamente lucharon por su reconocimiento e incorporación. La dimensión social es la más devaluada e incompleta, para unas personas y regiones más que otras.

Este proceso, que excluye e incluye permanentemente, hace que ninguna de estas dimensiones ciudadanas sea completa ni se desarrolle tampoco en forma similar, ni en una persona ni entre las personas. Este complejo proceso indica que la «evolución» y construcción de las diferentes dimensiones de la ciudadanía no corresponde a un proceso lineal, ni apuntando en una sola dirección. Es más bien ambivalente, heterogéneo, que contiene, según Calderón, fracturas, retrocesos y recuperación de contenidos (por ejemplo en América Latina los derechos políticos adquieren un nuevo valor después de la experiencia de las dictaduras en la región). La ciudadanía es una renovada y nunca acabada construcción sociocultural.

Justamente porque hay una ambivalencia intrínseca en la ciudadanía, dependiendo de la ubicación individual o grupal dentro del conjunto diferenciado de poderes y marginaciones en una sociedad, la ciudadanía puede ser vista, según López, desde diferentes perspectivas: ciudadanía como enmascamiento de las desigualdades (al dar apariencia de igualdad entre des-

iguales); como impulso al desarrollo de la igualdad; como conquista de derechos y espacio de conflicto entre dos principios contrapuestos —el de la igualdad y el de la desigualdad—; como integración de las clases y sectores subordinados, por parte de las elites para formar una comunidad política; como espacio de construcción de la esfera pública. Todas estas dimensiones también están presentes en las dinámicas de construcción de la ciudadanía global.

Estas diferentes perspectivas dan cuenta de una característica fundamental de la ciudadanía: la de no ser una categoría estática, sino más bien flexible, dinámica, contextualizada, como lo demuestra la forma en que las diferentes dimensiones ciudadanas se fueron moldeando y conquistando. Este rasgo dinámico nos permite hablar de la ciudadanía como proceso de «descubrimiento» y construcción de nuevos derechos. Por ello mismo, como concepción y como práctica, como horizonte referencial de la sociedad, la ciudadanía tiene un enorme potencial transformador. Y es que justamente por este ambivalente y contradictorio contenido, es un «terreno de disputa». Así, es también un principio movilizador. Lo que define el movimiento de la ciudadanía es la dinámica de exclusión-inclusión en relación con la sociedad y sus poderes.

Las formas de expansión de las ciudadanía generalmente han correspondido a un doble movimiento: desde abajo, a partir de las luchas de diferentes grupos no hegemónicos que han buscado ampliar sus derechos ciudadanos; y desde arriba, ya sea por la presión de los excluidos, o por los intentos populistas o modernizantes de los Estados en la región. Los derechos ciudadanos otorgados desde arriba han significado siempre una continuidad y han sido vistos o utilizados como mecanismos de cooptación o neutralización (por ejemplo la ampliación del voto a las mujeres por gobiernos dictatoriales), pero también han logrado ampliar el horizonte referencial de las sociedades. La construcción de la ciudadanía desde abajo no solo ha significado la extensión real de los derechos ciudadanos sino también una expansión simbólica, en las sociedades y en las subjetividades, del ejercicio ciudadano y del espacio de los derechos.

La disputa sobre el significado, alcances y formas de desarrollo impacta la autopercepción de los ciudadanos sobre su condición o no de sujetos merecedores de derechos. Las dimensiones objetivas (derechos reales existentes) y subjetivas (formas de acercarse a ellos) brindan no solo la posibilidad de conocimiento de los derechos existentes, sino también, y fundamentalmente, de invención y creación de nuevos derechos (Dagnino). Esta conciencia del «derecho a poseer derechos» tiene la potencialidad de recuperar los derechos como procesos de descubrimiento y ampliación a partir de las luchas y no solo como acceso a los existentes. Estas dimensiones objetiva y subjetiva son también claves en el desarrollo de las ciudadanía globales. La apropiación de la idea del derecho a tener derechos está en la base de la forma como los derechos globales han comenzado a expresarse.

## Las ciudadanías en la era de la globalización

**Globalización y ciudadanía.** La ciudadanía es ante todo un proceso dinámico, fundamentalmente porque responde a las características de exclusión e inclusión de los diferentes momentos históricos y a las condiciones históricas y actuales en las que se perfila y ejerce. Estas extensiones o nuevos contenidos indican también que muchas de las ampliaciones ciudadanas se presionan y consagran a través de impulsos provenientes de abajo cuando en la práctica han comenzado a descubrirse y ejercitarse, cuando de alguna forma han entrado a formar parte del horizonte subjetivo de sectores significativos de las ciudadanías realmente existentes.

Los cambios en las dinámicas mundiales del último cuarto de siglo están generando nuevas dinámicas de exclusión-inclusión y un nuevo terreno para el surgimiento de nuevos derechos. La posibilidad de una ciudadanía global y el desarrollo de sociedades civiles globales se inscriben dentro de estas dinámicas que abren los cambios globales. Es una tendencia en formación, que ha comenzado a extenderse de manera significativa en las últimas décadas, a partir básicamente de la incursión de una multiplicidad de movimientos sociales en la arena global. La literatura que da cuenta de estos cambios, producidos por la dramática intensificación de lo que se ha llamado proceso de «globalización» es amplísima, conteniendo tanto visiones críticas y pesimistas acerca de sus efectos como diagnósticos triunfalistas que hacen énfasis en la construcción de una hipotética «aldea global». El proceso de globalización sin embargo es ambivalente y contradictorio. Waterman describe bien la dinámica: la globalización es a la vez amenaza, promesa y sobre todo seducción. Me interesa acá, a partir de una lectura intencionada y selectiva de algunos autores (Castells; Giddens 1994, 1996; Santos; Held; Yuval Davis) recuperar de la globalización aquellas dimensiones que iluminan las tendencias hacia la formación de ciudadanías globales.

Castells señala que tanto la revolución de las tecnologías de información como la reestructuración del capitalismo han inducido la creación de una nueva forma de sociedad, que llama «la sociedad red», caracterizada por la globalización de las actividades económicas estratégicas, por su forma de organización en redes, por la flexibilidad e inestabilidad del trabajo y su individuación, por una cultura de la virtualidad real, por la transformación de los cimientos de la vida, el espacio y el tiempo, mediante la constitución de un espacio de flujos y del tiempo atemporal. Esta reestructuración de la economía mundial implica también una nueva forma de organización social que se difunde por todo el mundo, sacudiendo las instituciones, transformando las culturas, creando riqueza e induciendo pobreza. Todo ello genera a su vez mayor exclusión social y desprotección ciudadana.

Para Santos, en las últimas tres décadas las interacciones transnacionales se han intensificado dramáticamente, desde la universalización del sistema productivo y transferencias financieras, hasta la diseminación, amplia e in-

tensa a nivel global, de información e imágenes a través de los medios de comunicación (que adquieren un nuevo sentido y un nuevo poder) y a través fundamentalmente de las tecnologías de la comunicación. Fenómenos paralelos son la traslación masiva de personas, como turistas, trabajadores migrantes y refugiados. Este proceso, que implica cambios cualitativos, corresponde a un nuevo fenómeno llamado «globalización» o formación global o cultura global.

En la misma línea, Giddens sostiene que el fenómeno de la globalización ha abierto nuevos retos y dimensiones ciudadanas. No es un desarrollo único, sino más bien una mezcla compleja de procesos que actúan muchas veces de forma contradictoria, produciendo conflictos, rupturas y nuevas formas de estratificación. Considera que no es solo ni primariamente un fenómeno económico, ni un «sistema mundial». Es más bien la transformación del espacio y el tiempo (acción a distancia, identificada por el desarrollo de formas de comunicación global instantánea y transportación masiva). En un proceso inédito, se ha producido una intensificación de las relaciones sociales a nivel mundial, que vincula localidades distantes, de tal forma que un hecho local está determinado por eventos que ocurren a gran distancia, y viceversa, provocando una creciente interpenetración entre la vida a nivel individual y las opciones futuras de dimensión mundial. Es un fenómeno que sucede «aquí en la cercanía de lo nuestro al igual que allá en la lejanía del exterior» (1996).

Otros dos procesos acompañan la globalización: la destradicionalización o emergencia de un orden postradicional, y el de la reflexividad institucional. La destradicionalización alude al divorcio del histórico matrimonio entre modernidad y tradicionalismo, a la forma en que el proceso de globalización engulle y desarticula costumbres y tradiciones arcaicas y antidemocráticas (como el cambio en las relaciones entre los sexos y los valores familiares). Ello no implica la desaparición de la tradición, sino más bien un cambio en su estatus, al dejar de considerarla como algo incuestionable y verla como abierta a interrogación. La reflexividad institucional alude al hecho de que, en un orden postradicional, los individuos deben acostumbrarse a procesar todo tipo de información relevante respecto de su situación vital y a actuar de manera rutinaria sobre la base de esos pasos de filtración o reflexión.

Las consecuencias de este proceso de reflexividad institucional tiene consecuencias significativas para la democracia, pues en un orden crecientemente reflexivo, la política no se reduce a los espacios formales, ni la legitimidad de la política viene solo por el voto o la representación, sino que aparece cada vez más importante la vida cotidiana por un lado y los sistemas globalizados por el otro. Estos procesos generan pero también destruyen solidaridades. Lo que no solo provoca movimientos progresistas que confrontan la tradición. El miedo a la desintegración incita también el reforzamiento de la comunidad y el surgimiento de respuestas fundamentalistas y conservadoras (Giddens 1994). Por su parte, Yuval Davis (1997) señala que si bien la globalización no es un fenómeno nuevo, el desarrollo de las tecnologías modernas



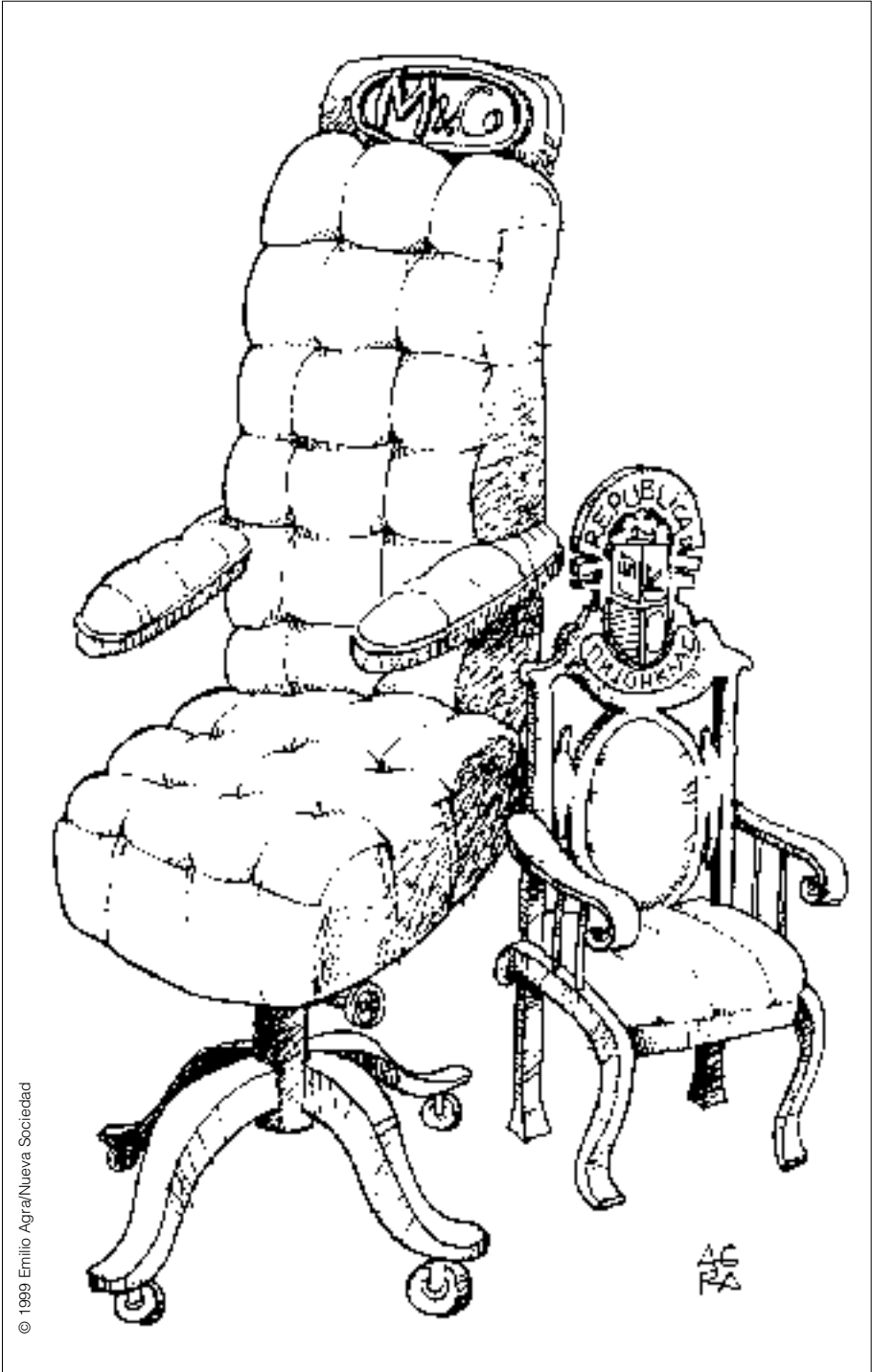
ha permitido la transferencia de personas y bienes en una fracción de tiempo infinitamente menor que en el pasado (transportes, medios de comunicación, comunicación virtual), exponiendo a un creciente número de la población mundial a imágenes, mensajes y acontecimientos similares desde sociedades y lugares lejanos. Al unísono, ha permitido el surgimiento de nuevas comunidades en forma tal que trascienden los límites de tiempo y espacio (las «comunidades imaginadas» generadas por ejemplo a través de internet). Señala también los efectos contradictorios del proceso de globalización, al éste producir por un lado una creciente homogeneización en relación con el mercado y el consumo, creando una especie de «hibridación» cultural, y por otro, una mayor diversificación y especialización de las diferencias y las identidades particulares (Yuval Davis 1998).

Este peculiar orden espacial y temporal de experiencias, según Falk, da un contenido específico a la naturaleza de la ciudadanía, abriendo nuevos contenidos, multiplicando derechos antes no considerados en los horizontes referenciales nacionales, y que van más allá de los límites del Estado-nación.

### **Globalización de las ciudadanías frente a los Estados-nación**

Dada su amplitud, complejidad y variedad, el proceso de globalización está conectado a otras transformaciones en el sistema mundial, que aparecen como parte de los temas instalados en el debate, porque afectan a toda la humanidad. Son los temas «en disputa» como el crecimiento de las desigualdades, la explosión poblacional, las catástrofes del medio ambiente, la proliferación de armas, etc. Todas estos cambios representan nuevas amenazas y plantean la necesidad de conquistar nuevos derechos ciudadanos. Los límites de los Estados para responder a estas transformaciones son grandes.

Uno de los efectos más evidentes del proceso de globalización ha sido el erosionado y menguado monopolio de los Estados para otorgar y administrar los derechos ciudadanos, al debilitarse el alcance y autonomía de aquellos. Enfrentados a presiones de adentro y afuera, los Estados ven limitada su capacidad de respuesta. Desde el interior, las tendencias localistas y nacionalistas se han acrecentado, siendo sus manifestaciones más brutales la limpieza étnica y los fundamentalismos beligerantes. Una consecuencia de estas tensiones fue evidenciar el «mito» de un Estado-albergue de naciones homogéneas (a nivel étnico o cultural). Desde afuera, el poder de las instancias supranacionales, a nivel político y económico, que han demostrado una mayor capacidad de acción frente a los designios e intereses nacionales, no solo respecto de la política económica de los Estados, sino frente a las mismas formas de gobierno, que han ampliado el piso de maniobra de los movimientos democráticos en países y regiones. También se ponen en evidencia los límites de los Estados para dar cuenta de crecientes fenómenos como la llamada «era de las migraciones», cuya problemática apunta al centro de las dinámicas de exclusión-inclusión que acompañan el desarrollo de las ciudadanías, haciendo imposible pensarlas en términos solamente de fronteras



nacionales (Lister). En este caso, como en muchos otros, se producen permanentes tensiones y yuxtaposiciones entre las fuerzas globalizadas y las localizadas y territorializadas.

### **Las ciudadanía globales en construcción**

Por un lado, hemos visto cómo la globalización redefine los límites de las comunidades políticas en las que se había organizado la ciudadanía, asumida históricamente como dimensión del Estado y membresía en la comunidad política nacional. En un proceso contradictorio, la globalización debilita y al mismo tiempo fortalece a las sociedades civiles nacionales. Las afecta al exponerlas a localismos y fragmentaciones defensivas cuando debilita el espacio de deliberación y negociación en lo público-político. Al mismo tiempo, las fortalece porque expone otros derechos, las universaliza y les ofrece la posibilidad de garantías universales que van más allá del Estado-nación. De esta forma, la globalización ha comenzado a abrir una etapa donde emergen casi dos ciudadanía paralelas, las ciudadanía político nacionales, y una cierta ciudadanía universal, cosmopolita (Held).

Las dinámicas globales también generan sus propios signos y temas que comienzan a ser de interés universal, trascendiendo fronteras nacionales y creando un nuevo significado al cosmopolitismo (Santos) visto como una respuesta a los estrechos límites de la ciudadanía en los Estados-nación. Es decir, la jerarquía del sistema mundial y las relaciones de poder provocan no solo exclusión sino también que naciones, regiones, clases o grupos sociales subordinados, se organicen transnacionalmente en defensa de sus intereses comunes y que usen en su beneficio esta interacción. Es decir, la globalización también abre la posibilidad de que los grupos excluidos, de ciudadanía restringidas, se organicen a nivel transnacional en defensa de sus intereses. Como discurso y práctica antihegemónica, este cosmopolitismo solo es posible en forma intersticial, en los márgenes del sistema mundial capitalista (Santos). Es en estos intersticios donde la posibilidad de construir una democracia cosmopolita puede tener sentido, como un modelo de organización política en el que los ciudadanos, donde sea que estén ubicados, tengan una voz, insumos y representación política en los asuntos internacionales, paralela e independientemente de sus propios gobiernos (Held). Esta expresión del cosmopolitismo es también manifestada por Waterman como «solidaridad global». La otra vertiente de la ciudadanía global viene de la cada vez mayor emergencia de asuntos «que por su naturaleza son tan globales como el globo mismo», llamados así por Santos refiriéndose a los temas que son patrimonio común de la humanidad: sustentabilidad del planeta y de la vida humana, problemas ambientales, capa de ozono, Amazonia, violación de los derechos de los pueblos y de grupos humanos específicos, migraciones y proliferación de armamentos.

Dos vertientes sustentan el impulso a la formación de ciudadanía globales actuando desde sociedades civiles globales: la de los espacios transnacionales

oficiales, a nivel político, y la alimentada por la acción de los movimientos sociales de perspectiva global. Ambas vertientes corren paralelas, pero con permanentes puntos de intersección, de coincidencia y de «disputa» contestataria, no solo por obedecer a distintas lógicas y dinámicas de actuación sino también por las perspectivas e intereses diferenciados de las que se parte.

En cuanto a los espacios oficiales transnacionales, son varias las dinámicas que confluyen, muchas de ellas fomentadas por el sistema de la ONU que, pese a sus crecientes limitaciones, ha tomado iniciativas y desarrollado un cierto nivel de normatividad institucional frente a los Estados-nación, en muchos casos más moral que efectiva. Por un lado, la tendencia a recuperar el sentido «universal» de los derechos humanos, buscando mecanismos internacionales que garanticen los derechos de los grupos más excluidos, a través de los convenios internacionales de la ONU. Por otro lado, la realización de un conjunto de cumbres y conferencias mundiales en la década de los 90 ha puesto sobre el tapete global algunos de los temas. Cada una de ellas ha dejado documentos o plataformas de acción con recomendaciones que los gobiernos en su mayoría han suscrito, comprometiéndose para su aplicación, y también ha generado un conjunto de movimientos e iniciativas a fin de garantizar el cumplimiento de los compromisos adquiridos. Si bien esta exigencia de «rendición de cuentas» está inicialmente centrada en los niveles nacionales, su concreción fue posible por las articulaciones internacionales de los diferentes movimientos sociales. La diversidad de movimientos ecológicos, de derechos humanos, feministas, de salud, de desarrollo, etc. que interactuaron activa y muchas veces conflictivamente con los gobiernos, fueron claves para los resultados de las conferencias.

En esta línea, otra dinámica cada vez más significativa para la defensa de los derechos ciudadanos es una institucionalidad regional y global en ciernes, que constituye una posibilidad real de acceso a la justicia frente a la imposibilidad o falta de voluntad de los Estados de responder a los intereses ciudadanos. Es el caso por ejemplo de la convención para prevenir, sancionar y erradicar la Violencia contra la Mujer, conocida como la «Convención de Belem du Pará», que ha permitido a las mujeres de la región encontrar apoyo y presión hacia los gobiernos que ejercen o permiten la violencia –doméstica, sexual, cultural o política– contra las mujeres.

Pero las ciudadanías globales también están orientadas a fortalecer las bases de las sociedades civiles globales, al generarse desde la acción de los movimientos sociales una rica trama de redes y relaciones que, alrededor de asuntos ya internacionalizados, inducen un flujo permanente de acciones de impacto y de intercambio que van disputando sentidos y perfilando, desde movimientos proactivos y reactivos (Castells), los contenidos de las agendas globales. El caso de los movimientos feministas es un buen ejemplo de esta dinámica de movimientos proactivos. Desde redes temáticas (salud, derechos sexuales, violencia, ajuste estructural, derechos humanos), pasando por redes de identidad (red de mujeres lesbianas, de afro-latino-caribeñas, indí-

genas, jóvenes, etc.) y concretándose en un «calendario» regional e internacional, que ha instrumentado días específicos de luchas compartidas en la región y a nivel global: además del 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, está el Día de los Derechos Sexuales y Reproductivos (28 de mayo), Día No más Violencia contra la Mujer (25 de noviembre), Día de la Ciudadanía Latinoamericana (8 de septiembre), Día del Trabajo Doméstico (22 de julio), así como un conjunto creciente de reuniones, encuentros, seminarios, publicaciones, etc., de carácter regional y global.

Los movimientos sociales actuando en el espacio global sin embargo pueden o no avanzar en las interacciones y negociaciones con los espacios oficiales transnacionales o pueden priorizar articulaciones dentro de su propio espacio global. Pueden también combinar ambas estrategias.

### **Movimientos sociales transnacionales y sociedades civiles globales**

Muchas expresiones de los movimientos sociales, que actúan en las sociedades civiles nacionales, han comenzado a manifestarse activamente en el ámbito global. Esta esfera no es por sí misma democrática, ni todos los movimientos sociales actuando en ella lo son. Las mismas fuerzas que expresan localismos autoritarios, identidades cerradas, lo hacen también activamente en este espacio. La sociedad civil global no es un paraíso no territorial de libertad, igualdad, solidaridad, cuidado ecológico y tolerancia política, dice Waterman, pero sí puede ser un espacio privilegiado para la superación de estructuras, procesos, ideologías capitalistas, estatistas y tecnocráticas. Por ello mismo debe más bien ser concebida como un hábitat continua y conjuntamente construido. Porque la sociedad civil global, al igual que las nacionales, no será homogénea. Contendrá bolsones y tendencias autoritarias, racistas, sexistas, antidemocráticas así como inclinaciones democratizadoras. Hago énfasis sin embargo en la acción de aquellos movimientos de signo democrático cuyas dinámicas representan también un «terreno de disputa» no solo frente a las lógicas excluyentes de los espacios globales oficiales sino a los rasgos excluyentes y autoritarios de la sociedad civil global en formación. Es un espacio conflictivo, donde el ideal no es, según Waterman, establecer consensos o consentimientos públicos; más bien el valor es la misma existencia de lo público y por tanto la posibilidad de disensos, escepticismos, criticismos. Desde estas dinámicas contradictorias y complejas, se están abriendo espacios no solo para construir alternativas frente a los grandes problemas que afectan hoy por hoy a la humanidad, no solo para descubrir y consagrar nuevos derechos ciudadanos a nivel global, sino también están impulsando la posibilidad real de ser un foro de defensa de derechos ciudadanos en las diferentes regiones y países.

Obviamente, las ciudadanía global y la formación de las dinámicas de las sociedades civiles globales no pueden estar desligadas de las dinámicas de poder y las hegemonías existentes en y entre los países. Las formas que pueden asumir la ciudadanía global están en relación con las formas en que los

individuos-as y colectividades se insertan en los espacios globales y en que las exclusiones y subordinaciones nacionales se expresan y verifican en el espacio global. Los efectos ambivalentes de la globalización, que al mismo tiempo excluye e integra, también modifica, potencia o renueva estas dinámicas de exclusión-inclusión. Y si bien la diversidad pareciera ser más visible y notoria en el espacio global, sigue estando cargada de desigualdad o de otredad, y por ello mismo constituye más una aspiración a conquistar como parte del terreno de disputa que contiene la ciudadanía también a nivel global.

En esta realidad incierta y preliminar, en la cual se están gestando los derechos globales «objetivos», la ciudadanía subjetiva tiene un peso significativo. La construcción de la ciudadanía global estaría alimentada por la posibilidad de imaginar un futuro donde todas las personas tengan futuro (Falk). Así, para todas las ciudadanías restringidas el espacio global contiene potencialmente una doble virtud: la de visibilizar su imagen y propuestas, al mismo tiempo que devuelve la legitimidad propia del reconocimiento de las/los otros, que no se encuentra con facilidad en los países de origen, y que expande la dimensión subjetiva, individual y colectiva, de la ciudadanía. La existencia de redes de solidaridad, conocimiento, aprendizaje, así como los intercambios teóricos, políticos y vitales, ofrecen también un impulso para la ampliación de las ciudadanías subjetivas. Es el caso por ejemplo de los movimientos de mujeres indígenas en el proceso de Beijing, cuya ciudadanía subjetiva pudo modificarse y ampliarse a la luz de las interacciones y visibilidades legitimadoras que se dieron en el espacio global.

### **Normatividad global y derechos humanos nacionales y globales**

Me interesa analizar algunas características de las sociedades civiles globales que evidencian que las tendencias más democráticas e inclusivas están también presentes y pueden ganar terreno. Por un lado, su nacimiento como sociedad civil global está reflejado en el creciente impacto de los movimientos sociales y ONGs operando en el nivel internacional, dando pie a una globalización «desde abajo» (y desde el medio, como sostiene Waterman), y no solo «desde arriba», desde las iniciativas de los capitales transnacionales y las instituciones supraestatales.

Esta confluencia en el espacio global de los movimientos sociales luchando en contra de sus exclusiones específicas puebla la sociedad civil global con una enorme diversidad de intereses multiculturales y pluriétnicos, lo que ha llevado a autoras como Lister y Yuval Davis a hablar de la «fundación multicultural» de las ciudadanías globales, que tiene así la posibilidad de evitar (o reducir) el riesgo del dominio occidental en este espacio. La ciudadanía global se expresa, básicamente como afirmación de la diversidad (Lister). Los derechos humanos, sustento y muchas veces expresión de los derechos ciudadanos, han pasado a ser uno de los ejes más significativos en este espacio de sociedad civil global. Y es alrededor de ellos que se ha ido generando una

nueva institucionalidad, que permite el uso complementario de la ley internacional de derechos humanos en relación con violaciones que no logran sanción en los espacios nacionales, ya sea por autoritarismos de los gobiernos, o porque sus dinámicas escapan de las fronteras nacionales (la tortura, los desplazados, el trabajo infantil, la prostitución forzada, la violencia contra las mujeres, etc., son algunos de los problemas que han merecido convenciones y arreglos internacionales). Esta normatividad internacional está orientada a defender a las ciudadanías de las arbitrariedades en el uso de la fuerza por parte de los Estados, así como a buscar aquello que los Estados demoran en dar o simplemente se niegan a otorgar, tanto con respecto a asuntos públicos como a asuntos «privados» de alto contenido político.

Pero también el reconocimiento de la existencia de derechos humanos fuera del ámbito estatal es otra de las posibilidades que legitima la ciudadanía global. Por ejemplo, el interés de Amnistía Internacional de asumir no solo la defensa de los derechos humanos violados por los Estados sino también las violaciones que ocurren dentro de la sociedad –entre otras, las de los grupos terroristas– es una muestra de ello.

A pesar de estos avances en la normatividad institucional global, es mucho aún lo que falta desarrollar. La efectividad de la acción internacional en relación con las violaciones de derechos humanos, así como al derecho de rendición de cuentas a la ciudadanía global de las instituciones del capitalismo global, las transnacionales y multinacionales, hasta ahora no fiscalizables, requiere de nuevos mecanismos y normatividades. Como señala Lister, la gobernabilidad global de recursos globales requiere nuevas instituciones y mecanismos democráticos de sanción y rendición de cuentas. Completando esta idea, Giddens sostiene que si bien las presiones de la sociedad civil internacional y las intervenciones de las ONGs han ampliado la gama de derechos y normas relacionadas con la ciudadanía, es muy poco lo que se ha logrado en cuanto a su aplicación efectiva, y no es probable que avance la ciudadanía mundial sin haber antes una mayor democratización, mejor coordinación, una reforma financiera del sistema de la ONU, además de una responsabilidad social y ambiental de las corporaciones transnacionales, nuevas fuentes de financiamiento para la ayuda internacional así como estructuras legales internacionales que sean efectivas. Y esto nos lleva al tema de la democracia en lo global.

### **La democracia en lo global**

El nacimiento de sociedades civiles globales (no una sino múltiples, en proceso de formación) reflejan el creciente impacto de estos procesos globales y especialmente el de los movimientos sociales y ONGs operando a nivel internacional, removiendo los límites de las dinámicas de exclusión e inclusión. Indudablemente no todas las incursiones y presencias en estas dinámicas globales son de corte democrático, lo global también está plagado de conservadurismos, fundamentalismos, poderes hegemónicos y subordinados. De allí

que muchos autores hayan avanzado en una reflexión sobre el indispensable y posible contenido democrático de estas incursiones ciudadanas en lo global y la formación de sociedades civiles globales. En la base de esta preocupación está el hecho que las ciudadanías, en sí mismas, no conllevan necesariamente una perspectiva democrática.

Estos nuevos espacios ciudadanos no están exentos de los límites de la exclusión propios de los Estados. Pero pueden también ser una herramienta poderosa para delinear y controlar las fronteras de las exclusiones nacionales. Una vez más acá la ciudadanía aparece con todas sus dimensiones como terreno de disputa, expresado en las formas de construcción de las sociedades civiles globales, en el tipo de derechos reclamados y en la creciente institucionalización que se está desarrollando en este espacio global. Por lo mismo, las sociedades civiles globales no se están formando solamente desde las presencias y propuestas de los movimientos de carácter progresista. Es un espacio que se está llenando con una multiplicidad de actores, de diferente signo, poder y condición, en el cual los sectores conservadores y fundamentalistas están también presentes. De allí la importancia de considerar asimismo la sociedad civil global además de la interacción con los Estados a nivel transnacional como terreno de disputa por espacios y acciones democráticas.

La sociedad civil global democrática igualmente se alimenta de las dinámicas y eventos impulsados por el espacio e instituciones interestatales y transnacionales. No solo porque sus interacciones van alimentando el terreno de disputa y confrontando significados y alcances, sino también porque los eventos, mecanismos, convenciones, etc., empujados desde el espacio global interestatal están generando una rica institucionalidad que puede ser efectiva, más extendida y democrática para confrontar los límites de los Estados en la defensa de los derechos ciudadanos. La apropiación de esta nueva institucionalidad es un derecho y una responsabilidad de los movimientos sociales de corte transnacional, al permitir fortalecer un poder que enfrente las soberanías estatales para violar derechos ciudadanos dentro de las fronteras.

Los movimientos sociales que actúan en el espacio global son portadores de proyectos y agendas específicas, relacionadas con discriminaciones milenarias –de género, etnia, opción sexual– y con problemas cada vez más globales: medio ambiente, paz, derechos humanos, etc. En este espacio en construcción, ambivalente, contradictorio, con influencias y presencias tanto conservadoras como transformadoras, la importancia de generar polos democráticos a nivel global, capaces de hacer confluir y potenciar estas agendas específicas es uno de los retos más urgentes y atractivos. Ello será más posible si los procesos de múltiples democratizaciones se convierten también en parte fundamental de las agendas de los movimientos. La construcción de las ciudadanías globales y sociedades civiles globales, en este periodo de desarrollo, involucra a movimientos, grupos y personas particulares, cuyo acceso a los espacios internacionales es mucho mayor que el común de las personas en los diferentes países y regiones. Si bien al coincidir en este espacio



iniciativas y redes de todo el planeta las presencias multiculturales y pluriétnicas comienzan a ser visibles y actuantes; al contrario la participación de las diversidades regionales, en cuanto a clase, género y etnia en todas sus diversidades regionales no siempre está garantizada. La democratización del espacio global tendría que ser por ello una de las preocupaciones fundamentales de esta construcción ciudadana. La necesidad de extender, democratizar y hacer efectivo un sistema normativo transnacional, expresado en institucionalidad democrática que sea accesible a los ciudadanos es también parte de este proceso de múltiples democratizaciones.

## Referencias

- Alvarez, Sonia: «Latin American Feminisms 'Go Global' Trends of the 1990s and Challenges for the New Millenium» en Sonia Alvarez, Evelina Dagnino y Arturo Escobar (eds.): *Culture of Politics, Politics of Culture. Re-visionning Latin American Social Movements*, Westview Press, Boulder-Oxford, 1998.
- Calderón, Fernando: «Lo político y lo social. Bifurcación o síntesis de una crisis» en Fernando Calderón (comp.): *Socialismo, autoritarismo y democracia*, Instituto de Estudios Peruanos-Clacso, Lima, 1989.
- Castells, Manuel: *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, vol. 2: *El poder de la identidad*, Alianza, Madrid, 1997.
- Dagnino, Evelina: «Culture, Citizenship and Democracy. Changing Discourses and Practices of the Latin American Left» en Sonia Alvarez, Evelina Dagnino y Arturo Escobar (eds.): *Culture of Politics, Politics of Culture. Re-visionning Latin American Social Movements*, Westview Press, Boulder-Oxford, 1998.
- Falk, Richard: «The Making of Global Citizenship» en Bart van Steenberger (ed.): *The Condition of Citizenship*, 1994.
- Giddens, Anthony: «Two Theories of Democratization» en *Beyond Left and Right. The Future of Radical Politics*, Londres, 1994.
- Giddens, Anthony: «Reflexiones sobre el proceso de mundialización. Extractos de su discurso de apertura en la conferencia de Unrisd sobre Mundialización y Ciudadanía», *Boletín Unrisd Informa* N° 15, París, 1996.
- Held, David: *Democracy and the Global Order. From the Modern State to Cosmopolitan Governance*, Polity Press, Londres, 1995.
- Lechner, Norbert: «Cultura política y gobernabilidad» en *Leviatán* N° 68, Madrid, 1997.
- Lister, Ruth: *Citizenship. Feminist Perspectives*, Macmillan Press, Londres, 1997.
- López Jiménez, Sinesio: *Ciudadanos reales e imaginarios. Concepciones, desarrollo y mapas de la ciudadanía en el Perú*, Instituto Diálogo y Propuesta, Lima, 1998.
- Marshall, T.H.: *Class, Citizenship and Social Development*, Greenwood Press, Westport, 1973.
- Santos, Boaventura de Sousa: *Towards a New Common Sense: Law, Science and Politics in the Paradigmatic Transition*, Routledge, Nueva York, 1994.
- Van Steenberger, Bart: «The Condition of Citizenship: an Introduction», en Bart van Steenberger (ed.): *The Condition of Citizenship*, 1994.
- Vargas, Virginia: «Ciudadanía. Un debate feminista en curso» en Eugenia Hola y Ana María Portugal (eds.): *La ciudadanía a debate*, Isis Internacional-Centro de Estudios de la Mujer, Santiago, 1997.
- Vargas, Virginia y Cecilia Olea: *El proceso de Beijing y los nudos de la región*, en prensa.
- Vargas, Virginia y Cecilia Olea: «El movimiento feminista en el Perú y los avatares de la agenda propia» en *Socialismo y Participación* N° 80, Lima, 1998.
- Yuval Davis, Nira: «Mujeres, ciudadanía y diferencia» en Eugenia Hola y Ana María Portugal (eds.): *La ciudadanía a debate*, Isis Internacional-Centro de Estudios de la Mujer, Santiago, 1997.
- Yuval Davis, Nira: «The Multi-layered Citizen: Citizenship in the Era of Globalization», 1998, mimeo.
- Waterman, Peter: *Globalization, Social Movements and the New Internacionalisms*, Mansell, Londres-Washington, 1998.

# Pensamiento único y resignación política

## Los límites de una falsa coartada

ATILIO A. BORON

**Icono neoliberal, los verdaderos alcances de la «globalización» en América Latina podrían ser mucho más modestos de lo que se pretende hacer creer a la opinión pública. Ante las tendencias supuestamente avasallantes de la globalización existe un considerable repertorio de respuestas nacionales que no necesariamente conduce a la liquidación de los aparatos estatales. Al contrario, los avances globalizantes de la economía capitalista han sido en gran parte consecuencia de políticas públicas de los países centrales, hegemónicas por el capital financiero. La raíz del problema no se encuentra por lo tanto en la globalización, sino en la respuesta que los gobiernos latinoamericanos están dando ante los desafíos que plantea.**

Un argumento favorito de los ideólogos y funcionarios gubernamentales en América Latina es que la novedad sin precedentes de la globalización ha puesto punto final a los viejos paradigmas y modelos de políticas públicas y a las tradicionales formas de concebir la articulación entre Estado, mercado y sociedad. Sin embargo, una mirada cuidadosa al proceso histórico demuestra que la globalización está lejos de ser una novedad. Tal como lo plantean Samir Amin, Paul Bairoch, Aldo Ferrer e Immanuel Wallerstein entre otros, este proceso es tan antiguo como el capitalismo: casi cinco siglos. (Amin 1997b, pp. 2-6; Bairoch; Ferrer, pp. 22-26; Wallerstein, p. 67.)

### **Globalización: realidad y ficción**

En este sentido, más allá de las controversias que pudiera suscitar la interpretación que Marx y Engels hicieron sobre el curso del desarrollo capitalis-

---

ATILIO A. BORON: secretario ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales- Clacso, Buenos Aires; profesor titular de Teoría Política y Social I y II, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

**Palabras clave:** teoría económica, capitalismo, globalización, neoliberalismo, América Latina.

ta hasta mediados del siglo pasado, el mundo de hoy se parece mucho más al que anticiparan en el *Manifiesto* que al que predecían Adam Smith y David Ricardo—con el atenuante de su mayor distanciamiento en relación con nuestra época— o al que pronosticaron teóricos de la economía burguesa contemporáneos o posteriores a Marx, como Marshall, Walras o Jevons. ¿Qué significa todo esto? Que la retórica de la globalización distorsiona severamente los hechos al presentar lo que es una tendencia intrínseca y secular del modo de producción capitalista como si fuera un momentáneo e inesperado resultado. La manipulación ideológica a la que se presta el concepto de globalización es de tal naturaleza que conduce a las víctimas a creer que sus efectos y consecuencias son obra de ciegas fuerzas impersonales, la mera «secreción natural» de un orden económico global en donde no existen estructuras, clases, intereses económico-corporativos ni asimetrías de poder que cristalicen en relaciones de dependencia entre las naciones (Gómez). De esta manera, a partir de un falso realismo se clausura la capacidad de pensar políticas alternativas y de «ver» las perniciosas consecuencias económicas, sociales y políticas de aquellas que se están implementando.

### **Globalización: lo viejo y lo nuevo**

Como anticipáramos, en el discurso neoliberal predominante sobre la globalización hay mucho más de fantasía apologética que de análisis sobrio y objetivo de los «capitalismos realmente existentes», por lo tanto, es necesario distinguir mitos de realidades. Tal como sostiene uno de los más importantes estudiosos del tema, Paul Hirst, lo que caracteriza a la economía contemporánea es el ingreso en una nueva y acelerada fase de crecimiento de las tendencias globalizantes de la economía. Este autor identifica tres grandes etapas en dicho proceso: la primera coincide con la *belle époque*, entre 1870 y 1914; la segunda comprendió el *boom* de la posguerra hasta la crisis del petróleo a mediados de los años 70; y finalmente la tercera se inicia con la reorganización económica resultante de la crisis del keynesianismo que produjo un clima de exacerbación ideológica signado por lo que acertadamente Raúl Prebisch denominara «el retorno de la ortodoxia». Ahora bien, el reconocimiento de las antiguas raíces de la globalización capitalista (o, en otras palabras, de todo lo «viejo» que aparece hoy en día disfrazado como una novedad absoluta) no implica desconocer la existencia de tres nuevos desarrollos que le han dado a la fase actual un dinamismo extraordinario:

a) Por un lado, una vertiginosa mundialización de los flujos financieros, cuyo crecimiento ha sido muy superior al del producto y el comercio mundiales, o al también espectacular crecimiento de las inversiones extranjeras. Esta patológica «hipertrofia» de las finanzas internacionales tuvo una evolución extraordinaria a partir de la crisis del petróleo, y muy particularmente del triunfo del proyecto neoliberal de desregulación y liberalización de la esfera financiera. El torrente financiero internacional ha crecido a un ritmo exponencial tal que alarma a los capitalistas más lúcidos, como George Soros, preocupados no solo por la ganancia del presente sino fundamentalmente

por la estabilidad a largo plazo del sistema y el lucro del mañana. Si en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial el volumen de las transacciones financieras internacionales representaba unas cinco veces el tamaño del comercio mundial, en la actualidad la proporción estimada es de aproximadamente quinientos a uno. Según Colin Leys, la suma diaria que circula por los mercados financieros internacionales es de 1,2 billones de dólares (1.200.000 millones), cifra que en poco más de una semana iguala al producto bruto de Estados Unidos, la mayor economía del mundo, y superior a las reservas atesoradas por todos los bancos centrales del planeta. En apenas seis horas estos mercados transan una cifra equivalente al PBI de la Argentina, en siete horas la de México, en ocho la del Brasil. En este punto es insoslayable referir que las más diversas corrientes teóricas parecieran coincidir en un hecho: existe una muy débil relación entre los movimientos financieros y los de la economía real. Peter Drucker, un autor insospechado de simpatías socializantes, observaba recientemente que la extraordinaria movilidad del capital especulativo se deriva del hecho de que «no cumple ninguna función económica ni financia nada». Por eso mismo no obedece a ninguna lógica económica o racionalidad de ningún tipo. «Es volátil y cae fácilmente en pánico a causa de rumores o acontecimientos inesperados» (p. 162). De ahí el nombre que se le ha dado a la actual fase de la economía internacional, «capitalismo de casino», una actualización de la vieja caracterización leninista del «capitalismo parasitario» en tiempos de la Primera Guerra Mundial y que fuera ratificada poco tiempo atrás por Alan Greenspan al denunciar «la irracional exhuberancia de los mercados». En su triunfo, el neoliberalismo transmutó la vieja obsesión keynesiana de practicar la «eutanasia del rentista» en la aniquilación del productor.

b) El segundo elemento novedoso de la actual fase de la globalización capitalista lo constituye la cobertura geográfica sin precedentes que ha alcanzado este proceso. Una somera inspección de los datos históricos revelaría que el «mundo capitalista» de fines del siglo pasado era mucho más acotado y circunscripto que el de nuestros días: el Atlántico Norte, Europa occidental, las regiones litoral es de América Latina y el Caribe, y algunos enclaves aislados de Asia y Africa. En la actualidad, el espacio capitalista ha alcanzado dimensiones planetarias, y sus leyes de movimiento se imponen aun en países como China, Cuba y Vietnam, incapaces de ponerse a cubierto de la feroz lógica mercantil que rige la marcha de la economía mundial. El «segundo mundo» ha desaparecido y las atrocidades del Khmer Rojo o la autarquía albanesa aparecen como una perversa imagen especular del precio que habría que pagar ante cualquier tentativa de desvincularse de los mercados mundiales.

c) La tercera novedad de la fase actual de la globalización es la extraordinaria universalización de las imágenes y mensajes audiovisuales que algunos autores han optado por denominar como «macdonaldización», en referencia a la imposición o consentida adopción de valores, estilos culturales, iconos e imágenes proyectadas a nivel planetario a partir de la singularidad de la ex-

perencia norteamericana y de un modelo de consumo completamente estandarizado, descontextualizado, fetichistamente igualitario, barato y de baja calidad, cuya representación paradigmática está dada por la cadena de ventas de hamburguesas (Castellina; Featherstone). La legislación antimonopólica no encuentra contrapartidas cuando se trata de los medios de comunicación de masas: las «megafusiones» que tuvieron lugar en EEUU en 1995 (Time-Warner y la CNN por un lado; la ABC y Disney por el otro) son una prueba vociferante de lo que venimos diciendo (Ramonet, p. 119). Si a ello añadimos lo que Pierre Bourdieu denomina la «censura invisible», la técnica del «ocultar mostrando» y la inercia sistémica del «campo periodístico» en favor del conformismo y la pasividad, completamos un cuadro en el cual las clases dominantes a nivel internacional tropiezan con pocos obstáculos a la hora de «manufacturar un consenso», para utilizar la feliz expresión de Noam Chomsky. Se destinan recursos multimillonarios y toda la tecnología masmediática de nuestro tiempo a los efectos de producir un duradero lavado colectivo de cerebros que permita la aplicación aceptada de –y la conformidad popular ante– las políticas promovidas por los grandes beneficiarios del orden neoliberal (Bourdieu, pp. 19-29).

## Contratendencias

No basta con denunciar los excesos mistificadores de la retórica celebratoria de la globalización. Una evaluación sobria requiere observar los datos objetivos que exhiben los «capitalismos realmente existentes». Al efectuar esta sencilla operación se comprueba que los alcances reales de la «globalización» son mucho más modestos de lo que se pretende hacer creer a la opinión pública<sup>1</sup>. Aldo Ferrer apela a la sensatez cuando exhorta a recordar otros antecedentes fundamentales y a extraer de ellos sus consecuencias lógicas: más del 80% del producto mundial se destina a los mercados internos, y en consecuencia las exportaciones globales representan en conjunto algo menos del 20% de la producción mundial. Y si en lugar de los productos hablamos de los productores, entonces encontramos que 9 de cada 10 personas trabajan para los mercados de sus respectivos países. El tan publicitado «crecimiento vía exportaciones» (*export led growth*), que los ideólogos neoliberales promueven persistentemente, ignora un dato crucial de las economías desarrolladas: que en éstas el motor principal del crecimiento se encuentra en la satisfacción de la demanda originada en el dinamismo del mercado interno. Al contrario de lo que opinan los expertos del FMI y el BM, y a lo que hacen los gobiernos de América Latina, no existe ni un solo caso en la historia económica internacional que demuestre que el desarrollo haya sido alcanzado mediante la perversa combinación de auge exportador y mercados internos deprimidos, desempleo de masas y bajos salarios. La distancia que separa el discurso hegemónico de la globalización de la realidad –que no desinteresadamente repiten de forma machacona funcionarios, economistas satisfechos,

1. Hemos abordado algunos de estos aspectos en «Réquiem para el neoliberalismo» en *Periferias* año 2 N° 3, Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, Buenos Aires, 1997.

y gran parte de los «medios de desinformación de masas»— de la realidad es muy grande (p. 20). Es por eso que al examinar las cifras relativas a la «apertura comercial» se comprueba, no sin sorpresa, que entre 1913 y 1993 las economías de Francia, Japón, Holanda y el Reino Unido, lejos de haberse «abierto más» desde el punto de vista del comercio exterior, hicieron exactamente lo contrario: acentuar la importancia de sus respectivos mercados internos. El siguiente cuadro lo sintetiza con elocuencia:

Cuadro 1

**Proporción del total del intercambio comercial (importaciones más exportaciones) sobre el PIB de países seleccionados**

	1913	1993
Francia	35,4	32,4
Alemania	35,1	38,3
Japón	31,4	14,4
Holanda	103,6	84,5
Reino Unido	44,7	40,5
Estados Unidos	11,2	16,8

**Fuente:** Thompson, p. 163.

Sólo Alemania y EEUU avanzaron en la dirección de «abrir» cautelosamente sus economías a los flujos comerciales internacionales, mientras Japón, el éxito económico más significativo del siglo xx, hizo exactamente lo contrario, cerrando la suya en una proporción por encima del 50%. Tal como señalara Noam Chomsky en varios de sus escritos, tanto EEUU como el Reino Unido solo comenzaron a predicar las ideas neoliberales una vez que la ventaja competitiva alcanzada, luego de 150 años de políticas férreamente proteccionistas, se tornara inalcanzable para la abrumadora mayoría de los países. Otros aspectos de las relaciones económicas internacionales corroboran las conclusiones: solo en el Reino Unido, los activos y los pasivos externos de los bancos comerciales alcanzan una cifra cercana al 50% del total, y esto una vez más debido al peculiarísimo papel internacional desempeñado por la *City*. No puede dejar de recordarse que Londres es la plaza financiera más antigua, y que si bien el volumen de negocios transados en Tokio es superior, no ocurre lo mismo a la hora de evaluar la variedad y sofisticación de sus instrumentos de colocación (Chesnais, p. 258). En Francia, en cambio, la proporción de activos y pasivos externos desciende abruptamente hasta cerca de un 30%, llegando a casi un 15% en el caso de Alemania, un 10% para el Japón, y menos aún para EEUU. ¿Hasta qué punto pues se encuentra «globalizado» el sistema financiero de los países desarrollados? Pareciera que no en un grado demasiado significativo. Lo mismo cabe decir en relación con los fondos de pensión, que continúan siendo fenómenos económicos bastante poco expuestos a las vicisitudes de la «globalización». En Alemania solo un 3% de los mismos se hallan invertidos en el exterior, proporción que sube al 4% en EEUU,

al 5% en Francia, al 9% en Canadá, al 14% en Japón, y al 27% en el Reino Unido, por las razones arriba mencionadas. Como si lo anterior fuera poco, prácticamente no existen extranjeros en los directorios de las grandes empresas que manejan los fondos de pensión aludidos (Thompson, pp. 164-165). Por último, una rápida inspección de los datos comparativos sobre el gasto público reduce a una piadosa mentira la famosa consigna de producir el *roll back* del presupuesto público para regresarlo a las viejas épocas pre-keynesianas.

Estos datos demuestran cómo en los «capitalismos realmente existentes» el tamaño del Estado, medido por la proporción del gasto público total en relación con el PBI, no cesó de crecer. Lo que ocurrió en la década de los 80 fue una desaceleración en el ritmo de crecimiento del gasto público, y no, como aún pregonan los economistas del «establishment» financiero internacional, un radical desplome del mismo al estilo de lo que hemos venido padeciendo en América Latina (Boron 1997a, pp. 186-188 y 224-228). Una cosa es crecer más lentamente respecto de los extraordinarios índices de la posguerra y otra muy distinta que se produzca una reducción del tamaño del Estado. En síntesis, una mirada sobria a datos recientes producidos por el FMI, el BM o la OCDE (Organización para el Comercio y el Desarrollo Económico), revelaría que desde la década de los 80 la abrumadora mayoría de los Estados del Primer Mundo vio aumentar la participación del gasto público sobre el PBI, incrementar sus ingresos tributarios, acrecentar el déficit fiscal y la deuda pública, e inclusive, en no pocos casos, el empleo en el Gobierno. Al comenzar la década de los 90 la proporción de empleados públicos sobre el total de la población era del orden del 8,3% en Alemania, 9,7 en Francia, 8,5 en el Reino Unido, y 7,2 en EEUU, en contraposición a cifras cercanas al 3,5% para Brasil, 2,8 en Chile, y una cifra similar para la Argentina luego de la «reforma del Estado» puesta en práctica por el Gobierno de Menem, eufemismo para aludir a una salvaje política de despidos masivos financiada por el BM con

Cuadro 2

**Gastos totales de los gobiernos, 1970-1995  
(como % del PIB a precios de mercado)**

	1970	1980	1990	1995
Austria	39,2	48,8	49,3	52,7
Francia	38,9	46,6	50,5	54,1
Alemania Occidental	38,5	48,0	45,3	49,1*
Italia	34,2	41,9	53,2	53,5
Japón	19,4	32,6	32,3	34,9
Suecia	43,7	61,2	60,7	69,4
Reino Unido	37,3	43,2	40,3	42,5
Estados Unidos	31,6	33,7	36,7	36,1

\* Corresponde a la Alemania unificada

**Fuente:** Thompson, p. 167.

préstamos encaminados a recargar aún más el peso de la deuda externa (Calcagno/Calcagno, pp. 29-31). El problema de las economías latinoamericanas no radica en el tamaño de sus Estados o en la magnitud de su gasto público, sino precisamente en lo que, por comparación con las economías desarrolladas se revela como la raquítica constitución de los primeros y la crónica insuficiencia y debilidad del segundo.

Finalmente, quisiéramos concluir esta sección discutiendo otro elemento que fluye a contracorriente de las concepciones de uso común sobre la globalización: la creencia de que los principales actores de la escena económica global, las «mega-corporaciones» se han independizado de cualquier «base nacional». ¿Cómo reconciliar esta leyenda con las informaciones empíricas de nuestros días? Baste solo un ejemplo, Chomsky cita una encuesta efectuada por la revista *Fortune*, en donde las cien principales firmas transnacionales del mundo, sin excepción, declararon haberse beneficiado de una manera u otra con las intervenciones que realizaron en su favor los gobiernos de «sus países», y un 20% reconoció haber sido rescatado de la bancarrota gracias a subsidios y préstamos de diverso tipo concedidos por los gobernantes. Dados estos antecedentes, ¿qué sentido tiene seguir hablando de «empresas transnacionales» o «globales», o de la erosión y disolución de los «Estados nacionales»? (Chomsky; Kapstein). Sintetizando, la globalización existe como tendencia, pero sus efectos son «heterogéneos y desiguales», variando considerablemente según países, regiones y ramas de actividad económica. Sin embargo, sus dimensiones reales son mucho menores de lo que nos quiere hacer creer la interpretación neoliberal dominante y existen poderosas contratendencias que sería equivocado subestimar.

### **La economía neoclásica y el nuevo «fundamentalismo de mercado»**

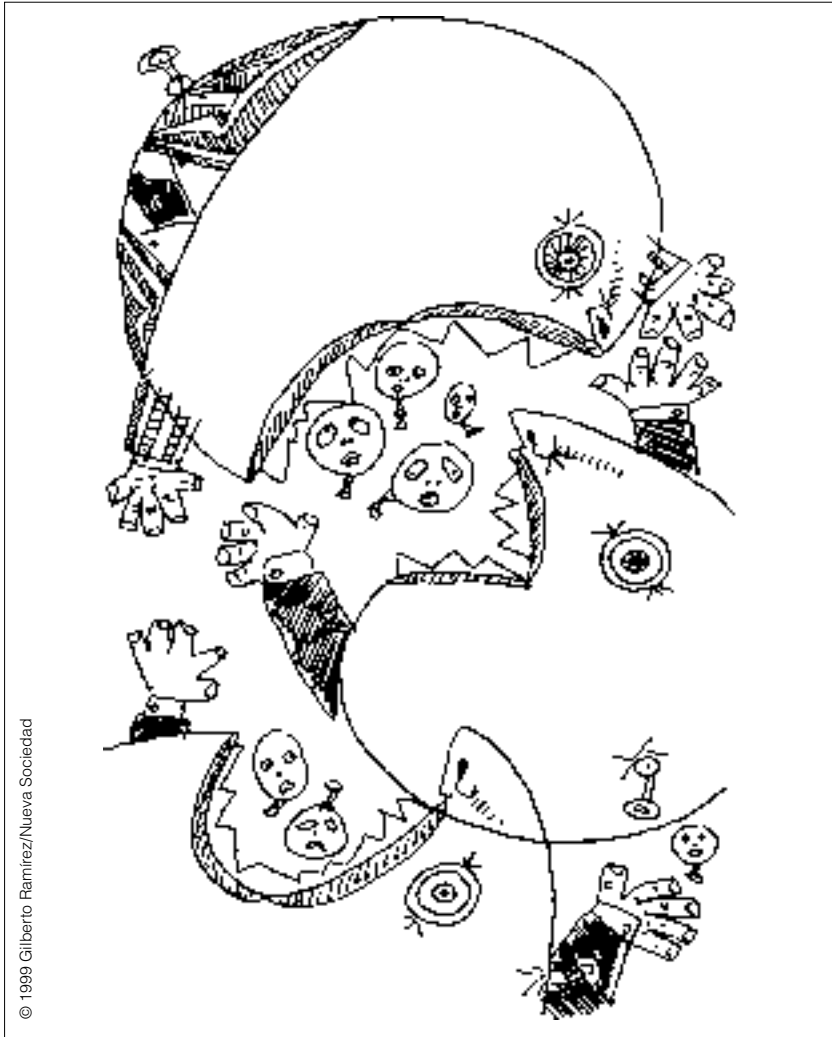
Uno de los síntomas más claros de la crisis terminal de la economía neoclásica es el fanatismo de sus cultores. Teóricos que han construido su reputación mundial oponiéndose en nombre de la libertad al supuesto «determinismo» del pensamiento marxista, ahora predicán con insólito fervor la inexistencia de alternativas. El principal propagandista del «pensamiento único» en el *New York Times*, lo dice con la tosquedad característica de la derecha norteamericana: «Hoy, solo hay vainilla de mercado libre o Corea del Norte... El mercado libre es la única alternativa ideológica que queda. Una sola vía, diferentes velocidades. Pero una sola vía» (Friedman, p. 25). Son muchos quienes en el pasado acusaron a los economistas liberales de «endiosar» a los mercados, a la vez que sin pudor alguno procedían a satanizar al Estado. Sin embargo, podría decirse, parafraseando a Emile Durkheim, que aquellas –las de Smith y Ricardo– eran formas elementales y comparativamente inofensivas de la vida religiosa. El culto a la globalización neoliberal, en cambio, mata. Muchos pagaron con sus vidas los desaciertos y los mitos de la economía neoclásica y la política económica por ella inspirada en América Latina, la ex-Unión Soviética y los países del Este europeo. Según un informe oficial, en la Argentina mueren 15.000 niños de entre 5 y 15 años de edad



por causa de enfermedades fácilmente curables si el Estado dispusiera de un presupuesto adecuado para salud pública (Secretaría de Programación Económica, p. 18). De acuerdo a lo divulgado en un reciente informe de la Unicef, en la Rusia de Boris Yeltsin la esperanza de vida de los varones se redujo en poco más de seis años entre 1989 y 1994 (p. 27). En México, luego de 15 años de políticas neoliberales, la estatura promedio de una muestra nacional de adolescentes mexicanos disminuyó en casi dos centímetros, un repugnante «milagro económico» de la economía de libre mercado (Laurell, p. 7). Pese a la contundencia de estos datos, Jeffrey Sachs sostiene que «todavía no hay un consenso acerca de los efectos de la economía globalizada sobre la distribución del ingreso dentro de los mercados avanzados y emergentes» (p. 107).

Ahora bien: ¿qué grado de seriedad tienen estos argumentos? Ninguna. John K. Galbraith, uno de los más importantes economistas de este siglo en una entrevista concedida al *Corriere della Sera* y reproducida por *Folha de Sao Paulo*, sostuvo que: «la globalización ... no es un concepto serio. Nosotros, los americanos, lo inventamos para disimular nuestra política de penetración económica en otros países» (pp. 2-13). El determinismo neoliberal persigue, como coincidentemente lo recuerda Amin, legitimar las estrategias del capital imperialista dominante. «La forma de la mundialización –añade– depende en definitiva y como todo lo demás de la lucha de clases» (1997b). Las mistificaciones no son entonces inocentes sino que contribuyen a desresponsabilizar a los gobiernos neoliberales y a las grandes megacorporaciones transnacionales de las nefastas consecuencias de sus políticas. El aumento del desempleo, la caída de los salarios reales, la concentración del capital, el derrumbe de los sistemas de salud y educación pública, son atribuibles a una conveniente nebulosa denominada globalización. Y como dice Hayek, si no hay nadie a quien atribuir responsabilidades tampoco tiene sentido hablar de justicia o injusticia: quién dice que un terremoto o una inundación son injustos, asegura, si nadie es responsable de su ocurrencia. Lo mismo sucede con los mercados.

Pero entonces, ¿cómo entender que en un mundo así «globalizado» y unificado los japoneses hayan tenido, hasta antes de su crisis y por un extenso periodo histórico, una tasa de desempleo del 3% y los argentinos una que oscila entre el 15 y el 18%; ¿por qué Alemania puede tener un mercado laboral muy regulado y ser competitiva mientras se aduce que Brasil «no es competitivo» por la supuesta rigidez de su mercado laboral?; ¿por qué los países «reformados» de América Latina saludan el advenimiento de la globalización liquidando sus sistemas estatales de seguridad social, mientras que un país como Singapur, muchísimo más integrado a los flujos del capitalismo globalizado que cualquiera de nuestra región, ha mantenido hasta la fecha un sistema estatal de seguridad social? Esto es así porque en realidad el impacto de la «globalización» está siempre mediado por las políticas públicas y la conducta de los gobiernos. Como bien lo observa José M. Gómez, los datos reales sobre el funcionamiento de la economía capitalista invalidan cualquier pretensión de «extraer conclusiones simplistas y, al límite, peligrosas



© 1999 Gilberto Ramírez/Nueva Sociedad

del tipo 'fin del Estado', o sobre la indiferenciación de situaciones nacionales o la superación de la idea de economía y proyecto nacional» (p. 22). En consecuencia, la noción de la desaparición de los Estados nacionales, o su incurable «impotencia» ante la fuerza arrolladora de la globalización, es un mito comparable a aquel que predica la evaporación de la geografía y el eclipse de los mercados nacionales. No respondió de la misma manera Corea del Sur, cuyo formidable desarrollo se dio en el marco de un sistemático aumento de los salarios reales en los últimos 20 años, que Argentina o Brasil, donde éstos se desmoronaron a partir de los 80. Más allá de sus dificultades actuales, ocasionadas en gran parte por la furia especulativa de los mercados y por la necesidad de «ajustar cuentas» con uno de los paladines de un modelo de desarrollo capitalista que se aleja significativamente de los preceptos del neo-

liberalismo, lo cierto es que Corea del Sur fue el único país que en el último medio siglo fue capaz de traspasar las fronteras que separan al subdesarrollo del desarrollo. Al revés de lo que aconteciera en América Latina, en Corea las ideas neoliberales siempre fueron consideradas como extravagancias ideológicas poco conducentes al buen manejo de la cosa pública. En suma, la experiencia demuestra que ante las tendencias supuestamente avasallantes de la «globalización» existe un considerable repertorio de respuestas nacionales que no necesariamente conduce al «dúmping social» o a las políticas antiobreras. Su impacto, que es indiscutible, siempre se encuentra mediado por las políticas públicas, el desempeño gubernamental, la acción de los grandes conglomerados económicos y la fuerza de los partidos y sindicatos, en una palabra, el activismo y la capacidad de movilización de la sociedad civil.

### **La globalización como «etapa superior» del imperialismo**

A finales del siglo xx, las tendencias y contradicciones de la economía capitalista internacional podrían sintetizarse, parafraseando a la clásica formulación leninista, diciendo que la globalización constituiría una nueva «fase superior» –y por ende más altamente evolucionada, penetrante, y abarcativa– del imperialismo, dotado ahora de inéditos poderes de desestructuración y reestructuración regresiva tanto de las arcaicas como de las más modernas formaciones sociales del capitalismo internacional. Sobradas evidencias comprueban que el predominio indiscutido de los monopolios apuntado por el revolucionario ruso en los años de la Primera Guerra Mundial, lejos de haberse agotado, se acentuó considerablemente, facilitado en gran parte por los nuevos desarrollos tecnológicos de nuestra época. En ese sentido, solo de manera metafórica podríamos hablar de una nueva «fase», dado que el antecedente fundamental del tránsito de la libre competencia al imperialismo, a saber, la hegemonía de los monopolios, no solo ha permanecido incólume sino que se ha acentuado extraordinariamente en la etapa actual. Tremenda paradoja: la realidad muestra que las economías latinoamericanas –y el caso argentino es un ejemplo notable– se encuentran mucho más sometidas a los dictados de las grandes empresas transnacionales, la banca internacional y los gobiernos extranjeros que en la década de los 60, cuando florecía la literatura sobre la dependencia. Sin embargo, como foco de un debate teórico-ideológico, el tema casi ha desaparecido.

Dos de los mayores estudiosos de la economía global, Paul Hirst y Grahame Thompson, han planteado la necesidad de distinguir cuidadosamente entre dos modelos de organización de la economía mundial: uno, la «economía internacional», y el otro, la «economía global». La primera es aquella en la cual los principales actores son las economías nacionales. La segunda se caracteriza por el hecho de que en ella las distintas economías nacionales se encuentran subsumidas y rearticuladas en un sistema de procesos y transacciones internacionales (pp. 7-13). La conclusión a la que llegan ambos autores luego de un medular estudio es que la economía mundial se encuentra aún muy lejos de ser una economía global. Según ellos, los teóricos de la

globalización han sido incapaces de demostrar que las fuerzas y los agentes supranacionales desempeñan un papel decisivo en la dinámica de la economía mundial. Se soslaya asimismo que en el pasado se registraron otros episodios de acelerada internacionalización de la economía, y que de ninguna manera resultaron en la imposición de una dinámica global al sistema; que las corporaciones transnacionales son relativamente pocas y que las realmente exitosas operan desde –y con la protección de– una base nacional en la cual se encuentran sólidamente arraigadas y protegidas; y por último, que las perspectivas de avanzar en la regulación de la economía mundial por la vía de la cooperación internacional, la formación de bloques comerciales y el desarrollo de nuevas estrategias nacionales que toman en cuenta la internacionalización, no están de ninguna manera agotadas. La conformación de la Unión Europea y la creciente coordinación de políticas macroeconómicas entre Europa, EEUU y Japón, son otras tantas pruebas que demuestran que la hora de una economía genuinamente «global» aún no ha llegado (pp. 195-196). Este diagnóstico es, en líneas generales, congruente con el elaborado por Linda Weiss cuando en sus análisis sobre la reestructuración industrial demuestra que «lejos de ser sus víctimas, los Estados ‘fuertes’ deben más bien ser considerados como facilitadores (o a veces, quizás, ‘perpetradores’) de la globalización» (p. 20). Los avances en la globalización de la economía capitalista han sido en gran parte consecuencia de políticas estatales que respondían a los intereses de las coaliciones dominantes de los países centrales, hegemónicas por el capital financiero. La desaforada desregulación y liberalización de las finanzas internacionales no fue un resultado «neutro», dependiente de los desarrollos tecnológicos y comunicacionales, sino la consecuencia directa del auge de los gobiernos neoliberales y de las políticas por ellos adoptadas en favor de las fracciones hegemónicas del capital. Como lo demuestra concluyentemente Weiss, la expansión internacional del capital financiero, industrial y comercial de Japón, Corea, Singapur, Taiwán, EEUU y Europa, lejos de ser un fenómeno microeconómico originado en el seno de las empresas, respondió a una estrategia política tendiente a reposicionar a estos países en el cambiante escenario económico internacional, y contó para estos efectos con toda la colaboración de los distintos órganos gubernamentales, desde el MITI en Japón hasta el Departamento de Estado en EEUU (Weiss, p. 23). La idea tan cara al ideario neoliberal de la «desaparición» del Estado-nación o de su creciente irrelevancia, carece de asidero empírico serio.

Las enseñanzas de la historia son, una vez más, aleccionadoras: en las fases anteriores de aceleración de la internacionalización de la economía, sobre todo en el periodo 1870-1914, llama la atención la ausencia de un discurso que a partir de tales procesos pronosticara, como escuchamos hoy día, la obsolescencia del Estado. Por el contrario, muchos de los modernos Estados nacionales fueron precisamente organizados o considerablemente robustecidos en esa época, como Alemania, Japón y EEUU. Otros, como el Reino Unido o la misma Alemania, establecieron en esos mismos años los cimientos del *welfare state*. Como bien observa Hirst, para ese momento nadie advertía la

existencia de una contradicción entre la acelerada internacionalización de los procesos económicos y la expansión del sector público y el gasto social, algo que en la actualidad constituye un artículo de fe para los neoliberales (p. 105). Esta conclusión es avalada en un trabajo realizado por Geoffrey Garrett, en el que se demuestra que no solo los argumentos actuales sobre la globalización no son nuevos en absoluto, sino que los dos periodos anteriores de acelerada globalización (finales del siglo XIX y la década del 70 de este siglo) coincidieron con la construcción de los Estados nacionales y la fuerte expansión del activismo estatal en materia económica. Garrett también comprueba que, contrariamente al discurso dominante, no existe evidencia alguna que permita sostener que la globalización ha impulsado en la OCDE una carrera hacia estándares neoliberales de formulación de políticas económicas, como apertura indiscriminada, flexibilización laboral, o liberalización financiera. Quienes persistieron en su fidelidad al legado keynesiano (obviamente *aggiornado*) y a las políticas intervencionistas, no fueron más afectados por la fuga de capitales que los gobiernos, como por ejemplo el británico, que abrazaron con ardiente pasión el credo neoliberal. En palabras del autor:

si un gobierno desea ... expandir la economía pública puede hacerlo (incluso puede aumentar los impuestos al capital para solventar los nuevos gastos) sin que ello afecte su competitividad comercial o estimule a los productores multinacionales a abandonar el país (p. 919).

Por consiguiente, como lo demuestra la experiencia de los países desarrollados, la efectividad del chantaje de las fuerzas del mercado tiene directa relación con la complacencia gubernamental. La raíz del problema no se encuentra por lo tanto en la globalización, sino en la respuesta que los gobiernos latinoamericanos están dando ante los desafíos que ésta plantea. Una respuesta dogmática y fundamentalista que busca legitimar una política de penetración y conquista de mercados por parte de las mega-corporaciones internacionales, penetración y conquista para las cuales se requiere de la entusiasta cooperación de los gobiernos anfitriones. Una complacencia gubernamental que avala, por sus actos tanto como por sus múltiples deserciones y el abandono de sus indelegables responsabilidades, el apocalíptico proyecto de reestructuración regresiva del capitalismo motorizado por el gran capital financiero internacional. Este proyecto, en caso de triunfar, no solo produciría un holocausto social a escala planetaria de proporciones incalculables –un universo de varios miles de millones condenados a condiciones infrahumanas de existencia, presionando cada vez con más fuerza sobre los dispositivos de seguridad de la minoría rica del planeta– sino que, además, afectaría irreparablemente la sustentabilidad ecológica de la vida en nuestro planeta.

## Bibliografía

- Amin, Samir: *Capitalism in the Age of Globalization*, Zed Books, London-Nueva Jersey, 1997a.  
Amin, Samir: *Capitalisme, imperialisme, mondialization*, presentado al seminario sobre «El

- neoliberalismo y las alternativas de la izquierda europea», University of Amsterdam, Amsterdam, 1997b, mimeo.
- Bairoch, Paul: *The Main Economic Aspects of Globalization in a Historical Perspective: Myths and Realities*, presentado al seminario sobre «Globalizaciones: dimensiones, trayectorias y perspectivas», Scasss, Estocolmo, 22-25/10/1998.
- Boron, Atilio A.: *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*, Oficina de Publicaciones del CBC, Buenos Aires, 1997a.
- Boron, Atilio A.: «La sociedad civil después del diluvio neoliberal» en Emir Sader y Pablo Gentili (comps.): *La trama del neoliberalismo*, Oficina de Publicaciones del CBC, Buenos Aires, 1997b.
- Bourdieu, Pierre: *Sobre la televisión*, Anagrama, Barcelona, 1997.
- Calcagno, Alfredo Eric y Alfredo Fernando Calcagno: *El universo neoliberal. Recuento de sus lugares comunes*, Alianza, Madrid/Buenos Aires, 1995.
- Castellina, Luciana: «La cultura macdonaldizada» en *Página / 12*, Buenos Aires, 1/6/97.
- Chesnais, François: *A Mundialização do Capital*, Xamá Editora, San Pablo, 1996.
- Chomsky, Noam: *Noam Chomsky habla de América Latina*, Editorial 21, Buenos Aires, 1998.
- Chomsky, Noam y Heinz Dieterich: *La sociedad global*, CBC/Liberarte, Buenos Aires, 1996.
- Drucker, Peter: «The Changed World Economy» en *Foreign Affairs* vol. 64 N° 4, 1986.
- Drucker, P.: «The Global Economy and the Nation-State» en *Foreign Affairs* 76/5, 1997.
- Featherstone, M.: «A globalização da complexidade. Pósmodernismo e cultura de consumo» en *Revista Brasileira de Ciências Sociais* N° 32, San Pablo, 1996.
- Ferrer, Aldo: *Hechos y ficciones de la globalización*, Academia Nacional de Ciencias Económicas, Buenos Aires, 1997.
- Friedman, Thomas L.: «La Guerra Fría era como el sumo» en *Página / 12*, Buenos Aires, 4/4/99, pp. 24-25.
- Galbraith, John K.: «Entrevista a John Kenneth Galbraith» en *Folha de São Paulo*, San Pablo, 2/11/97.
- Garrett, Geoffrey: «Mercados globales y política nacional: ¿colisión inevitable o círculo virtuoso?» en *Desarrollo Económico* vol. 38 N° 152, Buenos Aires, 1-3/1998.
- Gómez, José María: «Globalização da política. Mitos, realidades e dilemas» en *Praia Vermelha* vol. I N° 1, Río de Janeiro, 1997.
- Hirst, Paul: «Globalização: mito ou realidade?» en José Luis Fiori et al.: *Globalização: o fato e o mito*, Eduerj, Río de Janeiro, 1998.
- Hirst, Paul y Grahame Thompson: *Globalization in Question*, Polity Press, Cambridge, 1996.
- Kapstein, Ethan: «We Are Us: The Myth of the Multinational» en *The National Interest*, invierno 1991-1992.
- Laurell, Asa Cristina: *Social Policy Issues in Latin America*, presentado para la Conferencia sobre «Globalizations and Modernities: Experiences and Perspectives in Europe and Latin America», organizado por Clacso/Scasss/Fural, Buenos Aires, 28/6-1/7/1998.
- Leyes, Colin: «Monopolies and Globalization» en *Red Pepper* N° 25, Londres, 6/1996.
- Marx, Karl y Friedrich Engels: «Manifiesto del Partido Comunista» en Karl Marx y Friedrich Engels: *Obras escogidas en dos tomos*, Progreso, Moscú, 1966.
- Ramonet, Ignacio: «Los nuevos amos del mundo» en *Pensamiento crítico vs. Pensamiento único*, Debate, Madrid, 1998.
- Sachs, Jeffrey: «International Economics: Unlocking the Mysteries of Globalization» en *Foreign Policy* N° 110, primavera 1998.
- Soros, George: *The Crisis of Global Capitalism*, BBS, Public Affairs, Nueva York, 1998.
- Thompson, Grahame: «'Globalización' and the Possibilities for Domestic Economic Policy» en *Internationale Politik und Gesellschaft* N° 2, Bonn, 1997.
- Unicef: *Poverty, Children and Policy: Responses for a Brighter Future*, Florencia, 1995.
- Wallerstein, Immanuel: *The Politics of the World Economy. The States, the Movements and the Civilizations*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.
- Weiss, Linda: «Globalization and the Myth of the Powerless State» en *New Left Review* N° 225, Londres, 9-10/1997.
- Weiss, Linda: *The Myth of the Powerless State: Governing the Economy in the Global Era*, Polity Press, Cambridge, 1998.

# Globalización, representaciones sociales y transformaciones sociopolíticas

DANIEL MATO

**Basado en una investigación documental y de campo, este artículo analiza cómo en la actualidad la producción de representaciones sociales –de ideas de ‘identidad’, ‘sociedad civil’ u otras– por parte de actores sociales significativos se relaciona de diversas maneras con la participación de éstos en relaciones transnacionales con actores locales de otros países y con actores globales. Este hecho constituye una característica de los actuales tiempos de globalización y resulta significativo en sus diversas implicaciones.**

**E**n los actuales tiempos de globalización, la producción de representaciones sociales de ideas de ‘identidad’, ‘sociedad civil’ u otras de actores sociales significativos –por ejemplo organizaciones indígenas, cívicas, ambientalistas, etc.– se relaciona de diversas maneras con su participación en sistemas de relaciones transnacionales en los cuales intervienen también actores locales de otros países y actores globales<sup>1</sup>. Esto resulta significativo por diversas razones. Primero, porque estas representaciones juegan papeles clave en la orientación de las prácticas de algunos actores, como las relacionadas con ideas de identidad, etnicidad y ambiente, en organizaciones indígenas, e ideas de ciudadanía, democracia y sociedad civil en organizaciones cívicas. Segundo, porque actores globales como el Banco Mundial (BM), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Agencia Internacional para el Desarrollo, de Estados Unidos (AID), fundaciones y ONGs de diversos tipos basadas

---

DANIEL MATO: doctor en Ciencias Sociales; profesor titular de la Universidad Central de Venezuela, donde dirige el Programa Globalización, Procesos Culturales y Transformaciones Sociopolíticas del Centro de Investigaciones Posdoctorales; profesor visitante en varias universidades latinoamericanas y de Estados Unidos; su libro más reciente es *Crítica de la modernidad, globalización y construcción de identidades*, UCV, Caracas, 1995.

1. He analizado las características más resaltantes de estos tiempos de globalización en algunas publicaciones anteriores (v. p. ej., Mato 1995, 1996a, 1999b).

**Palabras clave:** globalización, identidades, pueblos indígenas, representaciones sociales, sociedad civil.

en EEUU y Europa occidental, promueven sus propias representaciones sociales y las orientaciones de acción asociadas a ellas desde posiciones de mayor fortaleza. Y porque además estas representaciones y orientaciones de acción responden ante todo a sus intereses institucionales y a las representaciones e intereses de ciertos grupos sociales en sus sociedades de origen. Tercero, porque estos actores globales promueven sus propias representaciones y orientaciones de acción no solo a través de sus relaciones bilaterales con actores locales, sino también de eventos y redes de trabajo con la participación de actores locales de varios países organizados en torno de ciertas representaciones. Esto no implica que tales actores adopten sin más las representaciones sociales que promueven los actores globales, sino que las elaboran en el marco de esas relaciones transnacionales; el resultado es que las representaciones que orientan sus acciones se vinculan de manera significativa, pero de formas diversas, con las de los actores globales. Si bien en ocasiones esto supone la adopción de ciertas representaciones y de las orientaciones de acción asociadas a ellas, en otras implica rechazo o resistencia, negociación o apropiación creativa. En fin, el estudio de casos verifica que las relaciones son ineludibles y que se establecen distintos tipos de relaciones entre las representaciones y orientaciones de acción de unos y otros actores.

Algunos eventos y redes de trabajo, globales y/o transnacionales, resultan altamente significativos porque son una derivación o a veces un estímulo para el desarrollo de importantes relaciones de trabajo entre actores globales y locales, desarrollo que, al igual que otras prácticas sociales, se sustenta en representaciones sociales específicas.

Para los propósitos de este artículo y de la investigación en la que se basa, definiré las ‘representaciones sociales’ de manera operativa –y sin pretensiones generalizadoras– como enunciados verbales, imágenes, o cualesquiera otras formulaciones sintéticas de sentido descriptibles y diferenciables, producidas por actores sociales como formas de percepción o simbolización de aspectos clave de la experiencia social. En tanto unidades de sentido, las representaciones sociales «organizan» la percepción de la experiencia, del mismo modo en que lo hacen por ejemplo las categorías analíticas. Podemos pensar en ellas como las palabras o imágenes «clave» dentro de los discursos de esos actores; son aquellas unidades que condensan sentido. Así, orientan y dan sentido a las prácticas sociales que esos actores desarrollan en relación con ellas, y son modificadas a través de tales prácticas. A efectos de este artículo lo importante es saber el papel que juegan las representaciones en la formulación de los programas de acción de ciertos actores sociales, y no el grado de generalización de las mismas en el contexto de grandes agregados sociales (sociedades nacionales, regionales, locales o poblaciones étnicamente autodefinidas)<sup>2</sup>. En el caso que nos ocupa, nos interesa además que estas re-

2. La conceptualización de la idea de representaciones sociales aquí esbozada es propia y surge de la reflexión sobre mis estudios de casos. Con ella no pretendo apegarme a alguna de las conceptualizaciones de esta idea ya establecidas, ni tampoco hacer una revisión crítica de ellas. La idea ha sido objeto de variados tratamientos por diversos autores. Dos hitos



presentaciones no solo dan sentido a las prácticas sociales de ciertos actores, sino que específicamente hacen posible el establecimiento de ciertas relaciones transnacionales y a su vez resultan modificadas por su propio desarrollo.

He venido estudiando la importancia de estos fenómenos con respecto a dos grandes tipos de redes y eventos transnacionales: los que se organizan en torno de representaciones de ideas de identidad, etnicidad y raza, y los que se articulan alrededor de representaciones de ideas de sociedad civil y ciudadanía. En las páginas siguientes comentaré brevemente algunos resultados de esas investigaciones para ilustrar la tesis principal de este artículo, ya enunciada en el primer párrafo.

### **Casos relacionados con representaciones de identidad, etnicidad y raza**

Uno de los focos de mi análisis sobre este tema ha sido el programa Cultura y Desarrollo (C&D) del Festival of American Folklife de 1994, de la Institución Smithsonian. Este programa fue organizado por el Smithsonian y la Inter-American Foundation (IAF), e involucró la participación de 18 organizaciones de siete países latinoamericanos: cuatro volcadas a brindar servicios para el desarrollo de base y 14 de pueblos indígenas dedicadas a establecer los derechos políticos y territoriales colectivos de sus pueblos, etnoturismo, etnoagricultura, artesanías, educación y comunicaciones. Cabe remarcar que lejos de la idea que pueda tenerse *a priori* de un evento, como acotado en el espacio y tiempo (la celebración pública en el verano de 1994 en Washington), este no fue el caso del que nos ocupa. Su preparación llevó más de un año de acciones específicas tanto de los organizadores globales como de los participantes locales; hay además numerosos ejemplos de lo duradero de algunos de sus efectos, como por ejemplo el establecimiento de relaciones de trabajo entre algunas de las organizaciones locales participantes, algunas iniciativas negociadas –durante los días del Festival– con varias ONGs transnacionales con sede en Washington DC, el BM, el BID, el Departamento de Energía de Estados Unidos, y comerciantes «alternativos» de artesanías y productos orgánicos, y la organización de un evento relacionado –el Encuentro Intercultural por el Desarrollo y la Identidad Plurinacional– en Quito en 1996, por algunas de las organizaciones participantes en el C&D apoyadas por las dos agencias estadounidenses involucradas. Mi análisis del C&D –basado en observación de campo, entrevistas e investigación documental– ilustra cómo representaciones sociales de cultura, raza, etnicidad, y en particular de éstas en relación con representaciones de ideas de ambiente, desarrollo sostenible y otras, fueron confrontadas, negociadas y producidas en el contexto de campos complejos de relaciones transnacionales. La co-producción o adopción adaptada de estas representaciones por los actores sociales implícitos fortalecen algunas racionalidades ya existentes en particular (mien-

---

bibliográficos destacados por su genealogía han sido la formulación de Durkheim sobre la idea de «representaciones colectivas», y la de Moscovici sobre «representaciones sociales».

tras otras resultan debilitadas) y proveen marcos para el desarrollo de formas de diferenciación y programas de acción asociados a éstas en términos de: derechos culturales, etnodesarrollo, estrategias transnacionales basadas en representaciones de una identidad racial transnacional compartida: la de los pueblos indígenas de América, etc.<sup>3</sup>.

En este sentido, pueden resultar ilustrativas las palabras de Manuel Ortega –dirigente emberá, pueblo indígena de la región del Darién (Panamá), en una entrevista que le hiciera en el marco del Festival, en julio de 1994:

[... nosotros estamos pidiendo un apoyo a cualquier organismo internacional ... porque a ese proceso de mapeo le falta dos etapas para terminar. Por eso nosotros esperamos alguien que financie, que alguien nos ayude a nosotros en ese sentido. Porque si nosotros dejamos eso, se van a perder muchas cosas en sectores indígenas, primero la botánica, la fauna silvestre, *la biosfera, la biodiversidad, el medio ambiente, la ecología*, ahí se va a perder mucho. Por eso nosotros queremos ... un apoyo ... porque la verdad es que somos pobres en ese sentido [financiero] pero ricos en la inteligencia y *ricos en recursos naturales* [énfasis mío].

Resulta interesante observar cuántas palabras de las que en años recientes han sido claves en la defensa de los pueblos indígenas de su derecho histórico a continuar ejerciendo control sobre sus territorios ancestrales –o bien recuperarlo– utilizó Ortega en esta breve respuesta. También es instructivo observar a cuáles recurrió. Notemos que no solo utilizó las más difundidas, sino incluso otras como biosfera y biodiversidad, de uso más especializado y que forman parte de jergas empleadas principalmente por especialistas. Según surgió en las entrevistas, Ortega incorporó estas expresiones a partir de sus intercambios con representantes de ONGs del exterior y con otras panameñas, que participan de intercambios con el exterior. Lo significativo de la incorporación de estas expresiones es que proveen sentido a ciertas políticas y prácticas sociales del pueblo emberá y sus organizaciones y orientan el establecimiento de alianzas.

Pero lo importante del caso es que el C&D no es un fenómeno aislado, sino que opera dentro de universos más amplios de representaciones y experiencias. Veamos el caso de un evento transnacional de otro tipo, también significativo. Se trata de la Primera Cumbre entre Indígenas y Ambientalistas, realizada en Iquitos (Amazonia peruana), en mayo de 1990, con la participación de la Coordinadora de Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (Coica), las cinco federaciones indígenas nacionales, que para la época la constituían Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Brasil, y numerosas organizaciones ambientalistas y otras no-gubernamentales que actúan transnacional y tendencialmente a nivel mundial, es decir son lo que denomino actores globales. Como resultado de este encuentro los participantes emitieron la Declaración de Iquitos, firmada por representantes de Greenpeace, Survival International, Cultural Survival, Conservation International, Oxfam-Ame-

---

3. He examinado otros aspectos del programa del C&D en publicaciones cuya lectura puede complementar lo aquí expuesto (Mato 1997a, 1998a).

rica, Fundación Ford, Inter-American Foundation, otras 17 organizaciones con sede en Europa y EEUU, y una organización conservacionista peruana. La declaración considera que «es necesario seguir trabajando en adelante como una alianza indígena y ambientalista por una Amazonia para la humanidad». En respuesta al «grave deterioro de la biosfera» la alianza establece acuerdos significativos con el objeto de lograr entre otras cosas «el reconocimiento de los Territorios Indígenas para que dichos pueblos desarrollen programas de manejo y conservación [del ambiente]», para lo cual es necesario «canalizar recursos técnicos y financieros». La Declaración también establece la creación de un Comité Coordinador que analizará y diseñará «las mejores estrategias para la defensa de la Amazonia Indígena» (Chirif/García/Chase, pp. 176-177).

Esta doble caracterización de «una Amazonia para la humanidad» y «la Amazonia Indígena» expresa convergencias y diferencias entre las dos partes de la alianza. Pero lo notable es que subyace a ambas una idea común: la Amazonia es una cuestión que no compete a los Estados ni a otros actores de las sociedades nacionales. Esta alianza global-local establecida en relación con una cierta representación del asunto, no es azarosa ni tampoco una traición de las organizaciones indígenas a las respectivas sociedades nacionales, como en ocasiones la han calificado los gobiernos de la región. Responde tanto a los intereses de los actores globales como a los de acorralados actores locales. Ante las actitudes de los gobiernos nacionales, que en el marco de una cierta representación de la idea de «desarrollo» han concedido permisos forestales y de explotación minera, causantes de importantes daños a la región que a su vez es hábitat de estos pueblos –cuya situación al mismo tiempo han ignorado en el marco de representaciones racistas inconfesadas–, dichos pueblos han optado por organizarse y relacionarse transnacionalmente para defender lo poco que les queda. El encuentro y la declaración resultan de años de negociaciones entre las partes, durante los cuales las organizaciones indígenas aprendieron que esas relaciones mejoraban sus posibilidades de negociar con los respectivos gobiernos. No en balde en 1989 la Coica produjo y difundió un documento titulado «Coica por el futuro de la Cuenca Amazónica», donde enfatizaba que las presiones de los gobiernos de algunos países industrializados y de instituciones financieras internacionales sobre los gobiernos de los países amazónicos habían forzado a estos últimos a adoptar algunas medidas de protección ambiental. Señalaba además que estas presiones se habían ejercido gracias al cabildeo realizado con antelación por organizaciones indígenas y ambientalistas para concluir así: «Paradójicamente lo que los indígenas y nuestras organizaciones habíamos planteado a nuestros gobiernos, en cada uno de los países amazónicos, tuvo que esperar a ser dicho en inglés para que fuera escuchado. Los gobiernos no escuchan habitualmente las voces indígenas, será porque no conocen nuestros idiomas» (pp. 11-12).

Tanto accionar global de organizaciones locales –produciendo lo que podríamos llamar una globalización ‘desde abajo’– no proviene tan sólo de sus pro-

pías iniciativas, como si estas estuvieran «flotando en el aire». Ni siquiera se debe solamente a las de los agentes globales ya mencionados, o a las de otros semejantes. Esta globalización desde abajo es, también, y al menos en parte, una respuesta a otros procesos globalizantes que podríamos considerar parte de una globalización desde arriba. En efecto, estos actores locales integran sociedades nacionales fundadas y fundamentadas en representaciones de identidades nacionales que han venido legitimando la represión de diferencias intranacionales<sup>4</sup>. Además, estos gobiernos han adoptado últimamente análogos programas de ajuste estructural, lo cual se relaciona con ciertos procesos globalizantes que involucran las prácticas de estos y otros gobiernos, así como las de empresarios nacionales, corporaciones transnacionales, el BM y el FMI. Estos esquemas incluyen programas más específicos y políticas de reducción y descentralización del Estado, y de «alivio de la pobreza» —que entre otras cosas han motivado la creación de numerosas organizaciones étnicas y locales—, y las prácticas transnacionales de estas organizaciones, ya sea como reacción de organización y defensa de los intereses de grupos de población, o como producto de iniciativas explícitas del BM, otros agentes globales, y los respectivos gobiernos nacionales, en busca de contrapartes con quienes ejecutar sus propios programas y políticas<sup>5</sup>.

Como lo ilustran diversos estudios, numerosas organizaciones indígenas están desarrollando iniciativas políticas y económicas en respuesta a esa globalización desde arriba, e impulsando proyectos políticos y económicos basados en su *peculiaridad cultural*. Mis investigaciones en marcha permiten apreciar cómo estas representaciones de peculiaridad cultural son producidas en el contexto de complejos sistemas de relaciones con una amplia gama de actores sociales nacionales (es decir, que forman parte de la misma sociedad nacional que estas organizaciones) y con un espectro diverso de organizaciones del exterior, que pueden ser locales, o bien actores globales tan diversos como redes de comercialización de artesanías, organizaciones ambientalistas y de defensa de los derechos indígenas, fundaciones privadas, el BM, el BID y las agencias gubernamentales de EEUU, Canadá y varios países de Europa occidental (v. por ej., Brysk; Carr et al.; Conklin/Graham; Mato 1997a, 1997b, 1998; Rogers).

### **Casos relacionados con representaciones de sociedad civil y ciudadanía**

Desde las luchas del sindicato Solidaridad y otros movimientos sociales que a partir de la década del 70 se desarrollaron en Europa oriental, se ha venido produciendo una ola mundial de procesos de (re)organización de la llamada sociedad civil. Esta oleada comprende también importantes procesos en numerosas sociedades latinoamericanas. Más allá de la innegable importancia

---

4. He tratado más ampliamente el tema de la construcción de representaciones de identidades y diferencias en otras publicaciones (Mato 1994, 1995, 1996b, 1997b, 1999c).

5. He argumentado más extensamente sobre estos asuntos y presentado algunos ejemplos en otra publicación (Mato 1996a).

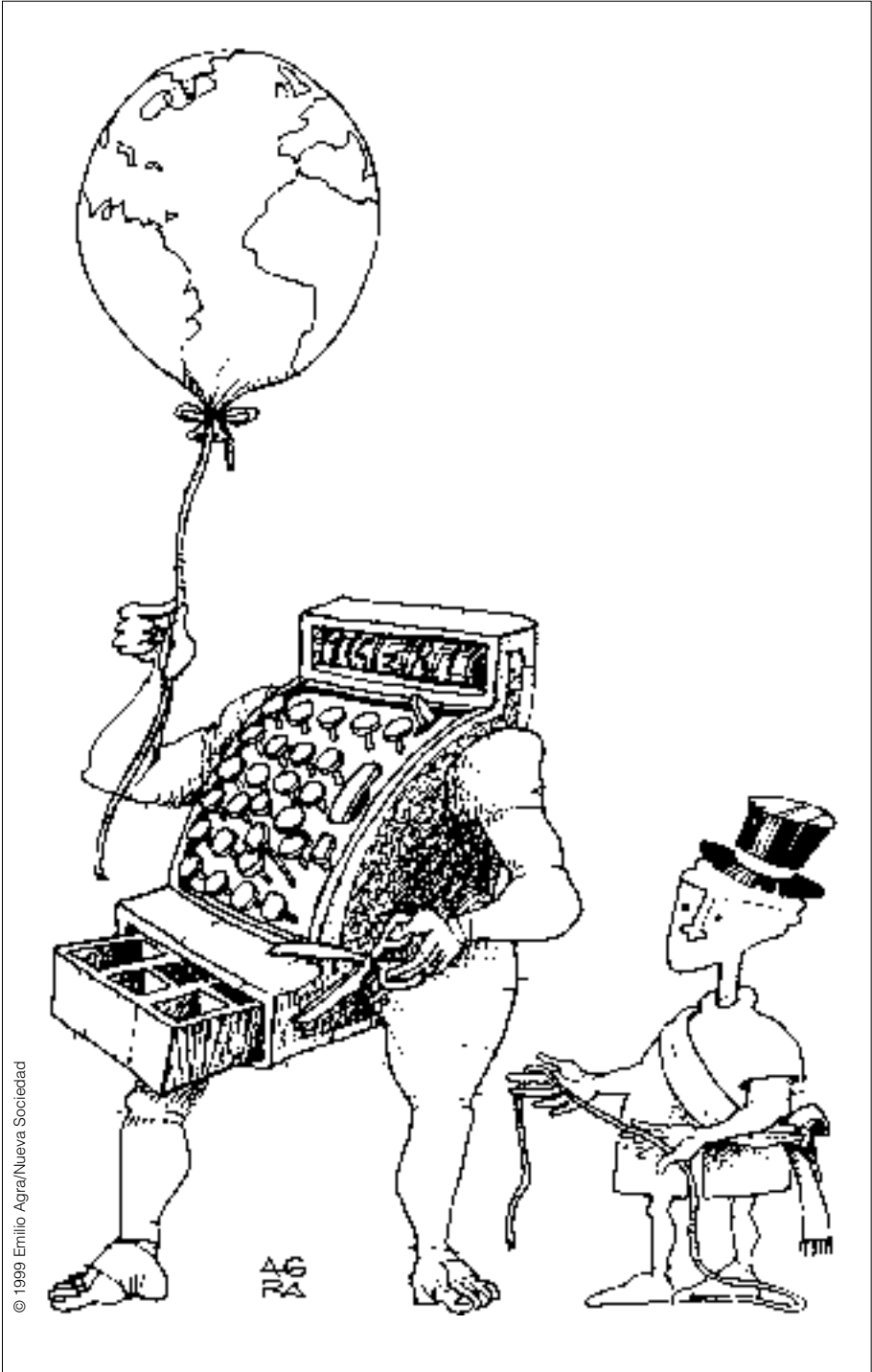
de factores internos a cada una de las sociedades involucradas, y más allá de que nociones de 'sociedad civil' integraban el vocabulario de algunos movimientos de izquierda desde décadas anteriores, fue recién con el fin de la Guerra Fría que representaciones de esta idea comenzaron a ser utilizadas por un número creciente de organizaciones de países latinoamericanos, que de manera paulatina se han ido vinculando transnacionalmente entre sí y con los actores globales que las promueven.

En tal sentido, es posible observar la influencia de una variedad de actores globales –como por ejemplo el BID, el BM, el PNUD, la Fundación Friedrich Ebert de Alemania, varias organizaciones de EEUU como la AID, el National Democratic Institute (NDI), y el National Republican Institute. Estos actores han venido promoviendo programas de fortalecimiento de la sociedad civil y de organizaciones cívicas en la región. Estos actores también han organizado o apoyado eventos y redes de trabajo transnacionales –algunas de alcance global, otras regional– que vinculan las prácticas de numerosos actores globales y locales. Estas redes y eventos se han constituido en espacios de intercambios, aprendizajes, co-producción y disputas en torno de diversas representaciones sociales de la idea de sociedad civil.

Un ejemplo de la importancia de algunos eventos de alcance global lo constituye el caso del encuentro «Civitas Prague 1995: Strengthening Citizenship and Civic Education. East and West» que se realizó en esta ciudad con la intervención de más de 400 participantes de 52 países, incluyendo dos latinoamericanos. Notablemente, el encuentro fue concebido por siete organizaciones de EEUU y financiado en buena medida por el Departamento de Educación y la Agencia de Información de Estados Unidos (USIA) (Civitas, p. 2). La realización de este encuentro no solo permitió crear una red transnacional de activistas en educación cívica, sino que además permitió llevar a cabo un evento semejante en Buenos Aires en 1996, que se denominó Civitas Panamericano, preparado por la organización cívica argentina Conciencia, con el patrocinio de la USIA y otras instituciones estadounidenses, que condujo a su vez al establecimiento de una red latinoamericana de educación cívica.

Otro evento importante de alcance latinoamericano fue el Encuentro de Fortalecimiento de la Sociedad Civil, organizado por el BID en Washington en 1994, que contó con la presencia de miembros tanto de organizaciones y gobiernos de América Latina como de varios actores globales. Significativamente, en el Reporte del encuentro se afirma que aunque el fortalecimiento de la sociedad civil es en lo fundamental un proceso social doméstico, es necesario que sea fortalecido por la comunidad internacional (p. 3). La importancia de este evento resulta evidente al considerar la experiencia de algunos dirigentes de organizaciones cívicas de la región. Por ejemplo, según me explicó María Rosa de Martini, vicepresidenta de Conciencia:

[Antes hablábamos de] *asociaciones voluntarias; no-gubernamentales* empezó a llamarlas Naciones Unidas ... *sociedad civil*, hubo un seminario organizado por el BID en Washington



en 1994 ... [que] fue muy importante. ... Nosotras [todavía hablábamos de] *organizaciones no-gubernamentales*, y cuando yo volví [de ese seminario del BID] me acuerdo haber estado acá en la reunión de la comisión directiva y decirles bueno, la nueva cosa es el *fortalecimiento de la sociedad civil* [entrevista del 16/9/97].

Los eventos de este tipo producen efectos que no se limitan a una cuestión de vocabulario, sino que tienen consecuencias en la acción. Según me explicó María Rosa de Martini lo importante de la denominación 'sociedad civil' —que le resultaba novedosa— es que ha permitido visualizar más y más lo que ella desde entonces denominaría «el sector», lo cual a su vez ha hecho posible construir alianzas, formular políticas y elaborar y ejecutar proyectos de formas que antes no era posible.

Pero no solo a través de eventos globales o regionales se producen y circulan representaciones de la idea de sociedad civil. Los eventos aquí comentados son posibles porque existen ciertas redes de trabajo más estables, que a su vez se consolidan y desarrollan de este modo y que adquieren importancia por los intercambios que de manera más permanente vehiculan. Por ejemplo Andrés Cova, miembro del consejo directivo de la venezolana Escuela de Vecinos, en una entrevista explicaba que sus ideas acerca de la sociedad civil habían sido afectadas por los intercambios con organizaciones del exterior. Consultado explícitamente sobre la importancia de esos tipos de contactos respondió:

Por supuesto, para comenzar el propio hecho de hablar de *sociedad civil*. Nosotros no hablábamos de *sociedad civil* antes de los 90. En Venezuela *sociedad civil* es una expresión de los 90. Antes de 1990, o 1991, no hablábamos de *sociedad civil*, sino de *no-gubernamental* [entrevista del 6/2/97].

Otro caso de la experiencia venezolana que muestra la importancia de las relaciones transnacionales es la conceptualización de la experiencia del Grupo Social Cesap (Centro al Servicio de la Acción Popular). Esta organización, fundada hace más de 25 años, posee un nombre articulado en torno de la idea de lo popular. Además durante 18 años esta noción actuó como articuladora indiscutible de su discurso y acción. No es accidental que desde hace unos 10 años el Cesap haya incorporado a su vocabulario institucional las expresiones 'gente' y 'sociedad civil', que han ido desplazando de manera gradual a la idea de pueblo. Notablemente esta reflexión no es mía, sino del padre Armando Janssens, presidente fundador del Cesap, quien para el momento de la entrevista (febrero de 1997), me explicaba que este cambio se relacionaba en primer lugar con la incorporación del vocablo 'sociedad civil' al contexto de la sociedad venezolana, y en segundo lugar a los intercambios del Grupo Social con organizaciones de otros países.

Respecto de los modos de incorporación de la idea de sociedad civil al vocabulario público de algunos países latinoamericanos, resulta interesante considerar las reflexiones de Silvia Uranga, presidente de esta organización, quien me explicó cómo había incorporado a su vocabulario la idea de sociedad civil:

Hará cinco años más o menos. ... Por lo general haces proyectos con fundaciones extranjeras, etc., entonces ya te empiezan a hablar, y como que empieza un código, o, como que empiezas a nombrar las cosas de diferente forma. Te digo que nosotros empezamos a hablar de sociedad civil y nadie nos entendía nada. O sea que le teníamos que mandar a nuestras sedes [de todo el país] nuestro mensaje y te lo discutían. Pero lo bueno es cómo ha demostrado que es un sector importante. O sea que el término ha ayudado también a poderlo circunscribir, a definir algo que no lo estaba [entrevista del 16/9/97].

A propósito de la incorporación de la idea de sociedad civil al vocabulario público en Argentina, también consulté a Roberto Saba, director ejecutivo de la organización cívica Poder Ciudadano:

Yo conozco gente que hoy es protagonista en Argentina en el tema de sociedad civil, que hace unos siete años me preguntaba qué es la sociedad civil. Y hoy está en el lenguaje cotidiano. ... El término sociedad civil ... se asocia mucho por ejemplo, pero creo que mal, con ONGs. O sea [se asume erróneamente que] el grupo de ONGs forma la sociedad civil. Cuando viene el Banco Mundial, o el BID, a estimular el desarrollo de la sociedad civil buscan con qué ONG trabajar. Y creo que sociedad civil es un concepto más antiguo y tiene que ver con una ciudadanía educada, activa, participativa que busca los canales para hacer todo esto en organizaciones. Pero las organizaciones no son la sociedad civil. La sociedad civil la forma la sociedad que ha logrado pasar de ser un grupo de individuos privados a compartir algún ideal público y común. ... Me parece que el tema del financiamiento es muy importante. En el nacimiento de estas organizaciones hay mucha influencia internacional, positiva, no soy de los que creen que hubo una gran conspiración. Creo que hay felices coincidencias. Creo que hay como cruces de rutas. ... A mediados de los 80 es cuando empieza a venir por algún lugar esta idea de sociedad civil. Después se mezcla con otro concepto que también viene de afuera, que es el tercer sector, o el sector independiente, ... empieza a confundirse sociedad civil con tercer sector (entrevista del 18/9/97).

Pienso que las declaraciones de Saba ilustran claramente la importancia del papel de algunos actores globales en la incorporación y establecimiento de la idea de sociedad civil al vocabulario público de una sociedad nacional latinoamericana, así como algunos de los atributos de sentido con que ha sido insertada, y en especial la asociación de las ideas de sociedad civil, ONGs y tercer sector<sup>6</sup>.

## Comentarios finales

Lo expuesto ilustra cómo en estos tiempos de globalización la producción de representaciones sociales por parte de actores sociales significativos —como por ejemplo organizaciones indígenas, cívicas, ambientalistas, etc.— se relaciona de diversas maneras con su implicación en sistemas de relaciones transnacionales de los que participan también actores locales de otros países y actores globales. Asimismo permite observar cómo los actores globales no solo promueven sus propias representaciones y orientaciones de acción a través de sus relaciones bilaterales con actores locales, sino también de la promoción de eventos y redes de trabajo entre actores locales de varios países organizados en torno de ciertas representaciones. Todo esto no implica que esos actores adopten sin más las representaciones sociales que promue-

6. He tratado otros casos de estudio y otros aspectos de los aquí presentados en publicaciones cuya lectura puede resultar complementaria (Mato 1997c, 1997d, 1999a).



ven los actores globales, sino que las elaboran en el marco de esas relaciones transnacionales. Así resulta que las representaciones que orientan sus acciones se vinculan de manera significativa, pero de formas diversas, con las de los actores globales. Si bien en ocasiones esto implica la adopción de ciertas representaciones y de las orientaciones de acción asociadas a ellas, en otras significa rechazo o resistencia, en otras negociación, en otras apropiación creativa. En fin, el estudio de casos verifica tanto que las relaciones son ineludibles, como que se establecen distintos tipos de relaciones entre estas representaciones y orientaciones de acción.

Conviene aclarar que mi aproximación de ninguna manera sugiere que existiría algún tipo de conspiración de actores globales para promover ciertas representaciones sociales, ni tampoco que los actores locales involucrados estarían jugando papeles meramente pasivos en estos procesos. No se trata de eso. Se trata —y es el sentido general de la investigación de la cual surge este artículo— de analizar cómo la producción de ciertas representaciones sociales que juegan papeles relevantes en tanto articuladoras de sentido de las prácticas de organizaciones y movimientos sociales se configura variadamente según las relaciones transnacionales entre actores locales y globales. Y se trata de examinar cómo ocurre esto sobre la base de estudios de casos<sup>7</sup>.

## Referencias

- Agudo, Ximena: «La negociación del tiempo, del espacio y del poder en tiempos de globalización» en D. Mato, X. Agudo e I. García (coords.): *América Latina en tiempos de globalización II: procesos culturales y cambios sociopolíticos*, Unesco-Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1999.
- BID-InterAmerican Development Bank: *Summary Report of the Conference on Strengthening Civil Society*, Washington, 1994.
- Brysk, Alison: «Acting Globally: Indian Rights and International Politics in Latin America» en Donna Lee Van Cott (ed.): *Indigenous Peoples and Democracy in Latin America*, St. Martin's Press, Nueva York, 1994, pp. 29-53.
- Carr, Thomas, Heather Pedersen y Sunder Ramaswamy: «Rain Forest Entrepreneurs» en *Environment* 35(7), 1993, pp. 13-15 y 33-38.
- Chirif Tirado, Alberto, P. García H. y R. Chase S.: *El indígena y su territorio son uno solo*, Coica-Oxfam America, Lima, 1991.
- Civitas: *Strengthening Citizenship and Civic Education, East and West: Conference Proceedings*, Civitas, Praga, 1995.
- Coica: «La C.O.I.C.A. por el futuro de la Amazonia», Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica, Lima, 7/1989, mimeo.
- Conklin, Beth y Laura Graham: «The Shifting Middle Ground: Amazonian Indians and Eco-Politics» en *American Anthropologist* 97(4), 1995, pp. 695-710.
- Durkheim, Emile: *Les formes élémentaires de la vie religieuse* [1912], PUF, París, 1968.
- Escobar, Arturo: *La invención del desarrollo*, Norma, Bogotá, 1996.
- González, Humberto: «Las políticas neoliberales y los nuevos movimientos e identidades sociales en México» en D. Mato, M. Montero y E. Amodio (coords.): *América Latina en tiempos de globalización*, Unesco-ALAS-UCV, Caracas, 1996, pp. 99-116.

7. Otros autores han analizado procesos semejantes a los examinados, algunos partiendo de las mismas categorías analíticas, pero todos ilustran sobre estas clases de procesos (por ej., Agudo; Conklin/Graham; Escobar; González; Pérez Prado; Rogers; Yúdice 1995, 1999; Zghal/Ouederni)

- Mato, Daniel: «Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe» en D. Mato (ed.): *Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*, Unesco-Nueva Sociedad, Caracas, 1994, pp. 13-28.
- Mato, Daniel: *Crítica de la modernidad, globalización y construcción de identidades en América Latina y el Caribe*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1995.
- Mato, Daniel: «Globalización, procesos culturales y cambios sociopolíticos en América Latina» en D. Mato, M. Montero y E. Amodio (coords.): *América Latina en tiempos de globalización*, Unesco-ALAS-UCV, Caracas, 1996a, pp. 11-47.
- Mato, Daniel: «On the Theory, Epistemology, and Politics of the Social Construction of 'Cultural Identities' in the Age of Globalization: Introductory Remarks to Ongoing Debates» en *Identities* 3(1-2), 1996b, pp. 61-72.
- Mato, Daniel: «Culturas indígenas y populares en tiempos de globalización» en *Nueva Sociedad* N° 149, 5-6/1997a, pp. 100-113.
- Mato, Daniel: «On Global-Local Connections, and the Transnational Making of Identities and Associated Agendas in Latin America» en *Identities* 4(2), 1997b, pp. 167-212.
- Mato, Daniel: «Towards a Microphysics of the Transnational (Re)Organizing of Latin American Civil Societies in the Age of Globalization» en *Organization* 4(4), 1997c, pp. 506-514.
- Mato, Daniel: «A Research Based Framework for Analyzing Processes of (Re)Construction of 'Civil Societies' in the Age of Globalization» en J. Servaes y Lie Rico (eds.): *Media & Politics in Transition: Cultural Identity in the Age of Globalization*, ACCO Publishers, Lovaina, 1997d, pp. 127-140.
- Mato, Daniel: «Culture, Development, and Indigenous Peoples in the Age of Globalization: The 1994 Smithsonian's Folklife Festival and the Transnational Making of Representations» en *Cultural Studies* 12(2), 1998, pp. 193-209.
- Mato, Daniel: «Prácticas transnacionales, representaciones sociales y reorganización de las sociedades civiles en América Latina» en D. Mato, X. Agudo e I. García (coords.): *América Latina en tiempos de globalización II: procesos culturales y cambios sociopolíticos*, Unesco-Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1999a.
- Mato, Daniel: «Sobre la fetichización de la 'globalización'» en Tosca Hernández (coord.): *Las ciencias económicas y sociales: reflexiones de fin de siglo*, CEAP-Faces-UCV, Caracas, 1999b.
- Mato, Daniel: «Global and Local Agents and the Social Making of Representations of the Identities of Indigenous Peoples in Latin America» en Göran Therborn (ed.): *Globalizations and Modernities. Experiences and Perspectives from Latin America and from Europe*, Swedish Research Council, Estocolmo, 1999c.
- Moscovici, Serge: *El psicoanálisis, su imagen y su público* [1961], Huemul, Buenos Aires, 1979.
- Pérez Prado, Luz Nereida: «Sueños globales, oportunidades locales: conmoción de identidades de género en la Tierra Caliente de Michoacán» en D. Mato, M. Montero y E. Amodio (coords.): *América Latina en tiempos de globalización*, Unesco-ALAS-UCV, Caracas, 1996, pp. 201-212.
- Rogers, Mark: «Beyond Authenticity: Conservation, Tourism, and the Politics of Representations in the Ecuadorian Amazon» en *Identities* 3(1-2), 1996, pp. 73-125.
- Yúdice, George: *Globalización de la cultura y nueva sociedad civil*, Cipost-Faces-UCV, Cátedra de Estudios Avanzados N° 1, Caracas, 1997.
- Yúdice, George: «Redes de gestión social y cultural en tiempos de globalización» en D. Mato, X. Agudo e I. García (coords.): *América Latina en tiempos de globalización II: procesos culturales y cambios sociopolíticos*, Unesco-Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1999.
- Zghal, Abdelkader y Ahmed Iadh Ouederni: «Les enjeux politiques et épistémologiques de la réactivation et de la circulation transsociétale et transculturelle du concept de société civile» en: Abdelkader Zghal y Ahmed Iadh Ouederni (eds.): *Social Knowledge: Heritage, Challenges, Perspectives. Questions from Arab Societies*, International Sociological Association Arab Regional Conference, Hammamet (Túnez), 1997, pp. 13-29.

# La política en tiempos de la globalización

FERNANDO MIRES

**La palabra globalización se ha convertido en un concepto múltiple, que remite tanto al fetichismo académico como a las modas intelectuales. También a veces describe procesos complejos, que sin embargo no parecen tan novedosos como se supone deberían ser. Alrededor del papel del Estado, la economía, la política y la desigualdad internacionales, la globalización plantea los mayores desafíos ideológicos de nuestro tiempo.**

La globalización en primer lugar es una palabra. En las ciencias sociales no tenemos otra alternativa que trabajar con palabras que a la vez significan conceptos. Por esa razón suele suceder que, en ocasiones, procedemos con los conceptos como si fueran cosas. La verdad es que en pocos lugares como en el mundo de la academia estamos más cerca de caer en la tentación que surge del fetichismo de los conceptos. Este fetichismo opera cuando en lugar de actuar como significante, el concepto se apropia del espacio del significado y él mismo se constituye como significado. Por eso es que no está de más comenzar este ensayo con la pregunta: ¿Qué es globalización?

## Ideas y palabras

Las respuestas a la pregunta, como es frecuente, serán múltiples. Pero tiene que haber alguna razón por la cual casi todos los científicos sociales se han puesto de acuerdo para hablar de globalización, y casi al unísono; debe haber ocurrido algo muy nuevo e inesperado para que haya sido necesario recurrir a un concepto tan absoluto y total. ¿O se trata de una simple palabra de moda? La pregunta no es inoportuna. A veces alguien inventa por casualidad un concepto, que después alguien más «importante» lo asume y lo divulga. Quizá escriba un libro que por razones no siempre explicables tenga éxito en el mercado, de modo que el concepto logrará imponerse y se harán cursos y

FERNANDO MIRES: politólogo y sociólogo chileno; profesor en el área de Política Internacional en la Universidad de Oldenburg, Alemania; autor, entre otros libros, de *El orden del caos* (1995), *La revolución que nadie soñó* (1996), *El malestar en la barbarie* (1998), Nueva Sociedad, Caracas.

**Palabras clave:** globalización, pensamiento social, economía.

seminarios acerca de su significado. Y de ahí probablemente aparecerán proyectos y programas de investigación que serán incluso transportados a los informes de algún instituto. Así ha ocurrido con conceptos como posmodernidad, por ejemplo, que surgió de un discurso sobre arquitectura, y terminó inundándolo todo, tal como hoy ocurre con la noción de globalización, que al parecer salió de un artículo periodístico acerca de la microelectrónica. Pero para que una idea se convierta en palabra es necesaria una idea, la que a su vez existe en otras palabras. En el caso de la idea de la globalización, existía antes de que encontrara su actual palabra. A partir de ese juego de ideas y palabras se explica una discusión que tuvo lugar entre dos académicos. Uno sostenía que la globalización, tal como es entendida por muchos economistas –esto es, como globalización puramente económica– comenzó con Cristóbal Colón. El otro afirmaba, en cambio, que la globalización comenzó con Marco Polo. Por lo tanto, el concepto no parecía para ambos ser demasiado reciente.

Aquello que se encontraba presente en esa curiosa discusión era la idea de que el capitalismo siempre había tendido a la globalidad. El colonialismo europeo no solo habría sido una causa del desarrollo del capitalismo, en eso estaban de acuerdo ambos académicos, sino que también su resultado, de modo que la tendencia hacia la globalización sería propia del desarrollo capitalista. Siguiendo el hilo de esa argumentación, la globalización tendría dos significados: uno tendencial, inscrito en la propia «lógica del capital»; otro descriptivo, que da cuenta del actual «estadio» del desarrollo capitalista. La tendencia inscrita en la lógica del capital se habría desarrollado, en nuestros días, hasta alcanzar su último momento: el de la globalización. La historia del capitalismo habría culminado, pues ese capitalismo no puede seguir avanzando habiendo cubierto toda la esfera de su realización: el globo. El capitalismo sólo puede seguir avanzando hacia Marte o Júpiter; aquí, en esta Tierra, ya no puede hacerlo más; está globalizada. Quizás deba señalarse que los dos académicos que discutían provienen de una tradición marxista. Y si hay una teoría que se haya ocupado minuciosamente del análisis del capitalismo como sistema «económico», esa es sin duda el marxismo. Y es obvio; si no hubiera existido el capitalismo no habría existido el marxismo, ya que en esencia el marxismo, por lo menos en la forma como fue históricamente construido, es un análisis del capitalismo, en función, por cierto, de su superación. Pero por esa misma razón si el objeto del marxismo ha sido el capitalismo, también se puede sostener a la inversa que, la construcción teórica del capitalismo es, en gran medida, una producción del marxismo.

### **La larga marcha ideológica de la globalización**

Incluso podría decirse que la idea de la globalización ya estaba contenida en el Manifiesto Comunista. En el sinfónico estilo que utilizó Marx para componer su melodía, nos es relatada una odisea del capital que transformado en *capital-ismo*, avanza sin cesar a lo largo del planeta, apoderándose de todas sus riquezas y recursos, revolucionando modos de vida, destruyendo arcaicas tradiciones y, sobre todo, portando consigo la promesa de su superación a

partir de esa criatura del Capital que es el Proletariado. En algún momento, el capitalismo, totalmente globalizado, se estrellará consigo mismo, como consecuencia del (supuesto) conflicto que se da entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción; de ese conflicto surgirá el socialismo o comunismo, que es a su vez, para Marx, el comienzo de la historia, siendo el capitalismo, el fin de la prehistoria (Marx/Engels, t. 4, p. 482). La expansión capitalista, en la concepción darwinista de Marx es históricamente necesaria y, por lo tanto, cumple una función revolucionaria. ¿Qué importan los desastres y catástrofes que se producen en su avance globalizador?; lo que importa es su tarea histórica, que, de manera evidente, fascinaba a Marx, hasta el punto que, en un arranque de entusiasmo, disculpó, en nombre de la historia, los crímenes que cometían los ingleses en la India y en China (ibíd., t. 9, pp. 127-128), disculpando de paso, y sin saberlo, los crímenes que en nombre del propio Marx, cometería años después Stalin, al intentar desarrollar las fuerzas productivas en Rusia, para «alcanzar» al capitalismo.

Sólo desde la perspectiva de un capitalismo que por sobre intereses nacionales tiende a la globalización es coherente la consigna que propuso Marx en el Manifiesto: «Proletarios del mundo, uníos». Pese a su ofensivo esplendor, el llamado tiene un carácter más bien defensivo. El internacionalismo del proletariado fue para Marx antes que nada una respuesta política al internacionalismo económico del capital, que era cosmopolita; la «clase obrera», aunque deba actuar en naciones, debe organizarse también de modo internacional. La globalización económica ha de ser neutralizada con la globalización política. La idea de la globalización del capital continuó siendo obsesión para los sucesores de Marx. En particular fue intensa la tematización del problema entre los analistas del imperialismo. En ese sentido, uno de los más brillantes precursores de la teoría de la globalización fue el médico austriaco Rudolf Hilferding, cuyas tesis Lenin retomaría casi al pie de la letra, para presentar su «propia» teoría del imperialismo. Como escribía Hilferding en 1910: «El capital financiero, en su consumación se autonomiza del suelo de donde es originario. La circulación del dinero será innecesaria; el incesante devenir del dinero ha alcanzado su objetivo: la sociedad regulada, y el *perpetuum mobile* de la circulación, encuentra, al fin, su paz» (p. 126).

Ya fuera a través de la internacionalización del capital, por medio de la hegemonía del capital financiero, o de la cartelización, el motivo que apuntaba en Hilferding o Lenin –y podríamos agregar también en Rosa Luxemburgo– era tratar de demostrar que el socialismo, como alternativa al capitalismo, surgiría de condiciones determinadas por la expansión del capital a escala mundial. En términos actuales, la globalización de la economía era, para ellos, condición para la emergencia del socialismo. Según Lenin, la cadena imperialista debía romperse en sus eslabones más débiles, como Rusia; pero Rusia solo podría alcanzar la fase socialista, en el marco de una revolución mundial (global). A partir de esos análisis se explican las interminables discusiones biohistóricas que impregnaron la vida de los marxistas de todo el

mundo, relativas a si el desarrollo de las fuerzas productivas estaba tan avanzado (globalizado) como para intentar o postergar el «salto histórico» hacia aquel sistema genealógicamente «superior» que se suponía era, y debía ser, el socialismo. En ese punto no había muchas diferencias entre las principales fracciones de las primeras organizaciones socialistas. Como es sabido, dentro de las socialdemocracias europeas se impuso la tesis de Hilferding, relativa a que el capitalismo, en su propio desarrollo, lleva hacia «un capitalismo sin capitalistas», que mediante la hegemonía del «capital financiero» será socializado y centralizado, creándose así condiciones «objetivas» para el advenimiento del socialismo, tesis que asumieron los mencheviques rusos, para quienes la principal tarea histórica era esperar que el capitalismo estuviese desarrollado y así intentar una revolución. La variación leninista al plan menchevique fue la de usurpar el poder político por medio del «partido del proletariado» cuya misión sería administrar un capitalismo de Estado en espera de que el capitalismo estuviese bastante avanzado (o «globalizado»). La variación introducida por Trotsky fue que, dado que el capitalismo se desarrollaba siempre de «un modo desigual y combinado», nunca el instante de su mundialización iba a ser total, de modo que las condiciones objetivas, a su juicio, estaban siempre dadas para una «revolución mundial permanente» de la cual la rusa sería solo su primer capítulo. La variación de Bujarin a su vez, fue que, dado el atraso de la economía rusa, el proletariado no estaba en condiciones de conducir el proceso, de modo que éste debería realizarse, en sus primeras fases, y en espera de que las fuerzas productivas estuviesen lo «suficientemente desarrolladas», mediante una alianza entre el «partido del proletariado» y las masas campesinas, para construir el socialismo, según su expresión, «a paso de tortuga». Dichas tesis fueron tomadas después casi en su totalidad por Mao Zedong sin citar a Bujarin, quien ya había sido asesinado por quien entonces era aliado de Mao, Stalin. El gran «aporte teórico» de Stalin fue estar de acuerdo, cada cierto tiempo, con cada una de las variaciones señaladas, asesinando metódicamente a los que estaban en desacuerdo.

Más allá de sus diferencias, todas las variantes mencionadas tenían algo en común, a saber: que el acontecer histórico estaba determinado por el llamado desarrollo de las fuerzas productivas, que internacionalizadas deberían alcanzar alguna vez aquel estado de mundialización o, como se dice hoy, de globalización, que haría factible el advenimiento de una sociedad «históricamente superior».

### **Globalización y finalismo histórico**

Como el límite de la globalización del capital es el globo, consumada dicha globalización, debe tener lugar, si no el fin de la historia de acuerdo a la dialéctica hegeliana-marxista, por lo menos el de la historia del capital y del capitalismo, que para teóricos como Hilferding, Lenin, Trotsky, etc., ya estaba alcanzando su última fase, la más parasitaria y corrupta, del imperialismo. Con arrogante gesto, toda la historia hasta entonces vivida por la humanidad, antes de la llegada de ese comunismo que nunca llegó, la relegó Marx

al basurero de la prehistoria, repitiendo la no menos arrogante actitud de su maestro Hegel, quien entusiasmado con la Revolución Francesa, decretó, en el siglo XIX, el fin de la historia –a la que como se sabe, hace muy poco tiempo, ese hegeliano tardío que es Fukujama, entusiasmado con las revoluciones anticomunistas de 1989-1990 volvió a ponerle fin. La idea de la globalización se encuentra, en efecto, muy ligada al tema del fin de la historia. Y eso es así no solo porque al haber cubierto supuestamente la totalidad del globo el proceso histórico ha alcanzado sus límites de acción territorial, sino que también, y quizás sobre todo, porque se trata de una idea esencialmente finalista. Y el finalismo ha sido una de las características principales de las ideologías racionalistas. De acuerdo con Albrow: «Las representaciones sociológicas de la globalización no son tan problemáticas porque recurren a la historia, sino porque proceden de modo historicista, transformando la Historia en un Gran Relato y a la globalización en la culminación de la modernidad» (p. 161). Quizás huelga decir que dicho finalismo no es sino una transcripción de la lógica de la razón teológica al interior del llamado pensamiento científico, lo que a su vez es signo de una secularización a medias, que se ha realizado solo formalmente en contra de las iglesias, pero no en contra de la lógica sacra.

Para la mayoría de los análisis relativos a la globalización, la dialéctica histórica habría agotado todas sus posibilidades. Según estos, el capitalismo que tenemos no solo es global sino que no encierra más contradicciones fundamentales; se trata de un capitalismo «puro», sin negación, en donde no dominan más que las fuerzas (divinas o satánicas) del mercado. Después de esa globalización no nos aguarda ninguna sociedad superior, no es posible ningún «salto histórico» hacia el futuro. El tren del capitalismo ha recorrido todas las estaciones; ha sido mercantilista, industrial, colonialista, imperia lista, hasta alcanzar ese terminal que se denomina globalización. Más allá, o después de la globalización, hay solo un vacío negro que arrastra a materias, teorías, ideologías e ilusiones. La globalización surgiría así como la fase neomilenaria de la historia. Frente a ese profundo precipicio, solo cabe el gesto heroico, la melancolía, la depresión o todo a la vez. El capitalismo, para sus críticos del pasado, encerraba al menos una promesa histórica: una sociedad «superior». La globalización, para los analistas contemporáneos del capitalismo es, en cambio, un capitalismo sin promesas. En ese sentido el tema de la globalización, como muchos temas que logran imponerse en medios académicos, podría ser el equivalente a una suerte de proyección colectiva de sectores intelectuales que confunden el colapso de sus teorías, o de sus identidades (para muchos intelectuales es lo mismo), con el de la realidad exterior. Por lo menos han impuesto una palabra: globalización. Y suele suceder que esa palabra, al ser tan totalizante, tan absoluta y –valga la paradoja– tan global, no encierra un solo significado sino muchos a la vez. Por esa razón, al tratar de averiguar exactamente qué es esa «cosa» que llaman globalización, consulté una abundante literatura y hube de llegar a una muy extraña definición. Es la siguiente: *Globalización es lo que cada uno entiende por globalización*. Apparently esa definición no dice nada. Pero es más

operativa que una que presuma de decir mucho. Pues si globalización es lo que cada uno entiende por ella, quiere decir que se está despojando al concepto de su apariencia objetiva. Objetividad es siempre subjetividad acordada; no nos olvidemos de esto.

### **La globalización política**

Uno de los pocos autores que no acepta una determinación económica del proceso de globalización es, sin duda, Ralf Dahrendorf. Como es un liberal político (y no un liberal económico: especie muy diferente) no sigue ninguna definición preasignada, y se enfrenta, como muchos, con el problema de tener que explicar lo que entiende por globalización. En ese sentido, plantea que no existe una sola sino varias globalizaciones, las que se expresarían en distintos terrenos<sup>1</sup>.

La primera globalización sería la geográfica, en el sentido literal la verdadera globalización. Comenzó el 20 de julio de 1969, cuando el cosmonauta Neil Armstrong tuvo la fortuna de contemplar la Tierra desde la Luna, ofreciendo esa visión por la TV. En los años 70 obtuvimos una segunda imagen global, pero no ya desde la Luna sino a través de distintos informes, como el del Club de Roma realizado por Dennis Meadows, donde se nos alerta acerca de las consecuencias que traerá consigo la devastación ecológica del planeta. Efectivamente: la idea de que vivimos en un globo, y que todo lo que ocurre en cada una de sus partes afecta a las demás, no puede explicarse mejor que por medio de las repercusiones que ocasionan las catástrofes ecológicas. Para poner un ejemplo: si hoy muchos europeos se pronuncian en contra de la destrucción de los bosques amazónicos no es porque de pronto hubieran descubierto su admiración por el paisaje, o por los indios o campesinos de la región, sino que debido a las consecuencias que implica para toda la superficie terrestre el recalentamiento de la atmósfera que ocurriría como consecuencia de la inexistencia de los árboles amazónicos. Por lo menos, sabemos desde Chernobyl cuán igualitarias y democráticas son las catástrofes, naturales y antinaturales. Afectan a diversos países por igual, no reconocen límites geográficos, y sus efectos traspasan a las «clases» sociales. Una tercera globalización sería, para Dahrendorf, la que se deduce de la revolución informática de nuestro tiempo que permite, a través de las inextricables redes de internet, establecer comunicaciones inmediatas entre diversos puntos del planeta, viéndose alteradas, por consiguiente, las relaciones de tiempo y lugar que nos erbe comunes. Fue precisamente a partir de la percepción de esa realidad que diversos publicistas comenzaron a hablar de la «aldea global» (Robertson), antes aun de que el término fuese aplicado analógicamente a las relaciones económicas y políticas. La última globalización, según Dahrendorf, es la de los mercados financieros, pues hoy, como ya predijo Hilferding,

1. En el mismo sentido el grupo de Lisboa distingue siete globalizaciones: de las finanzas; los mercados; la tecnología y el saber unido a ella; las formas de vida, pautas de consumo y vida cultural; las posibilidades de regulación y conducción; el crecimiento político conjunto del mundo; la percepción y la conciencia (p. 48).

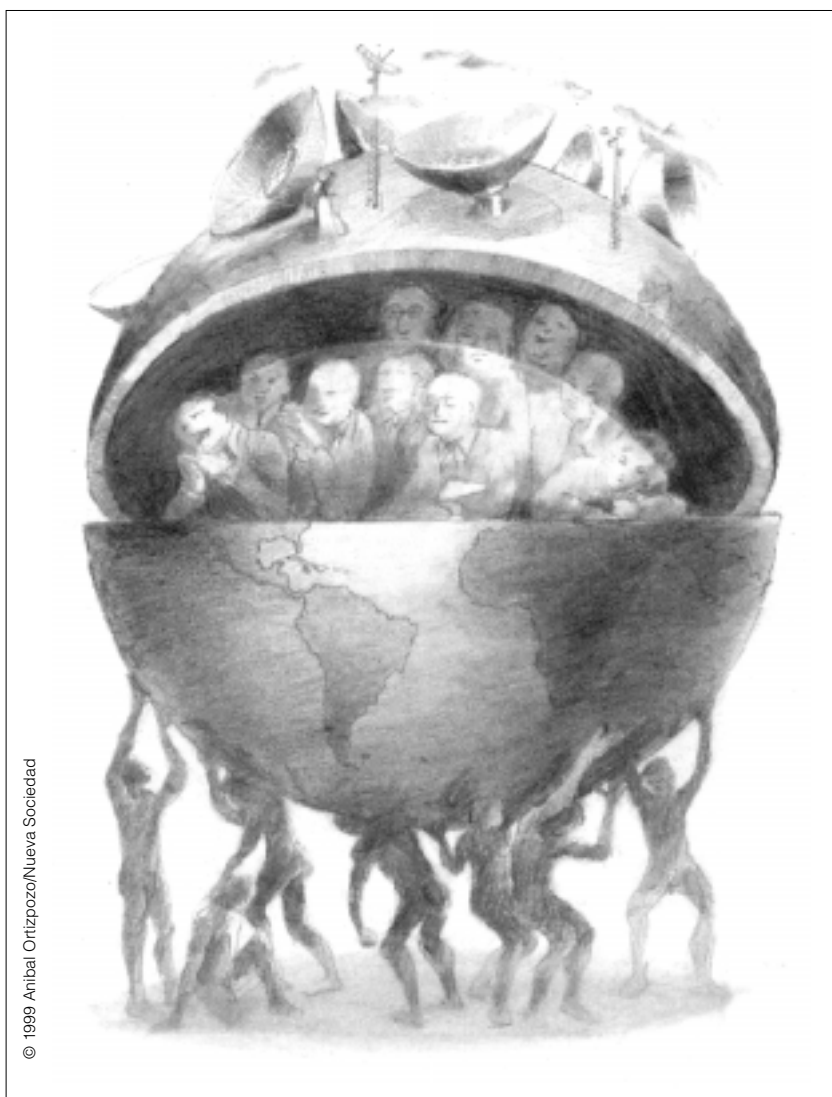


se han autonomizado de los procesos económicos, dictando a su vez normas de producción y consumo. Esta sería la globalización económica en sentido estricto, la que para la mayoría de los autores que se refiere al tema es la única globalización o, en el mejor de los casos, la que determina a las demás. Inexplicablemente, esta última parece ser también la opinión de Dahrendorf, pues luego de haber pasado lista a diferentes «globalizaciones», solo se detiene a analizar los peligros y chances que trae consigo la globalización económica. Inexplicable también es que Dahrendorf, un autor muy sensible a procesos políticos, no nos hable de una globalización política. Y digo inexplicable pues el concepto de globalización, surgido probablemente de la informática, alcanzó su pleno apogeo como consecuencia del derrumbe de los sistemas políticos del llamado mundo comunista. Como apunta Albrow «desde el colapso del sistema socialista la globalización es el fenómeno más significativo en las ciencias sociales de la actualidad» (p. 144).

La verdad es que si hay que aceptar el término globalización, no podemos omitir el momento político en que surgió. Y este no fue otro que aquel marcado por el derrumbe de las dictaduras comunistas en la URSS y en Europa del Este. Si no hubiese cesado el «mundo comunista» nadie hablaría hoy de globalización. Pese a que ha sido usado preferentemente en un sentido económico, es un concepto de origen político. Por lo menos hay cuatro razones que fundamentan esa opinión. La primera es que con el derrumbe de los sistemas comunistas tuvo lugar el fin de la Guerra Fría, de profundas consecuencias políticas y económicas. La segunda es que terminó, con el comunismo, una fase histórica que es posible denominar periodo bipolar (Mires 1995, p. 153). De acuerdo a la lógica bipolar, el mundo se encontraba alineado en dos bloques geopolíticos que a la vez daban coexistencia y lógica al llamado orden mundial. El colapso de ese orden ha desorganizado las relaciones internacionales, al punto que para algunos observadores estaríamos asistiendo al «imperio del caos» (Amin). Quizás es esa imagen generalizada de caos una de las razones que explica la desorbitada oferta de nuevos «modelos de orden» que atestan las librerías. Los más conocidos son el «nuevo orden» de Busch, el «periodo poshistórico» de Fukujama, la «guerra de las civilizaciones» de Huntington, la «triada geoeconómica» de Garten y Thurow, los «seis poderes» de Kissinger, «el poder único» de Brzezinski y, por cierto, el modelo más ordenado de todos: la globalización. La tercera razón es que con el fin del segundo mundo, ni matemática ni políticamente se puede hablar de un tercero, como constató al instante Menzel apenas caído el muro de Berlín (1992, pp. 29-38). Incluso la dicotomía Norte-Sur que popularizó Willy Brandt ya no es aplicable. Como plantea el Grupo de Lisboa:

Hoy por lo menos hay cinco 'sures': los recientemente industrializados países del Sudeste asiático; el Sur que exporta petróleo; los países empobrecidos que pertenecían al 'segundo mundo' (gran parte del GUS, Albania, Rumania, Bulgaria, Polonia y parte de Yugoslavia), los países 'en vías de desarrollo' que trabajan en una reestructuración de sus políticas económicas y de desarrollo con el objetivo de apresurar su integración en el 'Norte' (México, Argentina, Brasil, India, China) y por último, el muy pobre 'Sur' (Africa, parte de América Latina y Asia) (p. 79).

Así como ya no podemos hablar de tres mundos, sino de muchos mundos, también hay que referirse a muchos sures y nortes. En el periodo poscomunista, las clasificaciones simples han perdido, sin duda, validez. La cuarta razón es que con el fin del comunismo también ha terminado el periodo de los imperialismos políticos. Dicha afirmación puede sonar asombrosa en algunos oídos. Con ella quiero significar que las adhesiones internacionales ya no se encuentran reglamentadas desde el punto de vista ideológico, de modo que se crean nuevos espacios para la concertación de las más impensadas alianzas económicas y políticas. Más aún: debilitados los vínculos que en el pasado reciente forzaron a diversas naciones a alinearse geopolíticamente,



muchas veces en contra de la voluntad de sus propios dirigentes y pueblos, la misma noción de imperialismo económico comienza a desdibujarse.

Pero para corrientes neoliberales y posmarxistas la globalización sería, a diferencia de Darendorf, una sola, y por cierto económica; algo así como la fase superior del imperialismo, del mismo modo que en el pasado el imperialismo fue concebido como la fase superior del capitalismo (Hilferding-Lenin). No es tan aventurado pensar que la recurrencia al tema de la globalización esconde, en muchos casos, el proyecto académico de restaurar, por lo menos teóricamente, la idea de *un solo* imperialismo, para los posmarxistas, y de *un solo* mercado mundial, para los neoliberales. Pero así y todo, se trataría de un imperialismo o de un solo mercado que ya no es controlado por naciones ni Estados, sino por entidades y empresas financieras transnacionales. Ya no resultaría un imperialismo que sigue la lógica del capital, puesto que éste, en su forma más etérea posible, total, universal o global, sería el imperialismo. Incluso, en un análisis tan ponderado sobre la globalización como el del Grupo de Lisboa, se puede encontrar ese sabor «etapista» heredado de doctrinas historicistas y economicistas. La globalización sería, según los autores, «una transición entre un capitalismo que cada vez es más débil nacionalmente, hacia otro capitalismo que cada vez es más crecientemente global» (p. 54). ¿Cuándo comenzó esa transición? ¿Cuándo termina?: teléfono ocupado.

### **El misterio de la globalización**

Pocos autores han logrado sintetizar tan perfectamente la esencia del pensamiento economicista –propio de (neo)liberales y (pos)marxistas– como Elmar Altvater, quien en uno de sus artículos desarrolla la siguiente tesis:

Durante el tiempo de la globalización y de la desregulación económica el Estado nacional pierde, sin duda, su significado. Las decisiones son despolitizadas mediante «deslimitaciones». Ese contexto de globalización, desregulación y despolitización tiene para la cuestión democrática una consecuencia a primera vista paradójica. Sistemas políticos autoritarios pierden frente a la autoridad del mercado mundial su «sentido». Se convierten simplemente en disfuncionales y por eso ceden el lugar a sistemas democráticos. La transición del Estado burocrático autoritario (O'Donnell y otros) hacia sistemas democráticos en América Latina durante el curso de los años 60 («la apertura») y en Europa del Este algo así como una década después, son la reacción política adecuada a la globalización y de ahí que pese a todas sus diferencias son comparables (1997, p. 246).

Más adelante agrega:

En lugar de la represión directa de sistemas políticos autoritarios, en lugar de las dictaduras desarrollistas latinoamericanas, así como en lugar de la economía planificada real socialista de Europa central y del Este, hace su entrada el «imperativo» del mercado mundial, que no es menos eficaz y duro que los antiguos regímenes políticos autoritarios (ibíd., p. 247).

Así, Altvater ha logrado configurar los rasgos fundamentales del economicismo. La globalización, según este implacable paradigma, no es un proceso; tampoco un campo de interacción política, económica o cultural, sino un «ser»

inmóvil, inmutable, que existe más allá de todo tiempo y lugar, y que con su simple presencia determina, en términos absolutos, el destino de los habitantes de esta Tierra, antes aun de que ellos actúen, pues lo explica todo sin excepción. Los movimientos de resistencia en los países socialistas, los Walesa, Habel, Solidarnoc; las multitudes en las calles; los muertos; todos desaparecen, esfumados en la global globalidad de la globalización. La popular y democrática larga lucha latinoamericana para salir de las dictaduras, los pobres protestando en las calles de Chile, las madres de Plaza de Mayo, es decir, todo lo que es historia y biografía desaparece sin dejar huellas. La globalización de Altvater es el *deus ex machina* de nuestro tiempo; derroca dictaduras, impone democracias; derroca democracias y se introduce ella misma para gobernar políticamente. Frente a esa globalización no caben apelaciones; es que ella, al serlo todo, está al principio y al final; es la economía hecha verdad por obra y voluntad de los economistas; es materia y es Idea, está en todas partes. Hagamos lo que hagamos, digamos lo que digamos, la suerte está echada. ¿Por quién? Por la globalización. ¿Y qué es la globalización para Altvater? Es nada menos que el Misterio de la Santísima Trinidad: es el Padre (y la Madre); es el Hijo y es el Espíritu Santo al mismo tiempo.

### La leyenda de la victoria capitalista

La creencia de que la globalización económica es determinante sobre la política lleva también a la construcción de uno de los mitos más divulgados de nuestro tiempo: que el derrumbe del comunismo ocurrió como consecuencia de una derrota económica del socialismo frente a la globalización capitalista. De acuerdo con ello, el capitalismo habría sobrevivido al socialismo e impuesto su lógica sobre todo el globo. Una de las razones que parece otorgar credibilidad a ese mítico relato, es que fue adoptado tanto por intelectuales procapitalistas, como por anticapitalistas. Para los primeros se trataba, obviamente, de probar la superioridad de la economía de mercado, la que se habría manifestado en la debacle de las economías socialistas. Para los segundos, en cambio, se trataba de evitar un cuestionamiento a su identidad socialista o de izquierda, haciendo aparecer el fin del comunismo como consecuencia de un triunfo del capitalismo y no de una victoria de las revoluciones sociales, democráticas y populares que en diversos países pusieron fin a las dictaduras, es decir intentaron, mediante la coartada de la «victoria capitalista», proyectar hacia afuera de los países comunistas las razones que llevaron a la caída de las «nomenklaturas». Como puede verse, tanto la versión de derecha como la de izquierda están interesadas en expropiar a los movimientos revolucionarios anticomunistas de una victoria más que legítima. Tal propósito se deja ver en el concepto que ambas tendencias adoptaron para explicar la caída de las dictaduras comunistas: *colapso*.

En primer lugar, colapso es un concepto físico y no político. Ocurre de repente, como un ataque al corazón, y no es necesario hablar demasiado de las razones que lo producen. Y es claro: de acuerdo a la lógica economicista de ambos discursos, la metáfora del colapso se presta admirablemente para ocul-

tar aquella indiferencia rayana en la complicidad de la que hizo gala la mayoría de la intelectualidad occidental respecto a las luchas democráticas en las que día a día sus colegas del Este arriesgaban la vida. La tesis de la «sobrevivencia» del sistema capitalista, que a su vez lleva a la globalización económica, pasa sin embargo, por alto, un leve *detalle*, y es que el llamado mundo socialista no era en primer lugar un orden económico, sino político. Tomando esto en cuenta resultaría imposible referirse al «triunfo» económico del capitalismo. Quiero decir, el llamado mundo comunista estaba integrado plenamente a un mercado mundial que era capitalista. En cierto modo, podría afirmarse que tal como ahora primaba un solo mercado mundial capitalista, con la diferencia de que los bloques a él integrados poseían distintas formas políticas de organización. En otras palabras, la economía era global antes de la globalización (para autores como Braudel y Wallerstein, notoriamente mucho antes).

Más todavía: los dos bloques principales que marcan el periodo de la Guerra Fría no eran económicamente competitivos sino en gran medida compatibles, incluso cooperativos, tan compatibles y cooperativos como hoy es la economía china respecto de la japonesa, con independencia de los diversos órdenes políticos que rigen en ambos países. Incluso si supusiera, como lo hacen ciertos economistas, que el capital y el mercado son individualidades con una lógica propia, habría que decir que para su reproducción el «sistema comunista» les ofrecía garantías, normas y seguridades que hoy no brindan las destruidas economías poscomunistas. Los Estados comunistas disponían en efecto de un enorme poder de compra en los mercados internacionales, y hacia el interior de sus países ofrecían la posibilidad de realizar inversiones a largo plazo, sin el peligro de conmociones financieras e inestabilidades monetarias; por si fuera poco contaban con una «clase obrera» obediente y disciplinada, con una aceptable formación tecnológica y que nunca (salvo en Polonia) hacía huelgas. Desde esa perspectiva, el fin del comunismo debería ser considerado como una derrota y no como una victoria del capitalismo. Al mismo tiempo, lógicamente habría que concluir en que la globalización económica ha dado un paso atrás en lugar de avanzar, pues el llamado mercado mundial abarcaba, durante el periodo bipolar, un espectro social mucho mayor que el que ocupa hoy día. ¡Qué ironías se guarda la historia!

### **La politización de la economía**

Desde luego, encerrar dentro de marcos políticos nacionales e internacionales a empresas económicas que tienden a la globalidad es una tarea política muy importante, sobre todo si se tiene en cuenta que alrededor de ellas tienden a formarse grupos de interés e incluso, como ha constatado el Grupo de Lisboa, nuevas *elites* internacionales. «Los miembros de esas nuevas elites han recibido más o menos la misma educación en las universidades y escuelas del 'norte'. Hablan el mismo idioma, no solo en el sentido lingüístico (angloamericano) sino también en uno cultural» (p. 42). Tales grupos pueden llegar a autonomizarse (y de hecho ya muchos lo han hecho) si es que no

surgen, desde el interior de las propias naciones, proyectos destinados a crear una institucionalidad global que los mantenga bajo cierto control, pues como ha planteado Albrow, «si llevamos la paradoja al extremo, podríamos decir que la clase de *managers* globales no ha surgido porque hay una organización global, sino porque no hay ninguna» (p. 203).

Formulando el problema en dos preguntas: ¿significa la llamada globalización la autonomía supranacional de la economía y el mercado?, ¿o se trata sólo de un proceso transitorio de pérdida de control político sobre determinadas empresas financieras? Mi impresión es que no hemos llegado todavía al último capítulo de la novela. Pero aunque la respuesta a la primera pregunta fuera afirmativa, habría que ponerse de acuerdo si es verdad que el abandono de determinadas funciones económicas por tradición reservadas al Estado lleva, efectivamente, a su debilitamiento institucional. Para coincidir con esa afirmación habría primero que concordar en que las principales tareas que debe cumplir cada Estado son económicas, es decir, con la tesis que es marxista y neoliberal a la vez, en la que la economía determina a la política y la pérdida del espacio de acción financiero de los Estados nacionales lleva a su debilitamiento político. Este es un punto que habría que investigar. Por el momento cabe sostener, a manera de hipótesis, que lo uno no tiene que llevar necesariamente a lo otro y que incluso en algunos casos un angostamiento de los espacios financieros y mercantiles de los Estados podría llevar a un fortalecimiento del poder político, pues el Estado se vería así descargado de funciones que solo puede cumplir con precariedad, para concentrarse en funciones políticas. La relación que existió en el pasado reciente entre gobiernos autoritarios y dictatoriales en América Latina y las medidas económicas liberales que fueron impuestas bajo su égida no hablan precisamente a favor de la tesis del debilitamiento de los Estados. Pero por otra parte una ya larga experiencia histórica ha demostrado que no hay ningún «modelo político» que sea exclusivo o propio a un tipo de economía, o lo que es lo mismo, ningún orden económico posee de por sí una superestructura política particular. Así como el capitalismo industrial ha podido convivir con regímenes democráticos, autoritarios, fascistas y stalinistas, así las llamadas medidas neoliberales, que supuestamente surgen de la globalización, pueden ser aplicadas bajo distintas formas de gobierno. Esas «formas» distan a su vez de ser un factor secundario, pues de ellas depende el destino de incontables seres humanos. Para poner un ejemplo: según cálculos de los economistas Boxberger y Klimenta, si se pusieran en acción todas las tecnologías disponibles que sustituyen trabajo humano, solamente en Alemania serían eliminados diez millones de puestos de trabajo. Al mismo tiempo, si se accionara todo el potencial de «racionalización» disponible, la producción de bienes y de servicios podría ser llevada a cabo por el 20% de la población alemana. El 80% quedaría para siempre sin trabajo. Pero, como aducen los autores «es indiscutible que esto no podría ser soportado por ninguna sociedad democrática ... un trabajador puede llegar a ser superfluo para una empresa, pero seguirá viviendo en la sociedad» (p. 86). Y si esa sociedad o consenso social resultan deteriorados ninguna empresa podrá perfilarse con éxito.

Eso ya lo saben muy bien algunos empresarios, no así sin embargo muchos economistas, que siguen creyendo que lo económico, lo social y lo político son «cosas» distintas. Por eso es que no pueden entender por qué en muchas ocasiones el trabajo «superfluo» puede ser socialmente, y por lo mismo, económicamente, productivo.

Global o no, tenemos que convenir en que «lo económico» se configura a partir de relaciones que no son siempre económicas. Como dijera Galbraith: «El economista que solo sabe economía, no sabe nada de economía». Eso lo entienden muy bien los grandes inversionistas. Antes de invertir en un país se informan cabalmente acerca de las condiciones políticas. De la misma manera, los corredores de bolsa saben que una revolución o un golpe de Estado en un país desconocido puede provocar verdaderos sismos financieros. El mismo hecho de que la llamada globalización no lleve a una homogeneización de las diversas economías locales, sino más bien acentúa disparidades, trabaja en contra de la tesis que sostiene que la economía se ha independizado en definitiva de la política. Por esas mismas razones, la apertura hacia el mercado internacional ha de tener efectos muy diversos en países que no cuentan con protecciones estatales, con sólidas instituciones civiles ni con redes de solidaridad intersocial, frente a otros que, gracias al desarrollo de movimientos sociales y políticos poseen plataformas institucionales e, incluso, una cultura civil que les permite resistir, y también desviar, los embates de la «economía global». La determinación del grado y ritmo de apertura, la protección de industrias locales, la subvención a economías primarias o de subsistencia, las formas de «pasaje» de la industria pesada a la microelectrónica, la protección al medio ambiente, la política social, etc., son aspectos que en primera y última instancia están condicionados al orden político que prevalece en cada nación. Es por eso que los propios neoliberales deben aceptar que un neoliberalismo puro es una imposibilidad pura. La utopía negra del mercado total solo sería posible en un país en que fueran definitivamente suprimidas todas las relaciones políticas y democráticas, algo que fue intentado en Chile y Argentina en el pasado, y ni así fue posible. Ni siquiera la expresión más radical del neoliberalismo globalizante, como fue el periodo de Thatcher en Inglaterra, habría tenido lugar si el gobierno no hubiera practicado un sistema de concesiones y negociaciones políticas con la oposición<sup>2</sup>. De ahí que el mejor antídoto en contra de las amenazas que provienen de los mercados internacionales es continuar profundizando los procesos de democratización, aun más allá de sus propios límites.

## Palabras finales

Objetivo de este artículo ha sido discutir algunos de los presupuestos de la metafísica globalista de nuestro tiempo. Porque si es verdad lo que (pos)mar-

---

2. El hecho de que el gobierno de Tony Blair aumente la «impureza» de la economía liberal al cruzarla nada menos que con las tradiciones del socialismo laborista es un desmentido a aquellos que opinan que la economía ha establecido su dictadura definitiva sobre la política.

xistas y neoliberales nos relatan, en efecto hemos llegado al fin de la historia; por lo menos, al fin de la historia política. Y si mis palabras no resultan creíbles, que lo diga Altvater: con la globalización «desaparece el espacio de la política y, consecuentemente, el lugar de la democracia» (1997, p. 250). Y esa conclusión en el fondo también es política, pues más allá de lo que piense Altvater, es un llamado abierto a la resignación y a la apatía. Como ha escrito Birnbaum: «Si a pueblos enteros se les dice que aspectos decisivos de su vida –como salario y trabajo– ya no pueden ser controlados, ni siquiera discutidos, hay que esperar que de ahí surjan innumerables patologías». Una de las tareas de la acción política es ordenar la vida social y cultural y poner límites donde reinan la anarquía y los excesos, pero al mismo tiempo, la acción política ha de liberar lo que está demasiado jerarquizado o reglamentado, o lo que es represivo o injusto. No hay ninguna razón entonces para suponer que con la mentada globalización de la economía mundial termina la política, ni como teoría ni como práctica. Todo lo contrario: a ella le han sido impuestas nuevas tareas. En ese sentido, la globalización, si es que en verdad existe, podría ser también un chance.

## Bibliografía

- Albrow, Martin: *Abschied von Nationalstaat*, Suhrkamp, Francfort, 1998.
- Altvater, Elmar: «Markt und Demokratie» en E. Altvater, Achim Brunnengräber y otros (eds.): *Vernetzt und Verstrickt*, Westfälisches Dampfboot, Munster, 1997.
- Altvater, E. y Birgit Mahnkopf: *Grenzen der Globalisierung*, Westfälisches Dampfboot, Munster, 1996.
- Amin, Samir: *L'empire du chaos*, París, 1991.
- Beck, Ulrich (comp.): *Perspektiven der Weltgesellschaft*, Suhrkamp, Francfort, 1998.
- Birnbaum, Norman: «Mehr Demokratie wagen» en *Die Zeit* 44, Hamburgo, 24/10/1997.
- Boxberger, Gerald y Harald Klimenta: *Die 10 Globalisierungslügen*, DTV, Munich, 1998.
- Dahrendorf, Ralf: «Die Globalisierung und ihre sozialen Folgen werden zur nächsten Herausforderung einer Politik der Freiheit» en <<http://bda.web.aol.com.19971114.html>>.
- Gruppe von Lissabon: *Grenzen des Wettbewerbs*, Bundeszentrale für Politische Bildung, Bonn, 1997.
- Habermas, Jürgen: *Die Einbeziehung des Anderen*, Francfort, 1996.
- Habermas, Jürgen: «Jenseits des Nationalstaats» en Ulrich Beck: *Politik der Globalisierung*, Suhrkamp, Francfort, 1998.
- Heuser, Uwe Jean: «Der Ruckkehr des Staates» en <<http://bda.web.aol.com./19980205.html>>.
- Hilferding, Rudolf: *Das Finanzkapital*, Euro. Verl. Anstl., Francfort, 1974.
- Hirschman, Albert: *Leidenschaften und Interessen*, Suhrkamp, Francfort, 1987 [*The Passion and the Interest. Political Arguments for Capitalism before its Triumph*, Princeton University Press, 1977].
- Jenner, Gero: *Die arbeitslose Gesellschaft*, Fischer, Francfort, 1997.
- Leggewie, Claus (comp.): *Wozu Politikwissenschaft?* Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1994.
- Luhman, Niklas: *Der Staat des politischen Systems* en Ulrich Beck (comp.): *Perspektiven der Weltgesellschaft*, Suhrkamp, Francfort, 1998.
- Marx, Karl y Friedrich Engels: *Werke*, t. 4 y 9, Dietz, Berlín-Este, 1956.
- Menzel, Ulrich: *Das Ende der Dritten Welt*, Suhrkamp, Francfort, 1992, pp. 29-38.
- Menzel, Ulrich: *Globalisierung versus Fragmentierung*, Suhrkamp, Francfort, 1998.
- Mires, Fernando: *El discurso de la miseria*, Nueva Sociedad, Caracas, 1993.
- Mires, Fernando: *Die Ordnung des Chaos*, Exodus, Friburgo, 1997.
- Mires, Fernando: *La revolución que nadie soñó*, Nueva Sociedad, Caracas, 1996.
- Preis, Ludger: «Transnationale Soziale Räume» en U. Beck (comp.): *Perspektiven...*, cit.
- Robertson, Roland: *Globalization*, Sage, Londres, 1992.